

EVA DE VITRAY MEYEROVITCH

75 CUENTOS SUFÍES



Los caminos de la luz

EVA DE VITRAY MEYEROVITCH

75 CUENTOS SUFÍES

Los caminos de la luz

Traducción
de
Francesc Gutiérrez

Érase una vez...

BIBLIOTECA DE CUENTOS MARAVILLOSOS

Érase una vez...

BIBLIOTECA DE CUENTOS MARAVILLOSOS

Primera edición: 1984

Segunda edición: 1999

Tercera edición: 2004

© 1984, 1999, Editions Retz, París

© 2004, para la presente edición,

José J. de Olañeta, Editor

Apartado 296 - 07080 Palma de Mallorca (España)

ISBN: 84-7651-148-5

Depósito Legal: B-43.839-2004

Impreso en Limpergraf, S.L. - Barcelona

Printed in Spain

El camino de los cuentos

Todo maestro espiritual procura que las almas dormidas despierten a la Realidad última que poseen, sin saberlo, en lo más profundo de sí mismas. Los grandes sufíes, especialmente, han empleado todos los medios de que disponían para hacer que sus discípulos accedieran a esa toma de conciencia. Su papel, por consecuencia, es comparable al del guía que le lleva a uno de la mano para conducirlo a lo largo del Camino.

Dada la diferencia de capacidades que hay entre los alumnos, el maestro habrá de adaptarse a sus aptitudes. Una tradición (*hadith*) del profeta del Islam dice: «Hablad a los hombres según la medida de su comprensión, y no según la medida de vuestra comprensión, para que Dios y Sus mensajeros no sean desmentidos». El mayor poeta místico de lengua persa, Djalal-ud-Din Rûmî (siglo XIII), autor entre otras cosas, de una vasta teodicea, el *Mathnawî*, del que hemos tomado muchos de los apólogos aquí citados, alude frecuentemente a la forma progresiva que ha de tomar la enseñanza:

«Puesto que trato con un niño, en consecuencia, debo emplear el lenguaje apropiado para los niños».

Diciendo: «Ve a la escuela, y te compraré un pájaro, o te traeré nueces, y pistachos». (*Mathnawî*, IV, 2577).

Poquito a poco, nutrirá al discípulo con la leche del conocimiento hasta que pueda pasar sin su ayuda:

«Cuando al niño chico amamantado lo separan de la nodriza, se pone a comer, y la abandona.

» Tú, como las semillas, estás sometido a la leche de la tierra: esfuérzate por destetarte tú mismo alimentándote de alimentos espirituales.

» Bebe la palabra de Sabiduría, pues se ha convertido en una luz velada, oh tú que eres incapaz de recibir la luz desvelada.

» A fin de que puedas hacerte capaz, oh alma, de recibir la Luz, y puedas contemplar sin velo lo que ahora está oculto» (*Mathnawî*, III, 1286, sg.).

Cuando el maestro da indicios justos, algo en el espíritu del discípulo hace que éste reconozca la verdad de aquéllos; entonces le llega la certidumbre que no deja lugar para la duda:

«Este indicio se convierte en un bálsamo para tu alma enferma; entonces dirás: “Oh amigo mío, has dicho la verdad. Ve delante de mí. Es hora de ponerse en camino; sé mi guía, yo te seguiré, oh tú que dices la verdad”». (*Mathnawî*, II, 2981).

La tradición de los maestros sufíes —que, como se sabe, es la mística musulmana— siempre ha tomado los procedimientos que consideraba favorables para la transmisión de una enseñanza, para establecer un «puente» entre lo sensible y lo inteligible. Los relatos del Corán, y los temas folklóricos, llegan a constituir un «arsenal de lugares comunes, puestos al alcance de la meditación de cada uno», y en el que la mente avanza de manera directa y activa ¹.

Así pues, en estos innumerables cuentos, anécdotas y apólogos (*hikayat*) que encontramos en los escritos sufíes o en la literatura oral que refleja su pensamiento, se la hará al simbolismo un lugar esencial. Pueden parecer desprovistos de vínculos aparentes; sin embargo, conciden en virtud de afinidades escondidas entre los significados espirituales que pueden atribuírseles, y que utilizan imágenes familiares, a menudo llenas de humor y realismo. Su fin es el mismo: ser el instrumento de una iniciación y de un conocimiento salvador.

Todo, e incluso lo que pudiera parecer accidental o trivial, ha de considerarse en esta perspectiva.

El valor pedagógico de estas historias obedece al hecho de que pueden leerse a diferentes niveles, incitando al espíritu a un esfuerzo de interpretación: si empleamos todos los

recursos de nuestra inteligencia y de nuestra cultura, comprenderemos que, como dicen los sufíes, las parábolas, son una medida, y su sentido es el grano.

Así, estos cuentos, estas historias maravillosas, podrán transmitir una moral, o una verdad mística, en forma accesible, concreta, que impresiona la imaginación y permite recordarlos fácilmente. La anécdota permanece más o menos oculta en la memoria, pero cuando de nuevo se presenta a la mente, en forma a veces de vaga remiscencia, está cargada de todo su significado profundo y de su lógica interna. Condensa, además, todos los sentidos que es susceptible de incluir y que, llegado el momento, pueden desarrollarse, a la manera de aquellas flores japonesas de que habla Proust, que en el agua, que las hace revivir, se abren.

Por otra parte, estos temas, como suelen elegirse, ya lo hemos dicho, en un folklore del que las leyendas actualizan cierto número de arquetipos fundamentales, que encontramos en todas las épocas y en las civilizaciones y pueblos más diversos, se benefician de todas aquellas resonancias más o menos subconscientes que prolongan su eco.

El simbolismo de estos cuentos, pues, permitirá la revelación de una verdad, percibida según la capacidad de cada cual, y que no puede expresarse de ningún otro modo. No basta con complacerse en leer una anécdota, hay que buscar su sentido profundo.

Es conocida, por otra parte, la dificultad que hay para definir el símbolo; y más que recurrir exclusivamente a la etimología que relaciona directamente la palabra con el griego *symbolon*, signo de reconocimiento, hay que pensar también en que otro sustantivo griego, *sumbole*, evoca la idea de *encuentro* con el objeto de una enseñanza espiritual. En el punto de interferencia de la realidad comunicada y el espíritu que la recibe, hay un estado activo que será engendrado: es esencialmente aquella atención de la que Malebranche, y después de él Simone Weil, convierten en virtud capital.

Bajo el efecto del simbolismo, en el que podría verse sólo su poder de encantamiento, el pensamiento es incitado, en efecto, a un esfuerzo personal, a una curiosidad, y es provocado a una búsqueda. El primer paso en el camino del conocimiento místico, será ese presentimiento de un *más allá* de aquello que tan sólo se percibía como realidad concreta. Desde ese momento, empieza el viaje desde el exterior hacia el interior, desde lo aparente hacia lo desconocido, en virtud de la ambivalencia del símbolo, que vela y desvela a un tiempo.

Señalemos, de pasada, la etimología del término *Shari'ah*, que en el Islam designa la Ley divina, así como la de *Tariqah*, dimensión interior del Islam —conocida más generalmente con el nombre de *Tasawwuf*—, el sufismo: ambos términos derivan de una raíz que significa «camino». «El hecho de que la Ley divina y la Vía espiritual se fundamenten en el simbolismo de la vía o el viaje tiene una gran significación simbólica. Toda vía es un pasar, una marcha a través de este mundo transitorio, hacia la Presencia divina. La *Shari'ah* es la vía más ancha, la que está destinada a todos los hombres y les permite alcanzar todas las posibilidades del estado humano en el plano del individuo. La *Tariqah* es un camino más estrecho, destinado a los pocos que experimentan profundamente el deseo, y son capaces de alcanzar la santidad, aquí y ahora, y buscan el sendero que conduce a la plena realización de la realidad de Hombre universal, estado de ser que trasciende el plano individual» (S. H. Nasr, *Islam, Perspectives et réalités*, p. 114).

El avance progresivo del alma, que conduce a encontrar lo que ella ignoraba poseer, va a ser descrito por los maestros del Islam con las propias palabras que se aplican al símbolo: se trata siempre de la re-creación de una unidad perdida. El objeto de toda mayéutica es actualizar esas potencialidades latentes. Tal itinerario se efectuará forzosamente por etapas, por grados, descritos por los sufíes con una agudeza psicológica inigualada.

Como nuestro propósito no es recordar una enseñanza doctrinal, sino ilustrarla por medio de apólogos, los hemos ele-

gido conforme al desarrollo de un itinerario espiritual, que va desde la llamada de Dios que se dirige al peregrino para que se ponga en camino, hasta el término del viaje, que ha de permitirle «convertirse en lo que él es», realizar su plena estatura espiritual.



¹ L. Massignon, in *Mélanges R. Basset* «Le folklore chez les mystiques musulmans», ps. 269-70, t. I.

La invitación al viaje...

«El deseo que en tu corazón hay por el Mar...» (Rûmî)

¿Por qué partir? ¿Por qué no seguir, más bien, durmiendo tranquilamente, como aquellos Durmientes de que habla el Corán en una de sus más misteriosas suras, la decimocava, llamada de la Caverna? La caverna, arquetipo universal, como se sabe, del lugar de nacimiento: Zeus en Creta y Jesús en Belén, nacieron en una gruta.

El alma dormida en el mundo de la materia es incapaz de imaginarse que hay otra dimensión del ser. Uno de los mayores místicos del Islam Djalal-ud-Din Rûmî, la compara, en una carta, con el embrión que no puede concebir lo que se encuentra más allá de su prisión carnal:

«Dios creó las causas, de tal modo que a una gota de esperma, que no poseía ni oído, ni inteligencia, ni mente, ni vista, ni atributo regio, ni atributo de esclavo, que no conocía ni pena ni alegría, ni superioridad ni inferioridad, le dio abrigo en la matriz; luego, transformó esta agua en sangre y la sangre en carne, y, en el seno materno, en el que no había ni manos, ni herramientas, creó las ventanas de la boca, de los oídos, formó la lengua y el gástrico, y el tesoro del pecho, donde puso un corazón, que es a un tiempo gota, mundo, perla, océano, esclavo, rey... ¿Cómo hubiera podido creerte aquella gota de esperma si le hubieses dicho que Dios ha creado un mundo fuera de ese mundo de tinieblas, un mundo en el que hay cielo, sol, claro de luna, provincias, ciudades, pueblos y jardines; en el que existen criaturas entre las cuales hay reyes, ricos, gente sana, enfermos y ciegos? Ninguna imaginación, ninguna inteligencia podría creer esta historia: que fuera de estas tinieblas y este alimento de la sangre hay otro

mundo y otro alimento. Ahora bien, aunque esa gota ignorase y negase tal posibilidad, no pudo, sin embargo, evitar salir, pues la sacaron afuera por la fuerza...».

«Entonces te encontrarás fuera de este mundo semejante al seno materno: dejarás esta tierra para penetrar en una vasta extensión, sabiendo que las palabras (del Corán) “La tierra de Dios es vasta” designa esta amplia región a la que han llegado los santos».

Pero sucede que, un día, a una hora, resuena la Llamada: a esta Voz divina, «las almas muertas se levantan en su mortaja»: «En pie, amigos, partamos. Es hora de dejar este mundo». «El tambor resuena desde el cielo, ya nos llama. Mira: el camellero se ha levantado, ha preparado la caravana y quiere irse. Viajeros, ¿por qué dormir?»

» Ante nosotros, y detrás de nosotros, se elevan tintineos de las campanillas de la partida...

» Un sueño pesado ha caído sobre ti desde las esferas giradoras:

» Ten cuidado con esta vida tan ligera, desconfía de este sueño tan pesado.

» Alma, busca al Bienamado; amigo, busca el Amigo.

» Vigilante, estate alerta: no le conviene al vigilante dormir». (Rûmî, *Diwan-e-Shams e-Tabrizi* (traducción de la autora) in *Anthologie du Soufisme*, ps. 227-28).

Sacado de su adormecimiento, el peregrino va a tomar su bastón y ponerse en marcha. A lo largo del camino, vivirá aventuras, se encontrará con gente. Y encontraremos una vez más ese simbolismo de doble nivel que caracteriza la enseñanza de los maestros del sufismo: el itinerario espiritual, cuyas numerosas etapas se describen minuciosamente en los distintos tratados, va a tomar forma de «historia»: ayudado por intervenciones sobrenaturales, el héroe lucha contra adversarios terribles, lleva a cabo trabajos que parecían imposibles, va a buscar a lo lejos un objeto misterioso o una mujer elegida, lo cual es «el proceso figurado del trabajo iniciático, el desarrollo de los estados superiores bajo una influencia es-

piritual». El verdadero asunto es siempre «la historia de un hombre, su progresión espiritual a pesar de todos los obstáculos»¹.

El Libro santo del Islam también puede recibir doble lectura; pues, como el mundo visible es un medio de alcanzar lo invisible, nada hay en el primero que no sea símbolo de las realidades del segundo. Uno de los más grandes pensadores musulmanes, Al-Ghazâlî (siglo XI), comentando un pasaje del Corán en el que se dice que Moisés, al entrar en “el valle sagrado” recibe la orden de quitarse las sandalias» (Sura XX, II), hace notar la necesidad de no oponer la temporalidad y la espiritualidad:

«Sólo aquél que combina las dos maneras (de interpretar) (es decir, que se abstiene de negar el sentido exterior o el sentido interior) posee el método perfecto. Digo, pues, que Moisés, por el mandamiento de quitarse las sandalias, entendía la renunciación a los dos mundos. Obedeció exteriormente quitándose las sandalias, e interiormente rechazando los dos mundos (este mundo y el paraíso). Ese es el buen método de simbolismo, esto es, tomar lo exterior como símbolo de lo interior» (*Mishkât - al - anwar*).

Una sura entera, que de suyo representa una constelación de símbolos, puede, en su desarrollo y su coherencia interna, ser objeto de una hermenéutica simbólica. Tenemos como ejemplo la Sura XVIII, «La Caverna», que ya hemos mencionado. Reúne cierto número de temas fundamentales que, a primera vista, constituyen una serie de relatos sin conexión aparente mientras que, por el contrario, están enlazados por una lógica profunda. Como se sabe, esta sura comienza por la historia de los durmientes, aquellos jóvenes refugiados en una gruta en la que permanecen tres siglos, tras lo cual, Dios los resucita. Luego, (versículos 59-81) se trata del viaje de Moisés en busca de la confluencia de los dos mares. Se detiene en una roca que constituye justamente ese límite que separa los dos mares, con su joven compañero, que deja en ella un instante un pescado seco traído como provisión de camino, y que, repentinamente vuelto a la vida, escapa nadando. Más

tarde, Moisés encuentra a un Servidor de Dios a quien el Señor declara haber concedido «una misericordia venida de Nos» y «una ciencia que emana de Nos». Este personaje misterioso no recibe nombre en el Corán. Son la tradición islámica y los comentarios los que lo designan como el «Verde» (o «Verdeante») (al-Khadir en árabe, al-Khezr en persa y turco). La etimología *khidr* (el verde) evoca la vida, la luz, el renacimiento. Se cuenta que vive en una isla, o en una estera verde en el corazón del mar. Allí donde se para, la tierra verdecera. Está, pues, en relación con el océano. En las costas de Siria se le invoca en las tormentas. Es el patrono de los marineros en Turquía, en la India se lo identifica con el río Indo, se le llama Rajah Kidar, y lo representan como un anciano vestido de verde.

Moisés le ruega al Khadir que lo guíe. Este acepta, pero ordena a Moisés que no le pregunte sobre los actos que va a llevar a cabo. Pues bien, durante el periplo que efectúan juntos, el Khadir se entrega a acciones aparentemente reprensibles: así, abre una brecha en un barco para hacerlo zozobrar. Mata a un joven. Reconstruye un muro que amenazaba ruina en una ciudad cuyos habitantes se habían negado a recibirlos. Moisés se indigna. El Khadir le explica entonces los motivos que le han hecho actuar, que, en realidad, se deben a la misericordia.

Luego se trata de Alejandro intentando descubrir la Fuente del Agua de la Vida, que confiere la inmortalidad. Así, aparecen varios arquetipos: sueño, encuentro e iniciación, y agua de la vida eterna.

El sueño, naturalmente, es el sueño del olvido (*ghaflat*): el hombre corriente se encuentra sumido en un estado de letargo espiritual, así pues, las almas son llamadas a una «resurrección».

Una lectura simbólica de esta Sura nos hace encontrar desde el principio el tema de la *caverna* que tipifica el inconsciente del que algo ha de nacer. Examinado con este enfoque, el relato coránico refleja un itinerario espiritual: ¿No van a preguntarse las almas, una vez despiertas de su inconscien-

cia, sobre lo extraño de los caminos de Dios, que no son los nuestros? El Agua de la vida, que da la inmortalidad, se encuentra «en el país de la oscuridad», es decir, en las tinieblas, más allá de la razón clara; porque se trata de otro orden de conocimiento. ¿Acaso no son estas tinieblas las de la más secreta región del alma, donde reside la Realidad última, que los seres dormidos ignoraban poseer en lo más profundo de sí mismos? Porque, como reza un dicho del Profeta del Islam, «quien se conoce, conoce a su Señor».

Así, recogiendo los temas que jalonan la Sura de la Caverna, Rûmî compara el corazón purificado de todo apego terreno con una ruina en la que se encuentra un tesoro, con una pared cuya destrucción permite el acceso al Agua espiritual. (*Mathnawi*, II, 1208).

Cuentan que el Khadir se hizo eternamente vivo porque bebió de la «Fuente de la Unidad divina». El agua de esa Fuente, dice también Rûmî, «es el Verbo de Dios. El origen de esa fuente, es el corazón del creyente».

¹ E. Dermenghem, *Contes Kabyles*, p. 17.

Los tres consejos

Un hombre cogió un pájaro por medio de un cepo; el pájaro le dijo: «Noble señor,

Has comido muchos bueyes y corderos, has sacrificado innumerables camellos;

Y nunca has quedado saciado: tampoco lo vas a quedar conmigo.

Déjame ir, que pueda darte tres consejos, a fin de que veas si soy sabio o estúpido.

El primer consejo te lo diré posado en tu mano, el segundo en tu tejado, y el tercero en un árbol.

Déjame partir, pues estos tres consejos te traerán la prosperidad.

El primero, que ha de decirse en tu mano es este: «No creas un absurdo cuando se lo oyes a alguien».

Cuando el pájaro hubo enunciado el primer consejo en la palma de la mano, fue liberado y fue a posarse en el muro de la casa y dijo:

«El segundo consejo es: “No te aflijas por lo que ha pasado; cuando ha pasado y no sientas pesar”».

Después de lo cual, le dijo: «En mi cuerpo hay escondida una enorme y preciosa perla, de diez dirhams de peso.

Tan cierto como que estás vivo, esta joya era tu fortuna y la suerte de tus hijos.

Se te ha escapado esta perla, pues no estaba en tu destino el adquirirla, esta perla que no tiene igual en este mundo».

El hombre, como una mujer que gime cuando pare, se puso a dar gritos.

El pájaro le dijo: «No te había aconsejado: “No te aflijas por lo que ha pasado?”».

Puesto que es algo pasado y terminado, ¿por qué te apesadumbra? O bien no has comprendido mi consejo, o eres sordo.

En cuanto al primer consejo que te he dado, o sea, «No creas una afirmación absurda».

Oh, buen hombre, yo mismo no peso diez dirhams ¿cómo puede haber dentro de mí un peso de diez dirhams?

Se recobró el hombre ydijo: «Oye, dime ahora el tercer consejo excelente».

«¡Bueno!, dijo el pájaro, ¡has hecho tan buen uso de los otros dos consejos que no veo por qué habría de darte el tercer consejo en vano!».

Dar un consejo a un ignorante obtuso es sembrar en terreno baldío.

(Rûmî, *Mathnawi*, IV, 2245 ss.)

La vaca en la isla verde

En el mundo hay una isla verde en la que vive sola una vaca.

Hasta que cae la noche, se alimenta de la rica vegetación que allí crece, de manera que se pone grande y gorda. Pero, durante la noche, se queda más flaca que un alambre a causa de su inquietud, pues se pregunta sin parar: «¿Qué voy a comer mañana?».

Cuando rompe el día, los campos verdean: las hojas verdes y los cereales alcanzan la altura de un hombre.

La vaca se echa encima con hambre canina; hasta la noche, se alimenta de aquella vegetación y la devora por completo.

De nuevo se pone corpulenta, gorda y fuerte.

Luego, llegada la noche, es víctima del pánico y presa de una febril inquietud, de suerte que, por miedo a no tener forraje, enflaquece pensando: «¿Qué voy a tener mañana para comer?».

Así se comporta aquella vaca desde hace muchos años.

Nunca se dice: «Durante todo este tiempo, me he alimentado de este prado y de este pasto; mi subsistencia no me ha faltado un sólo día; ¿a qué, pues, este temor y esta angustia que me queman las entrañas?». Pues no, cuando cae la noche, la vaca gorda se vuelve flaca pensando: «¡Ay! ¡ya no tengo nada para comer!».

La vaca es el alma carnal, y el campo es el mundo en el que el alma carnal se carcome de miedo por el pan cotidiano, diciéndose: «Me pregunto qué voy a comer en el futuro: ¿dónde encontraré alimento mañana?».

Durante años has comido, nunca has estado privado de alimento: deja tranquilo el futuro, considera el pasado.

Acuérdate de lo que has tenido ya; no pienses en lo que
va a ocurrir, y no te aflijas.

(Rumi, *Mathnawi*, V, 2855 ss.)



El hombre que fue a pedir su parte a Dios

Un hombre muy desgraciado se preguntaba un día qué habría hecho Dios, justo y bueno, con su parte de felicidad, y resolvió que Lo iría a ver y Se la reclamaría. Dicho y hecho, se puso en camino.

Llegado a un pueblecillo, pidió hospitalidad en nombre de Dios a una mujer, que le dijo que su marido había matado ya a noventa y nueve personas, y que él corría el peligro de convertirse en la centésima víctima. De todas formas, ocultó al viajero en un cobertizo fuera de la casa, tras haberle dado de comer.

Una vez vuelto su esposo, le contó la mujer lo que había pasado, pero le suplicó que no matase a aquel viajero que había partido para reclamar a Dios su parte. El marido lo prometió, hizo que le trajera al viajero a su casa y lo trató con generosidad durante tres días, después de lo cual le encargó decirle al Señor que, si bien había matado noventa y nueve hombres, a él no le había hecho daño alguno, y que imploraba Su perdón. El viajero aceptó dar aquel recado.

Después llegó a un bosque donde había un ermitaño que vivía en penitencia y a quien, cada noche, mandaba Dios alimento milagrosamente.

El ermitaño invitó al viajero a compartir la cena, que aquella noche resultó estar compuesta de dos platos, enviados, como siempre, por el Cielo. Como uno de los platos era más refinado que el otro, lo comió el ermitaño, dejando el menos bueno para su huésped. Cuando éste le dejó, a la mañana siguiente, el ermitaño le encargó que le preguntara a Dios qué lugar le reservaba en el más allá después de la muerte.

El viajero llegó luego a un desierto en el que distinguió a un hombre de delgadez esquelética, completamente desnudo, que se escondía en un agujero cavado en la arena. Le pre-

guntó al peregrino cuál era su destino y, enterado, le pidió que le dijese a Dios que aquel que no tenía para cubrirse otra cosa que arena le enviaba decir que estaba dispuesto a aceptar una desgracia más, proclamando, esto, con aire desafiante.

Finalmente, el viajero terminó por encontrarse a un ángel que le preguntó a dónde iba, y que le informó que a él había encargado Dios dar a cada hombre lo suyo. El se encargaría de pedir las respuestas. El hombre respondió que había venido a pedir su parte, pues no había recibido nada en este mundo. En cuanto a aquellos que había encontrado, uno era un hombre que, habiendo matado a noventa y nueve, le había dado hospitalidad y solicitaba el perdón de Dios. El segundo era el ermitaño. El tercero el solitario que vivía en un agujero del Sáhara.

El ángel partió como un rayo y volvió con las respuestas:

«El que mató pero te ha alimentado y se arrepiente está perdonado. Al ermitaño, que tomó para sí los mejores trozos, no le sirven de nada sus mortificaciones anteriores. En cuanto al que desafía a Dios a que le envíe una desgracia más, tú mismo podrás juzgar. A ti, por último, Dios te concederá tu parte».

A su vuelta, el viajero vio al hombre desnudo en su agujero: ya ni arena tenía para vestirse.

Transmitió las respuestas celestiales al ermitaño y al asesino, volvió a su casa, y a partir de entonces fue feliz.

«Dios, a quien no gustan ni la rebelión ni la presunción, es por excelencia El que perdona y ama, y sólo Él puede dar la felicidad o la desdicha».

(Con arreglo a: E. Dermenghem, *Contes Kabyles*)

Historia de Ayaz y la habitación cerrada

Ayaz, por sabiduría, había colgado su pelliza de piel de cordero y sus rústicas sandalias en una habitación cerrada. Cada día entraba en ella y se decía a sí mismo:

«Ahí están tus sandalias: no consideres tu posición actual».

Sus rivales le dijeron al Rey Mahmud: «Tiene una habitación, y en ella hay oro y plata, y una jarra. No deja entrar a nadie; tiene siempre echado el cerrojo».

El Rey dijo: «Me pregunto lo que en verdad posee este siervo que me oculte y esconda».

Dio órdenes a cierto emir diciéndole: «A media noche, abre la puerta y entra en la pieza».

Cualquier cosa que allí encuentres te pertenecerá: saquéala, revela su secreto a los cortesanos. ¿A pesar de tantas benevolencias y favores incontables por mi parte, me oculta mezquinamente oro y plata? Profesa lealtad, amor y entusiasmo, ¡y he aquí que nos engaña! Para cualquiera que halle su vida en el amor, todo cuanto no es un servicio sacrificado parecería infidelidad».

A media noche, el emir, acompañado por treinta oficiales de confianza, decidió abrir la puerta de la habitación.

Y todos aquellos hombres valerosos, blandiendo antorchas, se dirigieron gozosos en aquella dirección, diciéndose:

«Es orden del Sultán, penetremos en su habitación y que cada uno de nosotros tome una bolsa de oro».

«¡Cómo!, exclamó uno de ellos, ¿por qué hablar de oro? ¡Hablemos de cornalinas, de rubíes, de piedras preciosas!

Es el más privilegiado guardián del tesoro del Sultán; más aún, para el Rey está presente como la propia vida.

¿Qué valor pueden tener rubíes, corindones, esmeraldas o cornalinas para ese hombre amado por el Rey?».

El Rey no alimentaba contra él malos pensamientos; se burlaba de sus cortesanos poniéndolos a prueba. Sabía que Ayaz carecía de toda mala fe y artimañas; sin embargo, su corazón estaba turbado por las dudas.

Por miedo a que las acusaciones fuesen ciertas y Ayaz se sintiera herido en sus sentimientos. «No deseo, se dijo, que se le avergüenze. El no ha hecho eso; y si lo ha hecho, bien está: que haga todo cuanto quiera, pues él es mi bienamado.

Cualquier cosa que haga mi bienamado, soy yo quien la ha hecho. Yo soy él, y él es yo: qué importa, aunque yo esté oculto tras el velo?».

O decía también: «Dista mucho de tener ese carácter y esos defectos; estas insensatas acusaciones no son más que desatinos e imaginaciones. Que eso venga de Ayaz es absurdo e increíble, pues él es un océano cuyo fondo nadie puede ver».

No obstante, aquellos leales oficiales llegaron a la puerta de la habitación: se pusieron a buscar el tesoro, el oro y la jarra.

Unos cuantos de ellos, llevados de un vano deseo, descerrojaron la puerta con destreza y tino infinitos;

Porque era un cerrojo enorme con cierres complicados.

Ayaz lo había elegido entre muchos cerrojos,

No porque fuese avaro de riquezas, plata o lingotes de oro, sino a fin de ocultar su secreto al vulgo.

«No sea, pensaba él, que algunos se imaginen el mal, y otros me llamen hipócrita».

El hombre de aspiraciones sublimes guarda los secretos del alma lejos de la gente vil con más seguridad que una mina los rubíes.

A los imbéciles, el oro les parece mejor que el alma; en opinión de los reyes espirituales, el oro ha de esparcirse como ofrenda sobre el alma.

Por codicia del oro, los oficiales se apresuraban, aunque su razón les decía «¡No tan aprisa!».

La avidez corre en vano tras el espejismo; la razón dice: «Mira mejor: eso no es agua».

La codicia dominaba en ellos, y el oro se les había vuelto querido como sus almas: en aquel momento, la llamada de la razón no era escuchada. Llenos de codicia y de cien clases de vanos deseos, abrieron la puerta,

Y se precipitaron a través del umbral, atropellándose, como parásitos cayendo sobre suero fétido.

Los oficiales miraron a derecha e izquierda: sólo había un par de sandalias usadas y una pelliza de piel de cordero.

Se dijeron unos a otros: «Aquí hay riquezas: estas sandalias están ahí sólo para engañar.

Venga, traed picos bien puntiagudos: probad a cavar y perforar».

Cavaron y buscaron en todas direcciones; cavaron agujeros y profundas cavidades.

Los agujeros parecían gritarles: «¡Estamos vacíos, malhechores!».

Por eso los oficiales se avergonzaron de sus malos pensamientos y taparon los agujeros.

De cada pecho exhalaban innumerables «¡Dios nos asista!». El ave de su codicia se quedaba sin picotear nada.

Los agujeros en las paredes y la puerta constituían pruebas de sus vanas aberraciones;

El muro no podía repararse; no podían negar ante Ayaz;

Porque, si pretendían ser inocentes, el muro y el suelo atestiguarían contra ellos.

Así pues, se fueron al Rey, cubiertos de polvo, pálidos y avergonzados.

El Rey, a cosa hecha, les preguntó: «¿Qué ha ocurrido?

Porque vuestros brazos están vacíos de oro y de bolsas;

Y si habéis escondido las monedas, ¿dónde está el resplandor de alegría en vuestras mejillas y en vuestros semblantes?»

Todos los oficiales se fundieron en excusas, cayeron prosternados como una sombra ante la luna.

Para excusarse de su arrebató, su jactancia y egoísmo, se dirigieron a la magnanimidad del Rey, mordiéndose las uñas

de vergüenza y diciendo: «Oh Rey del mundo, si derramas nuestra sangre, legítimo es; y si perdonas, es gracia y misericordia.

Hemos hecho tales acciones: ¡Tú verás qué ordenas, oh Rey glorioso!

Si perdonas, se alejará el desespero; y si no, ¡que sean sacrificados cien como nosotros al Rey!

Dijo el Rey: «No, no manifestaré tal clemencia ni infligiré tal castigo: ese derecho pertenece a Ayaz.

Esto es una ofensa a su persona y su honor; el perjudicado ha sido ese hombre de noble conducta.

Aunque espiritualmente somos uno, según la forma no me atañe ese provecho y esa pérdida».

La acusación hecha a un siervo no es desgracia para un Rey: es sólo un medio de aumentar su paciencia y la confianza de ese servidor en Su protección.

No creas que el Rey ignora las acciones de nadie: sólo Su indulgencia impide que esa mala acción salga a la luz. ¿Quién, aquí, intercede temerariamente ante su Conocimiento sino Su Indulgencia?

De cómo le dijo a Ayaz el Rey: «Escoge, o perdonar, o castigar, pues, en este caso, tan justo es mostrarse rígido como misericorde, y en ambas actitudes hay ventajas. En la justicia, hay contenidas mil misericordias, ha dicho Dios».

«Ayaz, pronuncia tu juicio sobre los culpables. Incorruptible Ayaz, que tomas cien precauciones para mantenerte puro.

Por más que te pase por el crisol doscientas veces ninguna escoria encuentro en ti.

Innumerables muchedumbres sienten vergüenza de ser puestos a prueba, mas todas las pruebas sienten vergüenza de ser aplicadas a ti.

Si tu conocimiento es un océano sin fondo, no es sólo un conocimiento humano».

Ayaz respondió: «Se que ese es tu don; de otro modo, no soy otra cosa que esas pobres sandalias y esa pelliza de piel de cordero».

Así es como explicó el Profeta esta cuestión, cuando dijo: «Quien se conoce, conoce a Dios».

La simiente a partir de la cual fuiste concebido son tus sandalias, y tu sangre la pelliza de piel de cordero: todo lo demás, amigo mío, es Su don.

Te lo ha dado para que busques más; no digas: «Sólo tiene esa cantidad para dar».

El jardinero muestra unas pocas manzanas para que conozcas los árboles y los productos del vergel.

El comerciante de trigo le da al comprador un puñado de grano, para que conozca la calidad del trigo que hay en el granero.

«Ven pues, Ayaz, haz justicia; pon los cimientos de una justicia rara en el mundo.

Quienes han pecado contra ti merecen la muerte, mas esperan tu perdón y mansedumbre,

Para ver si prevalecerá la misericordia o la ira.

Ayaz, termina rápidamente con este asunto, pues la espera es un tipo de venganza».

Respondió: «Oh Rey, la orden te pertenece totalmente, cuando el sol está presente, la estrella queda anulada.

Si me hubiese abstenido de mirar las sandalias y la pelliza de piel de cordero, ¿cómo hubiera sembrado tales semillas de reprobación?

¿A qué poner un cerrojo en la puerta de la habitación entre cien personas envidiosas entregadas a falsas imaginaciones?

(Rûmî, *Mathnawi*, V, 1856 y ss.)

La Peregrinación

El sheikh Abd Allah Mubarak (736-798), un día que se encontraba en La Meca, vio en sueños a dos ángeles bajados del cielo, que se preguntaban cuántos peregrinos habrían acudido aquel año: «Seiscientos mil», dijo uno de ellos. «Y ¿cuántos hay cuya peregrinación les haya sido aceptada?». «Ni uno solo» respondió el otro ángel. «Sin embargo, agregó, hay en Damasco un remendón llamado Ali ben Mufiq, que no ha efectuado la peregrinación en persona; pues bien, su peregrinación ha sido aceptada y le ha sido concedida la gracia de estos seiscientos mil peregrinos».

Una vez despierto, el sheikh decidió ir a Damasco e ir a ver a aquel remendón, al que descubrió finalmente, y le contó su sueño.

Era un anciano que, al oír aquel relato, se echó a llorar. Contó que, treinta años antes, tras haber apartado, a costa de grandes penalidades, trescientas cincuenta monedas de oro para ir a La Meca, había descubierto que sus vecinos tenían hambre. Y les había entregado la suma ahorrada diciéndoles: «Tomad este dinero para atender a vuestros gastos, esa será mi peregrinación».

(Attar, *Le Memorial des Saints*, ps. 186-187).

La muchacha maquillada

Dos hermanas vivían solas en la alcazaba de Argel.

La mayor era una mujer razonable que se casó con un buen comerciante.

A la menor, bonita y coqueta, le gustaba ir pintarrajeada, y pronto llevó una vida tan escandalosa que su cuñado le prohibió a su mujer que tratase a su hermana. No obstante, la joven cortesana seguía teniendo su habitación en la casa familiar, e iba a dormir allí a escondidas, hasta el día que el cuñado exigió que se fuera definitivamente.

La mayor, pues, invitó a la menor a compartir por última vez una buena comida.

Sin embargo, una vecina, muy pobre y embarazada, percibió el olor de todas aquellas delicias, y comenzó a pasar una y otra vez ante la puerta del comedor.

La joven pidió a su hermana que compartieran la cena con la vecina: se negó. Finalmente, la joven cortesana dijo que daba su parte de copropietaria de la casa a cambio de que le dieran la cena a la hambrienta. La pobre se regaló; después, ambas hermanas se separaron.

A la mañana siguiente, la hermana mayor, al abrir la puerta de la habitación de su joven hermana, la encontró muerta, lavada según los ritos por manos sobrenaturales, envuelta en sudarios de blancura deslumbrante y exhalando un perfume delicioso.

La enterraron allí, y dicen que aquella cámara mortuoria todavía está impregnada de aquellos olores suaves, símbolo de la generosidad que le valió el cielo.

(Según *Contes arabes du Maghreb*, p. 308 ss.)

Mâlik ibn Dinâr y el joven libertino

En el vecindario del sufí Mâlik ibn Dinâr vivía un joven cuyas costumbres eran muy depravadas. Mâlik estaba profundamente apenado por su conducta, pero esperaba pacientemente a que otros le hablaran. Al cabo de cierto tiempo, varias personas fueron a quejarsele, y Mâlik se resolvió a hacerle una visita y rogarle que cambiara de costumbres.

El joven reaccionó de manera arrogante:

«Soy el favorito del sultán, le dijo a Mâlik, nadie tiene derecho de ocuparse de lo que haga ni impedirme actuar como me dé la gana».

—Hablaré con el sultán, amenazó Mâlik.

—El sultán no dejará de aprobarme, haga yo lo que haga, replicó el joven.

—¡Pues bien! si el sultán no puede hacer nada, prosiguió Mâlik, se lo diré a Dios Misericordioso. Y, con el dedo, señaló al cielo.

—¡Oh! respondió el hombre, Dios es demasiado generoso para reprenderme».

Mâlik, abrumado, se fue. Pasaron los días y el libertinaje del joven excedió todos los límites. De nuevo fueron a quejarsele a Mâlik. Este se dispuso a dirigirle sus reproches; pero, de camino, oyó una voz que decía: «¡Deja tranquilo a Mi amigo!». Mâlik, estupefacto, fue a ver al adolescente. «¿Qué ha pasado, le dijo éste, que vuelves otra vez?»

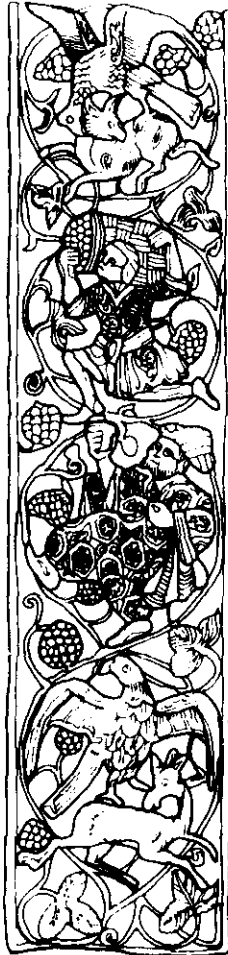
—Esta vez no he venido a reñirte, respondió Mâlik. Simplemente he venido a informarte de que he oído estas palabras.

—¡Ah! ¿Sí? exclamó el joven. Si es así, consagro totalmente mi palacio a Su servicio. No me preocupo en absoluto de lo que poseo». Y, abandonándolo todo al instante, se fue a través del mundo.

Cuenta Mâlik que, más tarde, vio al joven en La Meca, desprendido de todas las cosas y a punto de entregar el último suspiro.

«El es mi amigo, murmuró. He ido a ver a mi amigo», y expiró.

(Cf. 'Attar, *Le Mémorial des Saints*, p. 61).



Et rey Mahmud, los cortesanos y la perla

Un día, cuando el rey Mahmud fue a su diván, encontró reunidos a todos los cortesanos.

Mostró una perla maravillosa y la colocó en la mano de su visir.

«¿Qué piensas de esta perla? preguntó, ¿y cuánto vale?». Respondió el visir: «Vale más que la carga de cien asnos en oro».

El rey ordenó: «¡Rómpela!» «¡Cómo voy a romperla! replicó el visir. Yo sólo deseo el bien de tu tesoro y de tus riquezas. ¿Cómo voy a admitir que esta perla sin precio se destruya?».

«¡Bien dicho!» exclamó el rey; y le ofreció un vestido de honor; luego, aquel rey generoso, le tomó de nuevo la perla.

Y durante un rato habló con sus cortesanos de diversos asuntos.

Luego, puso la perla en la mano de un chambelán, diciendo: «¿Cuánto valdría esto para un posible comprador?».

Respondió: «Esto vale la mitad de un reino: ¡que Dios la preserve de la destrucción!».

«¡Rómpela!» dijo el rey. «¡Oh tú, respondió el otro, cuya espada brilla como el sol! ¡Ay, sería gran lástima romperla!

Sin hablar ya de su valor, observa su esplendor y resplandor mayor que el del día.

¿Cómo podría mi mano hacer el gesto de romperla? ¿Cómo iba yo a mostrarme enemigo del tesoro del rey?».

El rey le dio un vestido de honor y aumentó su salario, y luego, elogió la inteligencia de su chambelán.

Tendió después la perla a su ministro de justicia, que habló de igual manera, lo mismo que todos los otros emires; a cada uno de ellos ofreció el rey un vestido de honor.

El rey les aumentaba el salario, pero en realidad, a aquellos pobres desgraciados, los conducía del camino de la salvación al abismo de la perdición.

Los cincuenta o sesenta emires, uno tras otro, hablaron así imitando al visir.

De cómo la perla, de mano en mano, terminó por llegar hasta Ayaz¹; y concerniente a la sagacidad de Ayaz, y de cómo no actuó como ellos ni fue engañado por el hecho de que el rey les concediese bienes, riquezas y vestidos de honor, les aumentase los salarios y alabase la inteligencia de aquellos hombres extraviados; porque al imitador no hay que considerarlo musulmán: tal vez lo es, pero raramente sucede que permanezca fiel a su fe y escape de las dificultades a que está expuesto —pues le falta la constancia del clarividente— excepto en el caso de aquellos a los que Dios preserva; porque la Verdad es una, y lo contrario de la Verdad es muy engañoso y se le asemeja en apariencia. Dado que el imitador no conoce lo contrario, de forma que pueda distinguirlo de la Verdad, no puede, por este motivo, haber conocido la verdad; pero cuando, pese a su ignorancia, Dios lo protege por Su favor, esa ignorancia no le causa daño.

«Ahora, Ayaz, ¿no nos dirás tú cuál es el valor de esa perla de tal esplendor y perfección?».

Respondió: «Más del que puedo decir». Dijo el rey: «Rómpela inmediatamente en pedazos pequeños».

Ayaz tenía dos piedras en su manga; de inmediato la redujo en polvo, pues le parecía la conducta que debía seguir.

Cuando rompió aquella piedra selecta, cien clamores lanzaron los emires:

«¿Qué locura es esta? En verdad, quien ha roto aquella perla es un impío».

Y sin embargo, todos aquellos emires, en su ignorancia y su ceguera habían roto la perla de la orden del rey.

Dijo Ayaz: «Príncipes renombrados, ¿es más preciosa la orden del Rey, o la perla?»

Para vosotros, ¿es superior el mandato de vuestro soberano o esta joya? ¡Por amor de Dios, decídmelo!

Nunca apartaré del Rey mi mirada, no volveré mi rostro a una piedra, como los idólatras hacen.

El alma que prefiere una piedra coloreada a mi Rey está desprovista de la perla espiritual».

(Rûmî, *Mathnawi*, V, 4035, ss.)



¹ Favorito del sultán Mahmud de Ghazna, y que representa aquí el hombre perfecto.

Los tres peces

Había en un lago tres grandes peces. Unos cuantos pescadores que pasaban al borde del lago los vieron y se apresuraron a llevar allí sus redes. Los peces se dieron cuenta de su intención.

Uno de aquellos peces era inteligente. Decidió salir de viaje, por difícil y desagradable que fuera partir. Se dijo: «No consultaré a los demás peces, pues seguro que se esforzarán por hacerme desistir de mi proyecto. El amor a su lugar natal gobierna sus espíritus; su indolencia y su ignorancia amenazan afectarme».

Abandona el sentido literal de la expresión «amor al país», pues tu verdadera patria, oh alma, no se encuentra aquí. Si deseas tu patria, atraviesa el río; no interpretes de manera errónea aquel *hadith* auténtico ¹.

Aquel pez sagaz se dijo: «Voy a partir, no tendré en cuenta sus opiniones». Nadó a lo lejos, dejando su morada peligrosa para ir al océano de la luz. Se fue, tuvo que sufrir muchas penalidades, pero al final halló la seguridad y el gozo. Se metió en aquel Mar profundo cuyos límites ningún ojo puede alcanzar.

Por eso, cuando los pescadores llevaron las redes, el segundo pez, que era medio inteligente, se lamentó amargamente, diciendo: «¡Ay, no he aprovechado esta oportunidad! ¿Por qué no habré acompañado yo a ese guía?»

Se ha ido hacia el mar y está liberado de preocupaciones: ¡tan buen camarada, y lo he perdido!

Pero mejor que no piense en eso, y que me ocupe de mí mismo: ahora, voy a fingir que estoy muerto. Voy a ponerme boca arriba, y me moveré sobre el agua, de la manera en que

flotan las yerbas, no como nadan los peces. Me volveré muerto, me abandonaré al agua: morir antes de morir ², es estar liberado de los males».

El agua lo llevó de aquí para allá. Los pescadores, al verlo flotar de aquella manera, con el vientre en el aire, quedaron muy decepcionados, y decían: «¡Vaya! el mejor pez está muerto».

El pez se sentía dichoso de que exclamaran «¡Vaya!».

Se dijo a sí mismo: «Mi treta ha salido bien; estoy liberado del peligro».

Un pescador hábil lo tomó y lo arrojó al suelo. Rodando sobre sí mismo, alcanzó secretamente a caer de nuevo al agua.

El tercer pez, que era idiota, continuó saltando por aquí y por allá, para salvar la piel por su propio esfuerzo. Lanzaron la red, y, al final, quedó prendido. Lo cocinaron al fuego y, cuando se cocía entre las llamas, la razón le decía: «¿No te llegó una advertencia?» ³ y él, en aquel lugar de tortura, respondía como las almas de los incrédulos: «dijeron: Sí» ⁴.

Sin embargo, repetía: «Si esta vez escapo a estos tormentos, no viviré en un lago, sólo en el mar.

Iré en busca del mar ilimitado y allí estaré por siempre en paz».

(Rûmî *Mathnawi*, IV, 2002 ss.)

¹ Un *hadith* (sentencia, o dicho, del Profeta) dice: «El amor a la patria forma parte de la Fe».

² Célebre *hadith* del Profeta: «Morir antes de morir».

³ y ⁴ : Corán.

El gramático y el barquero

Cierto gramático se embarcó en un bote. Aquel hombre vanidoso se volvió al barquero y le dijo:

«¿Has estudiado alguna vez gramática?».

«No», respondió el barquero. Y el otro dijo: «Entonces, has perdido la mitad de la vida».

El barquero quedó muy afligido, pero se abstuvo de responder.

Pues bien, he aquí que el viento empuja el bote hacia un remolino: el barquero le gritó al gramático:

«Dime, ¿sabes nadar?» «No», dijo el otro. «¡Entonces, oh buen hombre, oh gramático, tu vida entera está perdida, pues el bote zozobra en estos remolinos!».

Sabe que lo necesario es el desapego de sí mismo (*mahw*) y no la gramática (*nahw*): si has muerto a ti mismo, te zambullirás sin peligro en el mar.

El agua del mar hace que flote en su superficie el que está muerto; pero si está vivo, ¿cómo escapará de ahogarse?

Cuando estás muerto a los atributos de la carne, el Mar de la Conciencia divina te llevará a lo más alto.

Si, en este mundo, eres el sabio más erudito de la época, ¡ten en consideración la huida de este mundo y del tiempo!

En la pérdida de ti mismo, amigo mío, encontrarás la jurisprudencia de la jurisprudencia, la gramática de la gramática, la esencia de todas las ciencias.

(Rûmî, *Mathnawi*, I, 2835 ss.).

El hipócrita y el borracho

Había una vez un hombre penetrado de devoción. En la mezquita, se ponía en primer plano, llevaba su rosario ostensiblemente, y mostraba fácilmente sus conocimientos de letrado.

Pero era un hipócrita, y su conducta no estaba en absoluto de acuerdo con el comportamiento de que hacía alarde. No obstante, a veces, sentía cierto temor al Juicio, por eso, cuando se casó, le exigió a su mujer que estuviese sola a su lado cuando él muriera. Ella lo prometió.

El día de su muerte, la esposa, pues, permaneció sola durante la vela fúnebre. Pues bien, a media noche, se entreabrió la pared de la habitación, aparecieron cuatro hombres, se apoderaron del cadáver y lo volvieron a traer al alba, aún cubierto con su sudario, y, luego, se fueron. Levantando la mortaja, la mujer descubrió que el cuerpo de su marido estaba negro y calcinado.

Al cabo de cierto tiempo, la viuda volvió a casarse con un buen hombre, amable y dotado de una gran generosidad. Desgraciadamente, tenía un defecto: bebía, y aunque sentía por ello mucha vergüenza, no podía pasar sin.

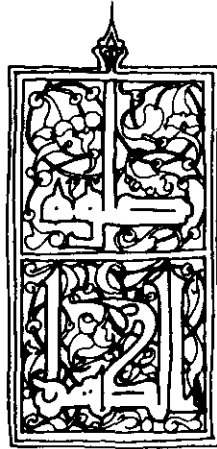
También él, en el momento de la boda, le pidió a su esposa que se quedara sola velándolo si él moría antes, pues tenía miedo de la condena de su falta.

Cuando estaba a punto de entregar el alma, dio testimonio de su fe. Luego, su mujer permaneció a su lado.

Pues bien, he aquí que a media noche se entreabrió la pared de la habitación, y de ella salieron cuatro hombres. Se llevaron el cadáver y lo volvieron a traer al amanecer. La habitación estaba llena de perfumes, y el muerto, bajo el sudario, era más hermoso que en vida. Al cuello llevaba un collar verde, color del Islam ¹.

El Corán estigmatiza con fuerza la hipocresía:

«Los hay que dicen: “Creemos en Dios y en el Día último” pero no creen. Creen que engañan a Dios y a quienes creen en El, pero sólo se engañan a sí mismos y son inconscientes... Tendrán, pues, un castigo doloroso, pues han mentido» (Corán II, 8-10). Y el Libro santo anuncia el perdón divino a los que son generosos: «A quienes crean y obren bien, les borraremos sus malas obras» (Corán XXIX, 7).



¹ Según *Contes arabes du Maghreb*, ob. cit., ps. 294-296.

La ciudad misteriosa

Un beduino fue un día a pedir audiencia al califa Omar ibn Khattab, y le contó lo que sigue:

«¡Oh Emir de los creyentes, acabo de vivir una aventura maravillosa!

Había salido yo en busca de unos camellos que había perdido en el desierto, cuando he llegado ante una gruta y he entrado en ella para protegerme del calor. Después de haber andado gran trecho en su interior, me he encontrado de repente en un verdadero paraíso, lleno de árboles gigantescos, cargados de frutos magníficos. En sus ramas estaban posadas aves del paraíso. Allí corrían riachuelos de agua límpida y de miel. Leones, panteras y tigres, no manifestaban ninguna animosidad para conmigo, las gacelas y antílopes, ningún temor. No había ningún animal maligno. He recogido del suelo oro y piedras preciosas que aquí te traigo.

Tras haber señalado la situación de la gruta, he venido a pedir que me des hombres y caravanas para encontrarla y hacer que la comunidad se beneficie de sus tesoros».

El califa consintió gustoso. Sin embargo, por más que buscaron, la ciudad maravillosa nunca fue hallada ¹.

¹ Según: J. Scelles-Millie, *Contes arabes du Maghreb*, p. 239-241, cuyas notas, muy interesantes, citamos a continuación:

«Estas ciudades escondidas de leyenda tienen ciertamente interpretaciones esotéricas posibles.

Están situadas en las regiones desérticas reales o creadas por la accessis, por la evacuación de toda emoción, de toda imagen y de todo recuerdo, en el silencio interior.

Se muestran o se esconden a la visión interior según la intensidad de la meditación o la intervención de la gracia que da acceso al descubrimiento místico.

En ellas, el suelo está cubierto de los guijarros de oro del «conocimiento». Los animales considerados «salvajes» no hacen allí daño alguno, lo que es uno de los signos característicos del Edén.

Acaso las gacelas y los antílopes representen las almas sensibles y sedientas de lo divino, según una imagen esotérica corriente».

Ali y la flauta de caña

Cuentan que el Profeta había revelado a su yerno Ali secretos que le prohibió repetir. Durante cuarenta días, Ali se esforzó por dominarse. Luego, al no poder resistirlo, se fue al campo, metió la cabeza en la abertura de un pozo y se puso a contar aquellos misterios.

Durante su embriaguez mística, su saliva cayó al agua del pozo. Unos días más tarde, empezó a salir una caña junto al pozo, y creció día a día. Un pastor cortó aquella caña, hizo en ella unos cuantos agujeros y se puso a tocar apacentando sus ovejas. Su flauta se hizo célebre; verdaderas multitudes iban a oírla y lloraban de placer al son de su música. Los propios camellos formaban círculo en torno a él. De boca en boca, esto llegó a oídos del Profeta, que mandó hacer venir al pastor. Cuando éste comenzó a preludiar, todos los asistentes entraron en éxtasis. «Estas melodías, dijo el Profeta, son el comentario de los misterios que comuniqué a Ali en secreto. Así, si alguien, entre la *gente de la pureza* está desprovisto de pureza, no puede oír los secretos en la melodía de la flauta, ni gozar de ella, pues «la fe entera es placer y pasión».

(Cf Aflaki, *Les saints des derviches tourneurs*, trad. Huart, T. II, p. 8).

El *ney* (la flauta de caña) y el hombre de Dios son una sola y misma cosa: ambos se lamentan de la separación, ambos tienen heridas en el pecho y están rodeados de ataduras, desnudos. Ambos están secos, porque no los alimenta su tierra, y están vacíos, llenos solamente del aire del músico. Cuando están solos, no tienen voz, su papel es estar entre los dedos y los labios del músico y servirle de instrumento para expresar su deseo. El hombre de Dios es traído del cañaveral

de la pree ternidad del mundo divino, y, por la fuerza del destino, cae en el mundo material. Se le ha encadenado con los lazos de la humanidad y de la naturaleza. Su corazón está herido por la quemadura de la separación, él lo ha vaciado de las cosas carnales, y ha vaciado su mente de la existencia imaginaria, luego, se ha abandonado entre las manos de Dios. A partir de ese momento ya no es más que un instrumento para manifestar la voluntad de Dios: ese es su único deber. Y cuando la voz divina quiere expresarse, toma la tonalidad propia que representa cada espiritual.

Cuando éste habla de su origen celestial y de la tristeza de la separación, sus oyentes, si tienen el corazón puro, sienten la misma tristeza. Pero hay muchos «grados» espirituales en los hombres, y cada uno comprende según su propio grado.

El *ney* es como un amigo o un amante. En aquella época los amantes estaban separados y tenían la cabeza cubierta. De igual modo, la flauta está oculta en una bolsa y colgada. Pero el *ney* está hecho para cantar, sólo así se comprenden sus secretos.

Historia del viejo tocador de laúd

¿Has oído contar que en tiempos de Omar ¹, había un trovador, un maravilloso y célebre trovador?

El ruiñeñor se sentía arrebatado por su voz; un éxtasis, su voz arrebatadora lo transformaba en ciento.

Su aliento era el ornamento de la asamblea y de la reunión; dicen que, ante sus cantos, resucitaban los muertos.

A semejanza de Israfil, cuya voz devolverá los muertos a sus cuerpos.

Aquel trovador, por quien el mundo se llenaba de arrebatado, gracias a cuya voz nacían maravillosas imaginaciones,

Gracias a cuyo canto el ave del alma emprendía su vuelo, gracias a cuya melodía se conmovía el espíritu,

Cuando hubo pasado el tiempo y se hubo hecho viejo, a causa de la debilidad, el halcón de su alma se le volvió cazador de moscas.

Su espalda se puso curvada como el perfil de una jarra de vino, sus cejas colgaban sobre sus ojos como una brida de baticola.

Su voz exquisita, refrescante para el alma, se volvió fea y sin valor para nadie.

La voz que antaño produjo los celos de Zohra (Venus) era ahora como el rebuzno de un borrico viejo.

Cuando aquel trovador se hubo vuelto viejo y débil, como no ganaba nada, no podía pagar ni una sola hogaza de pan.

Y le dijo al Señor: «Tú me has dado larga vida y larga tregua; oh, Dios mío, concediste Tus favores a un pobre miserable.

Durante setenta años he cometido pecados, y, no obstante, ni un solo día me has privado de Tu generosidad.

Ahora no puedo ganar nada, soy tu convidado, tocaré el laúd para Ti, pues Tuyo soy».

Tomó su laúd y se fue en busca de Dios hasta el cementerio de Medina, gritando: «¡Ay!».

Decía: «Le pido a Dios el precio de la seda para las cuerdas de mi laúd, pues, en Su bondad, acepta la falsa moneda».

Tocó el laúd mucho rato, luego, llorando, puso la cabeza en el suelo; hizo del laúd almohada y se echó en una tumba.

El sueño se apoderó de él; el ave de su alma escapó del cautiverio; dejó laúd y tocador de laúd y se fue.

Se libró del cuerpo y del sufrimiento de este mundo en el mundo espiritual y el campo del alma.

Allí, su alma cantaba lo que le había sucedido, diciendo: «Si al menos me dejasen morir aquí,

Feliz sería mi alma en este jardín y esta primavera, embriagada por esta llanura y ese místico campo de anémonas.

Viajaría sin cabeza ni pies, comería azúcar sin labios ni dientes.

Con la memoria y el pensamiento liberados del sufrimiento del cerebro, me regocijaría con los habitantes del cielo.

Con los ojos cerrados, vería el mundo; sin manos, cogería rosas y albahaca».

Mientras su alma se entretenía allí en el amplio ámbito de la misericordia y la benevolencia de Dios,

Envió Dios a Omar tal somnolencia que no pudo hacer otra cosa que dormir.

Quedó estupefacto, diciéndose: «Eso es cosa desconocida. Eso viene de lo Invisible, con alguna intención».

Posó la cabeza y el sueño se apoderó de él. Soñó que oía una voz que le venía de Dios; su espíritu oyó aquella voz que es origen de cada grito y de cada ruido; en verdad, es la única Voz, lo demás son sólo ecos.

El turco y el curdo, el que habla persa, y el árabe, oyeron aquella voz, sin oídos y sin labios.

Turcómanos, persas, etíopes, ¿qué digo? ¡la madera y el papel han oído aquella voz!

A cada instante, de Él viene la llamada: «¿No soy Yo vuestro Señor?» y la substancia y los accidentes se hacen in-existentes.

Si bien no viene de ellos la respuesta «sí», no obstante, su venida de la no-existencia a la existencia es un «sí».

Volvamos a donde estábamos: escuchad cuál era el estado del trovador, pues estaba desesperado por la espera.

Llególe a Omar la voz de Dios: «Omar, libera a Nuestro siervo de la necesidad.

Tenemos un siervo elegido y muy estimado; tómate la molestia de ir a pie al cementerio.

Omar, levántate deprisa, y toma en tus manos setecientos dinares del tesoro público.

Llévaselos y di: Oh tú que eres nuestro favorito, acepta esta suma ahora y discúlpanos.

Gástala para comprar seda y, cuando la hayas gastado vuelve aquí».

Entonces, Omar, por temor respetuoso a aquella voz, se levantó de un salto para poder ponerse a su servicio.

Se dirigió al cementerio, con la bolsa bajo el brazo, corriendo en su busca.

Por todo el cementerio corrió un buen rato: salvo aquel pobre viejo no había nadie.

Se dijo: «No es él», y echó a correr de nuevo. Quedó agotado, y sólo vio al anciano.

Se dijo: «Dios ha dicho: “Tenemos un servidor; es puro, lleno de mérito, bendito”.

¿Cómo va a ser el favorito de Dios ese viejo tocador de laúd? ¡Oh misterio oculto, qué excelente, qué excelente eres!».

De nuevo se puso a errar por el cementerio como el león que caza en medio del desierto.

Cuando estuvo convencido de que no había nadie más que el viejo pensó: «Muchos corazones luminosos se encuentran en las tinieblas».

Fue a sentarse cerca de él con cien señales de respeto.

Omar se puso a estornudar, y el viejo se levantó sobresaltado.

Vio a Omar y quedó atónito; decidió irse y se echó a temblar.

Dentro de sí se decía: «¡Oh, Dios mío, ayúdame, Te lo suplico! El inspector ha caído sobre un tocador de laúd pobre y viejo».

Cuando Omar puso la vista en el rostro del anciano, lo vio vergonzoso y pálido.

Entonces, Omar dijo: «No tengas miedo, no huyas lejos de mí, pues te he traído buenas noticias de parte de Dios.

¡Cuántas veces no ha elogiado tu carácter de suerte que ha vuelto a Omar prendido de tu rostro!

Siéntate junto a mí y no hagas separación entre nosotros, para que yo pueda decirte al oído el secreto del favor divino.

Dios te manda el *Salam* y te pregunta cómo te encuentras en tu desamparo y tus penas innumerables.

Toma, aquí tienes unas monedas de oro para comprar seda

Gástalo todo y vuelve después aquí».

Al anciano, al oír aquello, le temblaba todo el cuerpo, se mordía las manos y se desgarraba las ropas.

Gritaba: «¡Oh Dios, que no tienes igual!» pues el pobre anciano estaba muerto de vergüenza.

Después que hubo llorado largo rato y que su pena hubiera superado todos los límites, arrojó su laúd al suelo y lo rompió en pedazos. Dijo: «Tú, laúd, que has sido para mí un velo que me separaba de Dios, tú, que has sido para mí un bandolero que me cortaba el camino del Rey.

¡Tú, que has bebido mi sangre durante setenta años, tú, por cuya causa está mi rostro negro de vergüenza ante la perfección divina!

¡Oh Dios generoso y fiel, ten piedad de una vida pasada en la iniquidad!

Dios me ha dado una vida de la que nadie salvo El, conoce el valor de cada uno de los días.

Aliento a aliento, he gastado mi vida, he consagrado todos mis alientos a las notas agudas o graves.

¡Ah! ¡acordarme del modo y el ritmo me hizo olvidar el momento en que habrá que dejar este mundo!

¡Ay! Por la frescura de las melodías en menor, la simiente depositada en mi corazón se ha desecado, y mi corazón ha muerto.

¡Ay! A causa de todas aquellas melodías, la caravana pasó y llegó la noche».

Entonces, Omar le dijo: «Tu lamentación es también una señal de conciencia de ti.

La vía de aquel que ha pasado más allá de la conciencia de sí es otra vía, pues la lucidez es otro pecado.

La lucidez proviene de la rememoración de lo pasado; el pasado y el futuro son un velo que te separa de Dios.

Préndedles fuego a ambos; ¿cuánto tiempo, a causa de ellos, estarás lleno de nudos, como el ney? ²

Mientras el ney está lleno de nudos, no comparte los secretos; no es el compañero de los labios y de la voz.

Cuando vas en busca de Dios, estás absorto en esa búsqueda; cuando llegas a la casa, aún estás contigo mismo.

Oh tú cuyo conocimiento no tiene conocimiento del Dador de conocimiento, tu arrepentimiento es peor que tu pecado.

Oh tú que buscas arrepentirte de un estado que ya está pasado, di, ¿cuándo te arrepentirás de ese arrepentimiento?

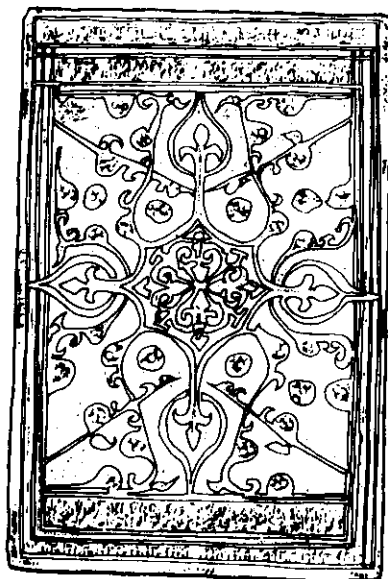
Cuando Omar se convirtió en espejo de los misterios, el alma del anciano despertó interiormente.

Como el alma, quedó libre de llanto y de risa; su alma carnal huyó, y la otra alma se hizo viva.

Entonces nació en él un enmaravillamiento que le hizo irse de la tierra y del cielo en una búsqueda más allá de toda búsqueda; yo no puedo decirlo, dilo tú si puedes.

Palabras y sentimientos más allá de todo sentimiento y palabra: había quedado anegado en la belleza del Señor de Majestad.

(Rûmî *Mathnawî*, I, 1913 y ss.)



¹ Segundo califa del Islam.

² La flauta de caña.

El profeta Muhammad y la cierva

El profeta Muhammad se encontró un día con unos cazadores paganos que habían capturado una cierva. Le dijeron: «Tú pretendes que eres profeta. Reniegas de nuestros ídolos. Si eres profeta, pruébalo».

El Profeta se volvió hacia la cierva y oró: «¡Dios mío, haz que esta cierva hable!» entonces la cierva dijo:

«Quisiera ir a ver mis cervatillos antes de morir. Sal tú garante por mí».

El Profeta dijo a los cazadores: «Dejad que vaya a ver a sus hijos. Si no vuelve, me mataréis en su lugar». Los cazadores aceptaron y la cierva se fue.

Después de cierto tiempo, los cervatillos dijeron a la cierva: «No te quedes y vuelve allí, no queremos que los paganos maten a Muhammad». Y la cierva se despidió de ellos. Ya de camino, cayó en una trampa que un señor feudal había tendido. Dios mandó entonces al ángel Gabriel, que llevó a trampa y cierva ante el Profeta. Al ver este milagro, los paganos se convirtieron al Islam, y la cierva volvió junto a sus pequeños.

(Cuento popular turco, referido por Pertev Boratav según un manuscrito de la Bibliothèque Nationale de París, Fondo turco, n.º 252) (v. Bibliografía).

El Sabio, el sufí y el perro

Un sufí, vestido con su túnica de lana burda, pasaba por una calle. Golpeó a un perro con su bastón y le rompió una pata. El perro salió aullando y fue a acurrucarse a los pies del sabio Abu Saíd pidiendo que se le hiciera justicia.

El Sabio le dijo al sufí: «¿Cómo te has permitido hacer tanto daño a este pobre ser?».

El sufí respondió: «¡Oh Sabio, ha sido culpa del perro, y no mía! Si le he pegado es porque me había manchado la ropa».

Mas el perro seguía gimiendo cada vez más.

Le dijo el Sabio: «¿Qué puedo darte en compensación para calmar tu dolor? Si no quieres que yo asuma la culpa de ese sufí, lo haré castigar para hacerte justicia».

Respondió el perro: «Oh Sabio sin igual, cuando he visto que ese hombre llevaba el hábito de los sufíes, he tenido confianza en él. Nunca hubiera imaginado que pudiera hacerme daño. Si no hubiese llevado esa túnica, lo habría evitado. Ese ha sido mi error. Si quieres castigarlo, quítale esa ropa reservada a los justos para que nadie más se engañe con su apariencia».

(Según 'Attar, *Le Livre divin*, p. 97).

El rey y el anillo

Erase una vez un rey cuyo poder se extendía sobre el mundo entero. Le gustaba rodearse de sabios. Un día, les dijo: «Un extraño deseo ha surgido en mi corazón; ignoro cual es la razón. Deseo que me fabriquen un anillo de metal puro, que sea de tal clase que, al verlo, me ponga alegre si estoy triste; y que me ponga triste si estoy alegre».

Los sabios, sorprendidos por tal petición, estuvieron mucho tiempo poniéndose de acuerdo. Al final, se decidieron unánimemente por un anillo en el que se grabaría: «también eso pasará pronto».

(Según 'Attar, *Le Livre divin*, p. 301).

El Khadir, el sultán turco y el pobre hombre

Un sultán turco hizo proclamar un día a sus pregoneros:

«Al que encuentre al Khadir ¹ y me lo traiga, le concederé todo cuanto quiera».

Pero ¿quién podría encontrar al Khadir?

En aquella ciudad había un hombre que se encontraba en la miseria. Le dijo a su mujer que había decidido ir a ver al sultán y prometerle hallar al Khadir, a condición de que le concediese cuarenta días de plazo y provisiones para asegurar la vida de sus hijos.

En vano trató su mujer de disuadirlo; el hombre estaba resuelto a probar fortuna aun sabiendo que arriesgaba la vida, dado que sería totalmente incapaz de cumplir su promesa.

Pese a las súplicas de su mujer, fue, pues, a palacio, y le prometió al sultán que le llevaría al Khadir al cabo de cuarenta días, a condición de que su familia tuviese el mantenimiento garantizado. Consintió el sultán, y el pobre hombre, durante cuarenta días, se llevó todas las provisiones que quiso.

El día cuarenta y uno, el sultán lo mandó llamar y le preguntó: «¿y el Khadir? ¿Lo has encontrado?»

»El pobre se vio obligado a reconocer su ardid: que no había tenido más objeto que alimentar a su familia.

»El sultán, furioso, le preguntó entonces a uno de sus tres visires cómo convenía castigar a aquel hombre que había osado engañarle.

»El primer visir respondió: «Hay que cortarlo en pedazos y colgar cada pedazo en casa de un carnicero».

»En aquel preciso instante, un niño apareció al lado del pobre.

»Ante la respuesta del visir, dijo: «Cada uno según su origen...».

Preguntado a su vez, el segundo visir aconsejó que despellejaran al culpable y llenaran su piel con paja.

«Cada uno según su origen...», volvió a decir el niño.

En cuanto al tercer visir, argumentó que se trataba de un pobre hombre, empujado por la miseria a cometer aquella falta, y que la grandeza del sultán debería incitarlo a indultarlo.

El niño repitió: «Cada uno según su origen...».

Entonces el sultán se dirigió al niño: «Pero ¿quién eres tú? ¿qué has querido decir con estas palabras?».

El niño respondió: «El primer visir tuvo por padre un carnicero: su consejo indica su origen. El segundo visir es hijo de un colchonero: por eso ha preconizado el castigo que desea infligir a este pobre hombre. Y el tercer visir ha demostrado la nobleza de su corazón. Sólo él es digno de servirte.

»Yo soy el Khadir que tú buscabas; he venido aquí para salvar a este hombre».

Y dicho esto, desapareció. El sultán desterró a los dos primeros visires, y colmó de honores al tercero. Luego mandó al pobre hombre de vuelta a casa cargado de los más ricos presentes.

(Según un cuento oral turco, recogido por Pertev Boratav, y publicado en su obra sobre los *Cuentos turcos*).

¹ Personaje misterioso de la tradición islámica que, según el Corán (Cf. Sura 18, V. *Infra*), acompañó a Moisés. Su nombre (literalmente «el Verde») es un símbolo de renacimiento. La leyenda ha hecho de él alguien que realiza prodigios y concede los deseos.

Historia del cazador de serpientes

Un cazador de serpientes se fue a la montaña para cazar una serpiente con sus encantamientos.

Encontró en la nieve un enorme dragón muerto cuya sola visión le llenó de espanto.

Los encantadores de serpientes los cazan para asombrar a la gente. Así pues, tomó aquel dragón y se fue a Bagdad para mostrarlo.

En busca de un pobre salario, transportaba un dragón como el pilar de una casa.

Diciendo: «traigo un dragón muerto; para cazarlo he sufrido muerte y pasión».

El creía que estaba muerto, pero en realidad estaba vivo; estaba helado por la escarcha y la nieve, y presentaba la apariencia de la muerte.

Con mil penas llegó a Bagdad con el deseo de atraer a la muchedumbre presentando su espectáculo en la encrucijada de los caminos.

Se instaló a orillas del Tigris, y por la ciudad de Bagdad corrió un rumor:

«Un encantador de serpientes ha traído un dragón; ha capturado un animal extraordinario».

Allí fueron a parar miles de mirones, apretados unos contra otros.

Cuando el cazador de serpientes empezó a mover la tela que cubría al dragón, la gente estiró el cuello.

Y vieron que el dragón, helado por el frío intenso, estaba encima de centenares de rudas telas de lana y mantas.

Lo había atado con gruesas cuerdas: aquel guardián cuidadoso había tomado grandes precauciones.

Mientras había durado la espera y la aglomeración, el sol del Irak brilló sobre la serpiente.

El sol de aquel cálido país lo calentó; había estado muerto y volvió a la vida; al notar el calor, empezó a desenroscarse.

Al verlo moverse, el estupor de la muchedumbre creció cien mil veces.

Se pusieron a chillar y huyeron en masa lejos de sus movimientos.

La serpiente hizo saltar sus ataduras, las rompió y salió de debajo de ellas: dragón horroroso que rugía como un león.

Muchos perecieron en el atropello; se recogieron cuerpos a cientos.

El cazador de serpientes quedó paralizado por el miedo, gritando: «¿Qué he traído de las montañas y el desierto?».

El dragón hizo de él sólo un bocado; se enroscó en un pilar y devoró sus huesos.

El dragón es tu alma sensual: ¿cómo va a estar muerta? Sólo está paralizada por la pena y la ausencia de medios.

Guarda el dragón en la nieve de la separación de sus deseos; ten cuidado, no lo lleses al sol del Irak.

Mientras tu dragón esté helado, va todo bien; si está libre, no eres para él más que un bocado.

Mortifícalo y presérvate de la muerte espiritual; no tengas piedad, no merece tu merced;

Porque cuando brilla sobre él el sol del deseo, ese animal despreciable se rehace.

Entrégate al combate espiritual: Dios te recompensará acercándote a El.

(Rûmî, *Mathnawi*, III, 975 y ss.).

Historia del enamorado y la carta de amor

Cierto hombre, cuando su bienamada le dejó sentarse a su lado, sacó una carta de su bolsillo y se puso a leerla por ella.

En aquella carta había versos, elogios, alabanzas, lamentaciones, sufrimientos y muchas humildes súplicas.

La bienamada dijo: «Si es por mí, leer esto en el momento de nuestro encuentro es perder la vida.

Estoy aquí, a tu lado, ¡y tú lees una carta! Esto, en todo caso, no es la manera de hacer de los verdaderos amantes».

Respondió él: «Tú estás aquí presente, mas no obtengo la plenitud del placer. Lo que he experimentado por tu causa durante el último año no existe en este instante, aunque estoy junto a ti.

He bebido el agua de esta fuente; con su agua he refrescado mis ojos y mi corazón.

Todavía veo la fuente, pero el agua ya no está; tal vez algún bandido la ha desviado».

Dijo ella: «Entonces, no soy yo tu bienamada: yo estoy en un país, y el objeto de tu deseo se encuentra en otro.

Tú estás enamorado de mí, y también de un estado de sentimiento; ese estado ya no está en tu poder, oh joven.

Por eso no soy yo la totalidad de lo que buscas. Soy tan sólo una parte de tu búsqueda en este momento.

Yo soy tan sólo la casa de tu bienamada, no la propia bienamada: el verdadero amor es para el oro, no para el cofrecillo que lo contiene.

El verdadero bienamado es aquel que es único, que es tu comienzo y tu fin.

Cuando lo encuentres, no seguirás esperando otra cosa: él es a un tiempo lo manifiesto y el misterio.

El es el señor de lo espiritual, no depende de ningún estado.

El que se detiene en el camino no ha llegado al final del viaje; permanece sentado, a la espera, y buscando el «estado».

El que depende del «estado» es aún un ser humano; en un momento, se vuelve más grande por el «estado», en otro momento, decrece.

Estás enamorado de tu «estado», no estás enamorado de mí; estás unido a mí con la esperanza de sentir el «estado».

Quien es puro está sumergido en la luz del Dios de gloria; no es hijo de nadie, está liberado de los tiempos y los «estados».

Ve y busca un amor como aquel, si estás vivo; de otro modo, eres el esclavo de los tiempos cambiantes.

Sea cual sea tu estado, continúa tu búsqueda; oh tú, cuyos labios están secos, sigue buscando el agua,

Pues la sequedad de tus labios atestigua que al final llegarás a la fuente».

(Rûmî, *Mathnawi*, III, 1406 y ss.).

Historia del pobre árabe del desierto y de su discusión con su mujer por causa de su miseria

Una noche, una mujer beduina le dijo a su marido (habló sin límites):

«Estamos sufriendo esta pobreza y miseria; todo el mundo es feliz, sólo nosotros somos desgraciados.

No tenemos pan, nuestro condimento es la angustia y las ganas; no tenemos aguamanil, las lágrimas de nuestros ojos son nuestra sola agua.

Nuestro vestido, de día, es el sol ardiente; de noche, nuestro lecho y nuestra manta son los rayos de la luna.

Imaginamos que el disco de la luna es un pan redondo, y alzamos las manos al cielo.

Los más pobres se avergüenzan de nuestra pobreza; el día se transforma en noche con nuestra angustia por el pan de cada día.

Parientes y extraños han acabado por huir de nosotros. Si suplico a alguien que me de un puñado de lentejas, me responde: «Cállate, eres una peste».

Los árabes se sienten orgullosos de combatir y de dar: ¿qué vamos a combatir? Estamos muertos sin luchar, estamos desamparados hasta de la necesidad.

¿Qué podemos ofrecer? Estamos continuamente en la mendicidad».

Su marido le respondió:

«¿Hasta cuándo buscarás beneficios y ganancias? En verdad, ¿qué queda de nuestra vida? En su mayor parte, ha pasado.

El hombre razonable no mira el aumento o la falta, pues ambos pasarán como un torrente.

Sea la vida como agua límpida, o como un mar turbio, no hables de ello, pues la vida sólo dura un momento.

En este mundo, miles de animales viven felices, sin inquietud.

La paloma, en su árbol, da gracias a Dios, aunque su alimento de la noche aún no esté preparado.

El ruiseñor canta gloria a Dios: «Confío en Ti para mi sustento de cada día, oh Tú que respondes a la oración».

De igual manera puede tomarse cada animal, desde el mosquito al elefante; todos dependen de Dios; y ¡qué excelente alimentador es Dios!

Tú eres mi mujer: la esposa ha de ser de igual calidad que el esposo, para que todo vaya bien.

La pareja de esposos ha de armonizar: mira un par de zapatos o de botas.

Si un zapato es demasiado estrecho para el pie, de nada te sirve el par.

¿Has visto nunca una puerta con una oja pequeña y la otra grande?

Dos sacos sobre un camello mal se equilibrarán si uno es chico y el otro normal.

Camino con corazón firme hacia el contentamiento, ¿por qué te entregas a la crítica?».

De esta manera, aquel hombre feliz, movido por la sinceridad y el ardor, le habló a su mujer hasta el alba.

La mujer le chilló, diciendo: «¡Oh tú, que haces de la reputación tu religión, no voy a seguir tragándome tus camelos!

No digas majaderías en tu presunción y tu pretensión. Anda, no hables con orgullo y arrogancia.

¿Cuánto tiempo vas a pronunciar estas frases pomposas y artificiales? ¡Considera tus propias acciones y sentimientos y llénate de vergüenza!

El orgullo es feo, y aún más feo en los mendigos. ¿Cuánto van a durar esa pretensión, esa palabrería, esa vanagloria?».

Verdaderos caudales de tales reproches le recitó la mujer a su esposo.

De cómo el marido aconsejó a su mujer, diciéndole «No mires a los pobres con desprecio; antes considera la obra de Dios como perfecta, y no dejes que los pensamientos y la vana

opinión que tienes de tu propia miseria te hagan mofarte de la pobreza e insultar a los pobres.

«¡Oh mujer!, dijo, ¿eres una mujer, o la causa de la pesadumbre? La pobreza es mi orgullo ¹, no me agobies con tus reproches.

La riqueza y el oro son como un gorro en la cabeza: el calvo hace de su sombrero un refugio.

Pero el que tiene pelo rizado y espléndido es más feliz cuando está descubierto.

La pobreza espiritual está más allá de tu comprensión; no consideres la pobreza con desdén.

Pues los derviches están más allá de la pobreza y la riqueza: poseen una parte abundante que viene del Todopoderoso.

Dios Altísimo es justo, y, ¿cómo el que es justo va a conducirse tiránicamente para con los miserables?

Acaso la frase «La pobreza es mi orgullo» es vana y falsa? No, son miles de esplendores y de gracias ocultas.

¡Que Dios me perdone! Nada deseo de los seres creados; gracias al contentamiento, un mundo entero se encuentra en mi corazón».

Cunado la mujer vio que estaba furioso y que era imposible de convencer, se puso a llorar. En verdad, las lágrimas son el sortilegio de la mujer.

Dijo ella: «¿Cuándo hubiera imaginado yo tales palabras de tu parte? Yo deseo de ti algo distinto.

Si a causa de la pobreza mi corazón ha perdido paciencia, no es por mí, sino por ti.

Tú has sido mi remedio en la aflicción; deseo que no estés en la indignancia.

Por mi alma y mi conciencia, esto no es por mí misma, estas quejas y gemidos son por ti».

De esta manera hablaba graciosa y tiernamente. No obstante, le sobrevino una crisis de lágrimas.

Cuando las lágrimas y sollozos hubieron superado todos los límites (viniendo de ella, que era encantadora incluso sin lloros),

Surgió de aquella lluvia un relámpago que lanzó una chispa de fuego en el corazón del hombre solitario.

Por su solo rostro hermoso el hombre ha quedado esclavizado, ¿qué no pasará cuando se comporte como una esclava?

Su sola arrogancia hace temblar tu corazón, ¿cómo estarás cuando caiga llorando ante ti?

Su solo desdén hace sangrar tu corazón y tu alma, ¿cómo será cuando recurra a la súplica?

Explicación de la Tradición profética: «En verdad, las mujeres pueden con el hombre sabio, y el hombre ignorante puede con ellas.

El profeta dijo que la mujer puede infinitamente con los hombres sabios e inteligentes.

Mientras que los hombres ignorantes pueden con la mujer, pues en ellos hay, aprisionada, la ferocidad del animal.

Carecen de ternura, de bondad y de afecto, porque la animalidad puede con su humanidad.

Amor y ternura son cualidades humanas, ira y lujuria son cualidades animales.

La mujer es un rayo de Dios, no es esa amada terrenal.

De cómo el hombre, a petición de su mujer, accedió a buscar medios de subsistencia.

El hombre quedó afligido por las palabras que él mismo había dicho y exclamó: «¿Cómo puedo haberme convertido en adversario de aquella que es el alma de mi vida?

» Oh esposa mía, le dijo, me arrepiento; si hasta ahora he sido infiel, ahora seré musulmán.

He pecado contra ti, ten piedad de mí.

Ahora, he dejado de oponerme a ti; me ordenes lo que me ordenes, obedeceré, no consideraré el buen o mal resultado».

De cómo indicó la mujer al marido la forma de ganarse el pan, y de cómo aceptó él su proposición.

Dijo la mujer: «Ha brillado un sol, un mundo entero ha recibido la luz:

La ciudad de Bagdad se ha vuelto como la estación primaveral gracias al Vicario del Misericordioso, el Califa del Creador.

Si logras acceder a ese Rey, tú mismo te convertirás en rey; ¿por cuánto tiempo seguirás buscando tu desgracia?».

El marido preguntó: «¿Cómo voy a ir a ver al Rey? ¿Cómo voy a ir a él sin un pretexto? He de tener algún móvil o algún medio».

De como el árabe llevó a Bagdad un cántaro de agua de lluvia de en medio del desierto como regalo para el Emir de los Creyentes, creyendo que también en Bagdad era rara el agua.

Dijo la mujer: «Tenemos esa agua de lluvia en el cántaro: es tu propiedad, tu capital y tu bien.

Toma ese cántaro, anda, llévalo como regalo y ve a presencia del Rey de reyes.

Dile: «No tenemos más bienes que este: en el desierto no hay nada mejor que esta agua».

Aunque su tesoro está lleno de oro y joyas, no obstante no tiene agua como esta: el agua es rara».

¿Qué aguamanil es este? Nuestro cuerpo limitado: en su interior se encuentra el agua salada de los sentidos.

Es un cántaro con cinco pitorros, los cinco sentidos; esa agua, guárdala pura de toda mancha,

Para que este aguamanil pueda pasar hacia el mar, y para que el aguamanil adquiera la naturaleza del mar,

De manera que cuando la lleves como presente al Rey, el Rey pueda encontrarla pura y tomarla;

Y, después de eso, su agua se hará sin fin, cien mundos se llenarán con este aguamanil.

Tapa sus aberturas y mantenla llena de agua del ánfora de la Realidad. Dios ha dicho: «Cerrad los ojos a los deseos vanos».

El marido estaba henchido de orgullo: «¿Quién, pensaba, tiene un presente como este? ¿Este, en verdad, es digno de un Rey como él».

La mujer ignoraba que en aquel lugar (Bagdad), por encima del camino, pasa un gran río de agua dulce como el azúcar, que fluye como un mar a través de la ciudad, lleno de barcos y redes de pesca.

De cómo la mujer del árabe cosió el aguamanil de agua de lluvia en una tela de fieltro y le puso un sello a causa de la convicción profunda del árabe de que se trataba de un regalo precioso.

«Sí, dijo el marido, tapa el orificio del cántaro. Ten cuidado, pues se trata de un presente que nos producirá gran provecho.

Cose este aguamanil en fieltro, para que el Rey pueda romper su ayuno con nuestro presente.

Pues no hay agua semejante a esta en el mundo entero; ninguna agua es tan pura como esta».

Así pues, tomó el árabe el cántaro y se puso en camino, conservándolo junto a él noche y día.

Temblaba por el cántaro, por miedo a las asechanzas del destino; no obstante, la transportó desde el desierto hasta la ciudad.

Su mujer extendió la alfombra de oración para la súplica,

Exclamando: «¡Salva de los bandoleros nuestra agua, Señor, deja que esa perla llegue a aquel mar!

Aunque mi marido es sagaz y hábil, la perla, sin embargo, tiene miles de enemigos».

Gracias a los ruegos y lamentos de su mujer, y gracias a la ansiedad del marido y a su paciencia bajo aquella pesada carga, la llevó sin tardanza, salvada de los ladrones y sin dañar por las piedras hasta el palacio del Califa.

Vio una Corte llena de munificencia en la que los miserables habían echado sus redes.

En cualquier lugar, a cada instante, un suplicante obtenía de aquella corte un don y una túnica de honor:

Era como el sol y la lluvia, o, mejor dicho, como el paraíso, para el infiel y el verdadero creyente, tanto para la gente buena como para la gente mala.

Cuando el beduino llegó a las puertas del palacio del califa, los oficiales de la corte salieron a su encuentro y se mostraron muy amables.

Sin que hablara, comprendieron qué deseaba.

Tenían por costumbre dar antes de que les pidiesen.

Luego, le dijeron: «¡Oh jefe de los árabes!, ¿de dónde vienes? ¿cómo te encuentras después del viaje y el cansancio?».

Respondió: «Soy extranjero, vengo del desierto con la esperanza de obtener la gracia del Sultán.

El perfume de su gracia ha invadido los desiertos; los propios granos de arena han recibido de él un alma.

He hecho todo el camino hasta aquí por amor a los dinares, pero en cuanto he llegado, he quedado embriagado por la visión del Rey.

He venido a esta corte en busca de riqueza. En cuanto he pasado por este pórtico, me he convertido en maestro:

He traído agua como presente para obtener pan, la esperanza del pan me ha llevado al lugar más elevado del Paraíso.

He sido liberado, como los ángeles, del agua y el pan; sin objeto de deseo terreno, doy vueltas en torno a esta corte como la esfera celeste».

Cuando el Califa vio el presente y oyó su historia, llenó de oro el aguamanil y añadió otros dones.

Libró al árabe de la indigencia, le concedió regalos, mantos de honor,

Diciendo:

«Devolvedle lleno de oro ese cántaro. Cuando se vuelva a su casa, llevadlo al Tigris.

Ha venido aquí por la ruta del desierto y viajando por tierra; más corto le será volver por el río».

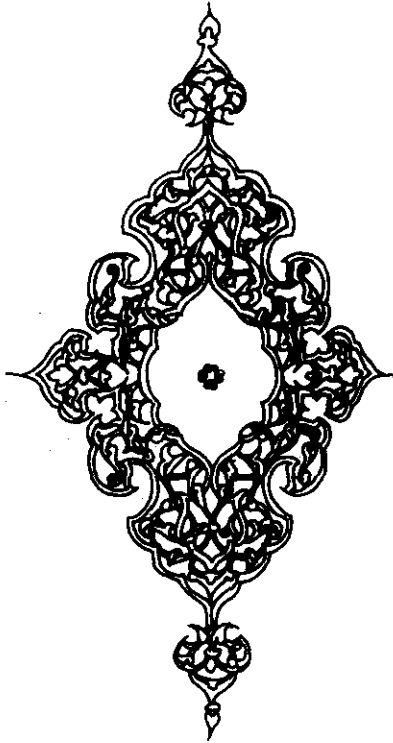
Cuando el árabe montó en el barco y vio el Tigris, se prosternó de vergüenza, agachando la cabeza.

Y diciendo: «¡Oh, qué maravillosa es la bondad de ese Rey generoso! ¡Lo más maravilloso es que haya aceptado el agua!

¡Cómo ha aceptado, enseguida, de mí, aquel Océano de generosidad, tan pobre presente!».

«Sabe, hijo mío, que cada cosa del universo es un aguamanil lleno, hasta el borde, de sabiduría y belleza. Cada cosa es una gota del río de Su belleza. Y si el árabe hubiese percibido algo del Río divino, hubiera roto el aguamanil, sí, lo hubiera roto».

(Rûmî, *Mathnawî*, I, 2252 y ss.).



¹ Hadith del Profeta Mohammed.

Ali y su enemigo

«Combatiendo a los infieles, Ali venció a un caballero y, desenvainó el sable para matarlo.

El, entonces, le escupió a Ali en la cara. Ali arrojó inmediatamente su sable a lo lejos y dejó que se fuera.

Asombrado de aquella acción, y la concesión de aquel perdón y aquella clemencia sin motivo,

El enemigo le dijo: «Has alzado tu sable acerado contra mí; ¿por qué lo has arrojado y me has perdonado?

¿Qué has percibido que sea preferible a combatirme, de tal suerte que me has liberado?

¿Qué has visto, para que tu ira se haya calmado, y ese relámpago haya resplandecido y luego se haya apagado?

¿Qué has visto, para que aparezca una llama en mi corazón y mi alma sólo con haber percibido el reflejo?

¿Qué has visto, más allá de la existencia y del espacio, que sea mejor que la vida? Y, así, me has concedido la vida.

Habla, Príncipe de los creyentes, para que mi alma pueda estremecerse en mi cuerpo como el embrión: ¿por qué esa misericordia en vez de la venganza?».

Ali respondió: «Yo blandía la espada por amor a Dios, soy el servidor de Dios, no soy gobernado por mi cuerpo.

Mis actos son un testimonio para mi religión; yo tan sólo soy la espada, es la Divinidad quien la saca. Puesto que soy libre, ¿cómo iba a poder encadenarme a la ira? ¡Ven!

Ven, la gracia de Dios te ha hecho libre, pues Su misericordia puede más que Su rigor.

Tú eres mío y yo soy tuyo: tú eres Ali, ¿cómo podría yo matar a Ali?

Tu pecado vale más que cualquier acto de piedad: has atravesado los Cielos en un solo instante».

(Rûmî, *Mathnawî*, I, 3721 ss.).

El rey, el médico y la muchacha enferma.

Un rey había comprado una joven esclava de la que estaba prendado. Poco tiempo después, cayó enferma. El rey llamó a todos los médicos a la redonda, prometiéndoles un tesoro si lograban curarla. Se comprometieron a hacerlo, pero, ciegamente confiados de su ciencia, omitieron encomendarse a Dios. Todos sus remedios quedaron sin efecto, la joven estaba cada vez peor, y el rey se desesperaba. Se fue corriendo a la mezquita, rogando a Dios en llanto. De pronto, se quedó medio dormido y soñó que se le aparecía un anciano que le decía: «¡Buenas noticias, oh Rey! Tus ruegos han sido atendidos. Si mañana viene a verte un extranjero, lo hace de mi parte. Es un médico hábil y digno de confianza».

Ya al alba, se puso el rey al acecho en su balcón y vio que se acercaba un hombre de noble rostro; enseguida se convenció de que venía de lo Invisible y salió a su encuentro. Le besó la mano, lo apretó contra su pecho y lo llevó junto a la muchacha enferma.

El médico observó su color, le tomó el pulso, examinó su orina y se informó de los síntomas. Luego dijo: «Ninguno de los medicamentos que le han dado esos falsos médicos sirve para nada; ignoraban cual es su estado interior». El había visto su pena, y comprendido su secreto, pero no se lo reveló al rey. Se había dado cuenta de que su dolor no era físico, sino moral. Le dijo al rey: «Oh Rey, vacía la casa; que nadie se quede ni escuche lo que le voy a decir a la muchacha».

Quedaron, pues, solos enferma y médico.

Dulcemente, él le preguntó: «¿Cuál es tu ciudad natal? Porque el tratamiento difiere según el lugar de origen. Y, en esa ciudad, ¿quiénes son tus parientes? ¿Con quién tienes amistad?»

Mientras le hacía preguntas, una a una, le palpaba el pulso.

Ella se puso a contar de dónde venía, a quién había conocido, cuáles habían sido sus maestros. El seguía auscultándole el pulso, pues si este se aceleraba, eso indicaría que el nombre pronunciado la conmovía.

De su ciudad natal, pasó a otra. Ningún cambio se producía en sus colores ni en su pulso, hasta que el médico mencionó Samarcanda. Al oír este nombre, ella enrojeció y palideció y se le puso el pulso como si fuera a salirse del pecho el corazón, pues había estado separada de un hombre al que amaba, un orfebre que seguía en aquella ciudad. El se enteró de su dirección, y se fue a ver al rey, a quien contó parte de la historia, y le dijo que para curar a la muchacha, convenía que hiciera llamar al orfebre en cuestión ¹.

Dos mensajeros lo hallaron y lo llevaron ante el rey a quien el médico le aconsejó que lo casara con la muchacha.

Lo cual se hizo, y ella recobró totalmente la salud.

Al cabo de seis meses, el médico le preparó al orfebre una poción que lo enfermó, le hizo perder la buena cara y lo volvió desabrido. El amor de la muchacha fue desapareciendo: el amor que sólo tiene por objeto la forma exterior no es un verdadero amor. Al final, murió, y la muchacha lo olvidó.

«Tú, elige el amor al Viviente que es eterno, que te da de beber ese licor que alarga la vida».

(Según Rûmî, *Mathnawî*, I, 36 ss.).

¹ Ya con Avicena, en el siglo X se dan experiencias de este tipo. (Cf. E. de V. Meyerovtch, *Rûmî et le Soufisme*).

Majnun y Leyla

Alguien le preguntó a Majnun: «¿Amas mucho a Leyla?». El respondió: «En verdad, no la amo».

Asombrado, su amigo le dijo: «Pero, vamos, te pasas los días y las noches llorando, componiendo versos en su honor, sin comer ni dormir, loco de pena: ¿no es eso amor?».

Majnun respondió: «Todo eso es finito. Ahora Leyla se ha convertido en Majnun, Majnun se ha convertido en Leyla. Se han fundido el uno en el otro, ya no son dos».

«Si buscas el objeto de tu amor a costa de tu alma, piérdete a fin de que se manifieste».

«Piérdete de tal modo que nunca más puedas encontrarte en la vida».

(Cf. 'Attar, ob. cit., ps. 409-410).

El Maestro (Rûmî) decía: «El éxtasis en el corazón aniquila todos los demás sentidos y la lengua se vuelve vana. La belleza de Leyla no era divina, era corporal y carnal; era de agua y barro; pero el amor que inspiraba absorbía a Majnun entero y lo sumergía: ninguna necesidad lo impulsaba a ver a Leyla con los ojos, ni a oír su voz; pues no veía a Leyla separada de sí mismo, y decía:

«Tu imagen está en mis ojos, tu nombre en mis labios, tu recuerdo en mi corazón.

¿A quién voy a escribir? ¿Dónde te escondes?

Yo soy el que ama y el que me ama.

Somos dos almas encarnadas en un solo cuerpo».

(Rûmî, *Le Livre du dedans*, p. 71).

Shiblí y el panadero

Un panadero había oído hablar del célebre Shiblí y deseaba ardientemente conocerlo. Un día, Shiblí fue a su tienda y, sin ocultarse, tomó un pan. El panadero, que nunca lo había visto, se echó sobre él y le arrebató de las manos el pan, diciéndole: «Vete, mendigo, mi pan no es para ti». Shiblí se fue. Entonces, alguien le dijo al panadero: «¿Es que no sabes que ese hombre es Shiblí? ¿Cómo le niegas el pan?». Muerto de vergüenza, el panadero corrió detrás de Shiblí, lo alcanzó y se le echó a los pies dándole mil excusas. Shiblí le dijo: «Si quieres ser perdonado preparáanos un banquete mañana, e invita a muchos convidados».

El panadero se apresuró a encargar un suntuoso festín, al que invitó a gran número de personas, anunciándoles la presencia de Shiblí. Una vez llegado éste, se sentaron a comer.

Un hombre piadoso le preguntó: «¿Cómo puede discernirse a un hombre de bien de un hombre malo?» Shiblí respondió: «Si quieres ver un hombre malo, mira a nuestro anfitrión: por mí, ha gastado cien monedas de oro; por Dios, no quería dar un pan. En vez de entregarse a gastos de locura para un hombre célebre, más le hubiera valido dar un pan con dulzura a un mendigo. Parecer hombre generoso no es nada; es la pureza de intención lo que cuenta».

(Cf. 'Attar, *Le Livre divin*, ps. 131-132).

La cocinera y el garbanzo

Mirad el garbanzo en la marmita, de qué manera salta cuando está sometido al fuego.

En el momento en que lo hacen hervir, el garbanzo sube constantemente a lo alto de la olla, lanzando mil gritos.

Diciendo: «¿Por qué me quemáis? Puesto que me habéis comprado y apreciado, ¿por qué me volvéis cabeza abajo?».

La cocinera sigue golpeándolo con el cucharón: «No —le dice— quédate quietecito, hirviendo, y no saltes lejos del fuego.

No te hago hervir porque te deteste; al contrario, es para que adquieras gusto y sabor.

Para que puedas convertirte en alimento y te mezcles con el alma carnal; tu aflicción no viene de que seas despreciado.

Cuando estabas verde y fresco, bebías agua en el huerto: si bebías agua, era a causa de este fuego».

La Misericordia de Dios es anterior a su Rigor. Lo precedió eternamente, para que se adquiriera la existencia.

Luego, para excusar este acto de rigor, vendrá la Gracia de Dios diciendo: «Ahora te has purificado y has saltado fuera de ese río de tribulaciones».

La cocinera dice: «Oh garbanzo, en primavera, te alimentaste. Ahora tu huésped es el dolor: trátalo bien.

Para que el invitado pueda volver a su casa, dando las gracias, y pueda contar en presencia del Rey tu generosidad.

De tal modo que Aquel que confiere el favor pueda ir a ti en vez del favor.

Garbanzo, sigue hirviendo en los tormentos, para que en ti no quede ni existencia, ni tú mismo.

Si bien antaño reíste en este jardín terrenal, eres la rosa del jardín del espíritu y el ojo espiritual.

Si bien fuiste separado del jardín del agua y de la tierra, te has vuelto, no obstante, alimento en la boca, y has entrado en los seres vivos. Hazte alimento, fuerza y pensamientos.

Viniste de la nube, del sol y del cielo, luego te convertiste en diversos atributos y subiste al cielo.

Viniste en forma de lluvia y calor, volverás en los atributos divinos.

Formabas parte del sol, de la nube y de las estrellas; te has convertido en el alma y la acción, tanto la palabra como los pensamientos».

El garbanzo dijo: «¡Puesto que es así, señora, feliz seré de hervir: ayúdame, de verdad!

En esta ebullición tú eres, por decirlo así, mi arquitecto; golpéame con la espumadera, que me someto a esta ebullición, para que al final encuentre la posibilidad de reunirme con mi Bienamado».

La señora le dijo: «Antaño, como tú, yo formaba parte de la tierra.

Después de haber bebido una copa de dura ascesis, me llené de méritos.

Durante largo tiempo herví en el mundo del Tiempo; durante largo tiempo, también, en el caldero del cuerpo.

A causa de estas dos cocciones, me convertí en una fuente de fuerza para los sentidos; me convertí en espíritu animal; luego me convertí en tu maestro.

Cuando me encontraba en el estado inanimado, me decía yo: «Corres de aquí para allá para poder estar dotada de conocimiento y de cualidades espirituales».

Puesto que me he convertido en espíritu animal, ojalá pueda ahora hervir una vez más y pasar más allá de la animalidad».

(Rûmî, *Mathnawî*, III, 4159 y ss.).

El turco y el sastre

Un narrador relataba a un auditorio divertido los fraudes y astucias a que se dedican los sastres. Un turco, que lo escuchaba con atención le preguntó quien era en la ciudad el más hábil en aquel tipo de engaños. El narrador respondió que cierto sastre, llamado Pir-i Shush, era superior a todos los demás como ladrón y atracador consumado.

«Os garantizo, dijo el turco, que por más que haga, nunca logrará robar ni un pedazo de hilo en mi presencia». Le aseguraron que otros más capaces que él habían caído en la trampa de aquel sastre deshonesto. Finalmente se apostaron un caballo árabe: el turco lo ganaba o lo perdía según acabara el encuentro.

A la mañana siguiente, se fue a la tienda del sastre, con una magnífica pieza de raso bajo el brazo, y mandó que le hiciesen un abrigo. El sastre se deshizo en reverencias y palabras amables, y, mientras le tomaba las medidas, se puso a contarle historias divertidas que hicieron reír mucho al turco. Sin embargo, mientras hablaba, cortó un pedazo de raso y lo ocultó entre sus ropas. Aquello siguió durante un buen rato: el sastre contando divertidas historias, el turco, partido de risa, pidiendo sin cesar nuevos chistes, y el sastre apoderándose subrepticamente de trozos de tela. Él mismo, al final, le dijo al pobre turco que se fuera, si no no quedaría suficiente tela para coserle el abrigo.

«El sastre, que es el mundo, se apodera de la tela de tu vida, pedazo a pedazo, con sus tijeras, que son los meses.

» ¿Hasta cuándo querrás escuchar los cuentos del tiempo?»

(Según Rûmî, *Mathnawi*, VI, 16651 y ss.).

El joven y el hada

Había en la India un hombre cuyo hijo, pese a su juventud, estaba dotado de gran sabiduría y de un amplio saber. Había adquirido un conocimiento profundo de la astrología, y gracias a esta ciencia había sabido que el rey de los genios tenía una hija de belleza incomparable. Y se enamoró de ella perdidamente.

Pues bien, había, en otra ciudad, un sabio célebre, que vivía solo y se negaba a tener discípulos, pues deseaba guardarse su ciencia para él solo. El joven, que había oído decir que el rey de los genios y su hija, el hada, lo frecuentaban, no cejó hasta que su padre lo llevó a casa del sabio, haciéndolo pasar por niño sordomudo que deseaba ponerse a su servicio. A causa de su enfermedad, el sabio no temería ninguna divulgación de sus secretos.

Tras haberlo sometido a varias pruebas, para asegurarse de que el joven no podía realmente ni hablar ni oír, el sabio le dejó quedarse, y durante diez años el joven se instruyó sin que lo supiese su maestro y se hizo igual de sabio que él, si no más. Y, así, un día que el príncipe de la ciudad había caído enfermo, fueron a buscar al célebre sabio, que no logró curar su mal, mientras que el alumno, que lo había seguido a escondidas, si lo logró. De la vergüenza, el sabio se murió. El príncipe, ya restablecido, cubrió de oro y honores al joven y le hizo don del título y bienes de su maestro.

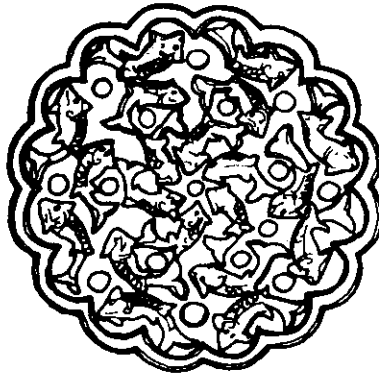
Entre éstos, se encontraba un cofre que el joven siempre había soñado poder abrir. Lo hizo enseguida y en él encontró la descripción del rostro de su bienamada.

Cada vez más inflamado de amor, el joven se entregó a encantamientos hasta que, al cabo de cuarenta días, el hada se le apareció. Al examinarla de pies a cabeza, descubrió que había surgido de él mismo.

Asombrado, dijo: «¿Cómo has podido penetrar así en mí?». Ella respondió: «Desde el primer día, siempre estuve contigo; soy tu alma; lo que buscas sin cesar no es distinto de ti mismo. ¿Por qué no quieres usar tu inteligencia?»

Si miras bien, verás que el universo entero no es distinto de ti mismo; tú eres el alma gemela de todas las cosas, dentro y fuera de ti».

(Según 'Attar, *ob. cit.*, p. 114 y ss.).



Cf. la tradición profética (Hadith qudsi) del Profeta en la que Dios dice: «Mis cielos y Mi tierra no me contienen, pero estoy contenido totalmente en el corazón del que Me adora».

El pilar que gemía

El Profeta acostumbraba respaldarse contra un pilar de madera cuando rezaba en la mezquita de Medina. Creció el número de fieles, y como se lamentaban de que no veían la cara de Mohammed por causa de la afluencia, se le construyó una silla. Y he aquí que el pilar se puso a gemir, lamentándose de que se le separara del contacto con el Profeta. Este le dijo:

«Pilar, ¿qué quieres?». El pilar respondió: «Estoy desesperado de estar separado de ti. Yo te servía de apoyo; ahora me has abandonado; has encontrado un lugar para apoyarte en la silla».

«¿Deseas —le preguntó el Profeta— ser transformado en datilera, para que la gente venga de Oriente y de Occidente a recoger tus frutos?»

«¿O bien que Dios haga de ti un ciprés en el más allá, de modo que permanezcas eternamente fresco y verde?».

El pilar respondió: «Deseo aquello por lo cual la vida permanece por siempre».

¡Escucha, despreocupado! ¡No seas menos que un trozo de madera!

El Profeta enterró el pilar para que sea resucitado, como los hombres, el día del Juicio,

Para que sepas que todo aquel que ha sido llamado por Dios está liberado de todas las tareas de este mundo.

El que no tiene acceso a los misterios espirituales, ¿cómo va a creer en el lamento de las cosas inanimadas?

Si no hubiese habido concedores de la orden divina «¡Fiat!», nadie hubiera admitido esta doctrina (de la palabra dada a todos los seres).

(Rûmî, *Mathnawî*, I, 2113 ss.).

El anciano y el sultán Mahmud

El sultán Mahmud, volviendo de cazar, divisó a un endeble anciano cargado de un pesado haz de leña. Movidó por la piedad, se le acercó y, sin darse a conocer, le ofreció comprarle la leña y le preguntó el precio. El anciano respondió que su valor era el de una moneda de oro que pesase lo que dos granos de cebada. El rey buscó en su bolsa, pero sólo encontró virutas de oro que pesaban más. Una a una las colocó en la mano del leñador, que cada vez se negó a aceptarlas, porque, sopesándolas en la mano, estaba convencido de que tenían un valor superior al debido. Una vez vació el saco, el Sultán le dijo al anciano que volviera a poner en ella las virutas de oro, luego se la confió, ordenándole que fuese a la ciudad, donde encontraría una balanza. Después de quedarse una viruta de oro que pesara dos granos de cebada, había de devolver el resto al tesorero de palacio.

A la mañana siguiente, el sultán, al ocupar su trono, vio al anciano a la puerta, asustado al reconocer a su soberano. Éste le dijo que se acercara y le preguntó qué había hecho. «Anoche me acosté sin comer», respondió. «¿Y como así?» preguntó el rey. «Porque —replicó el viejo— ayer me dejaste sin preocuparte de saber si tenía qué comer». El rey le dijo: «Quédate todo el oro que te confié, es para ti». «Pero, ¿entonces —preguntó el viejo—, por qué haber esperado a hoy para dármelo, si esa era tu intención». El rey dijo: «Ayer, no sabías que yo era el sultán. Quise que, al reconocermé como tal, descubrieses que tus deseos son atendidos».

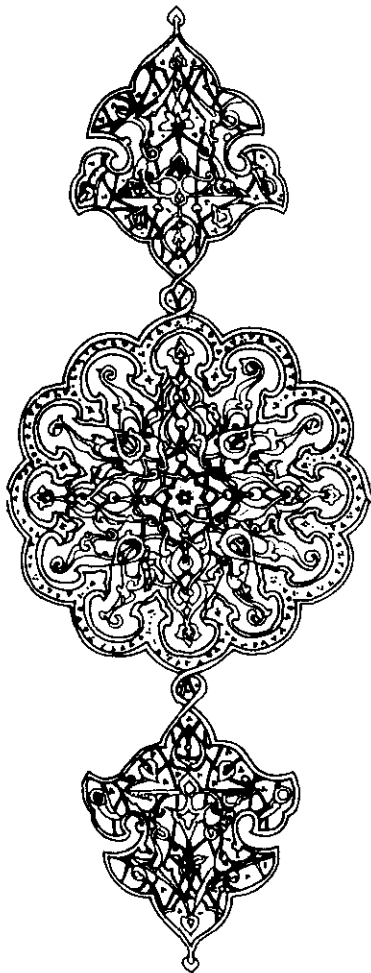
Amigo, sabe que el anciano que camina con un haz de leña a cuestas eres tú; que el rey es la Luz divina.

Uno a uno, recibes de manos de Dios los soplos de la vida, como las virutas de oro que el anciano recibió una a una.

Cuando, mañana, te encuentres frente a la vida eterna, y,
ante el trono divino, te den la bolsa entera,

Comprenderás que mil siglos de la existencia que tanto
amas no son más que un sopro.

(Cf. 'Attar, *Le Livre divin*, p. 127 ss.).



El joven y el Tamiz

Un rey había confiado su hijo a los hombres del arte, para que le enseñasen las ciencias de la astronomía, la geomancia y otras. Había llegado a dominarlas, pese a su incapacidad y su poca inteligencia. Un día, el rey cogió un anillo y, para probar a su hijo, le preguntó: «Dime, ¿qué tengo en la mano?».

Respondió: «Lo que tienes en la mano es algo redondo, amarillo y vacío».

El rey dijo: «estas indicaciones son exactas, pero, dime, ¿qué es en realidad?».

«Debe de ser un tamiz», respondió el príncipe. El rey dijo:

«Pero hombre, has dado tantos indicios precisos que la razón queda estupefacta del alcance de tus estudios y de tu ciencia. ¿Cómo no comprendes que dentro de una mano no puede haber un tamiz?».

De igual modo, los sabios de nuestro tiempo hilan muy fino en sus investigaciones; conocen perfectamente lo que no les atañe y abarcan toda ciencia. En cuanto a su propia persona, todo lo ignoran. Distinguen lo lícito de lo ilícito diciendo:

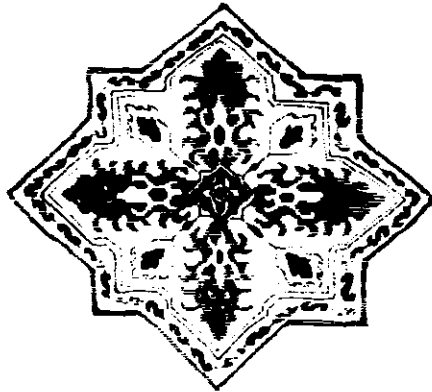
«Esto está permitido, aquéllo no lo está, esto es lícito, aquéllo es ilícito». Pero en lo que les atañe a ellos mismos, no saben lo que es lícito o ilícito, lo que está permitido o prohibido, lo que es puro o impuro.

El que un objeto sea redondo, amarillo y vacío, no son más que accidentes. Si lo echas al fuego, nada queda de esos atributos. Se convierte en pura esencia.

Lo mismo ocurre con los indicios que atañen a las ciencias, a la acción o a la palabra; en modo alguno dependen de la esencia de la cosa considerada; sólo la esencia sobrevive.

Así, los sabios hablan de todas esas cosas, las explican y, al final, emiten un juicio, esto es, que en la mano del rey hay un tamiz, pues ignoran el principio de aquéllo de lo que hablan.

(Rûmî, *Le Livre du Dedans*, p. 44).



El rey y los pobres

El soberano de un vasto reino era célebre por su generosidad: cualquiera podía ir a mendigar a la puerta de su palacio, y el propio rey le daba la limosna.

Llegó un día en que sus ministros, temiendo los abusos, hicieron proclamar que la caridad se daría sólo en determinado lapso de tiempo, y se pusieron las horas en las puertas de la ciudad.

Pues bien, resulta que un mendigo ciego, venido de muy lejos, se presentó una noche, pidiendo un donativo por el amor de Dios.

El rey, que estaba acostado, oyó sus lamentos, pero, diciéndose que el reglamento hacía ley, no le prestó oídos y se volvió a dormir. No obstante, las súplicas del ciego lo despertaron de nuevo. El rey, irritado, llamó a un guardia e hizo que metiera en prisión al mendigo toda la noche.

Entonces, se le apareció en sueños el Angel Gabriel y le dijo: «¡Para la caridad no hay hora! Tendrás que arrepentirte durante siete años».

El rey se levantó de la cama, fue a implorar el perdón del preso, le sirvió, y le dio provisiones de camino. Luego se marchó en secreto. Por el camino, como tenía hambre, cambió su traje real por las ropas de un pastor y un pedazo de pan. Y vivió en la miseria durante seis años.

Al cabo de este tiempo, se hizo ayudante de un carbonero, que murió y le dejó en herencia su tenderete.

Hacía bastante que había comenzado su séptimo año de penitencia, cuando el príncipe de la ciudad hizo que un heraldo ordenara que todos los comerciantes cerrasen las tiendas, pues sus hijas darían un paseo por las calles de la ciudad.

El rey carbonero cerró, pues, su tienda y se puso a tocar la flauta como siempre que tenía tiempo para ello. Así expresaba su nostalgia y sus desdichas.

La menor de las siete hijas del príncipe, al pasar con el cortejo ante la tienda del carbonero, oyó su endecha y se sintió conmovida. Y siendo costumbre del país que las hijas pudiesen presentar a su padre un pretendiente elegido por ellas, las princesas le expresaron sus deseos y el príncipe, en consecuencia, invitó a los candidatos al matrimonio a que se presentaran en palacio. Todos acudieron con gran pompa. El carbonero, por su parte, iba montado en su borrico y tocando la flauta. La hermana menor reconoció sus acentos y lo eligió como pretendiente a su mano.

A todos escandalizó aquella elección, sobre todo a los otros seis pretendientes de sus hermanas mayores. El príncipe, entonces, decidió someterlos a diversas pruebas, en las que todos triunfaron gracias a la ayuda del carbonero, que el auxilio divino había transformado en santo derviche.

Finalmente, llegada la víspera del aniversario de los siete años de penitencia, el carbonero envió un mensaje a su antiguo palacio para que sus ministros reuniesen la dote e hicieran que una caravana la llevase para la ceremonia nupcial. Luego volvió a vestirse su traje real y, a la cabeza de su ejército, acudió al palacio del príncipe, que hizo celebrar grandes fiestas por las bodas de sus hijas. Él, que «tenía el honor de entrar en la familia del Rey de reyes, se felicitaba de que su hija menor hubiese sabido un día abrir el oído y el corazón al sonido tímido de una flauta modulada por un carbonero desdichado».

(Cf. J. Scelles-Millie, *Contes mystérieux d'Afrique du Nord*, Ed. Masonneuve el Larose, París, 1972).

El Sabio de Gorgán y la gata

Había un gran sabio que vivía en Gorgán. Tenía en su casa una gata que lo quería mucho. Siempre estaba junto a él, y, si no, se acurrucaba en la alfombra de oración. Iba libremente a la cocina, pues sabían que nunca tocaba nada, contentándose con lo que le daban.

Pues bien, un día, al atardecer, se coló en la cocina y robó un pedazo de carne de la olla. El criado del sabio se dio cuenta de ello y le pegó. La gata, molesta, se puso en un rincón mostrando su descontento. El sabio le preguntó por ella a su sirviente, que le contó lo sucedido. Entonces, llamó a la gata y le dijo: «¿Por qué has hecho una cosa así?».

La gata se fue y volvió por tres veces, trayendo sendos gatitos recién nacidos. Los puso a los pies del sabio y se refugió en un árbol, poniendo unos ojos muy grandes y guardando silencio.

El sabio se dirigió a los que lo rodeaban, diciéndoles:

«El delito de esta gata es excusable, pues no lo cometió pensando en ella misma. Su conducta no tiene nada de sorprendente, pues el amor materno es algo prodigioso. Mientras no se tienen hijos, no se puede comprender esa solicitud».

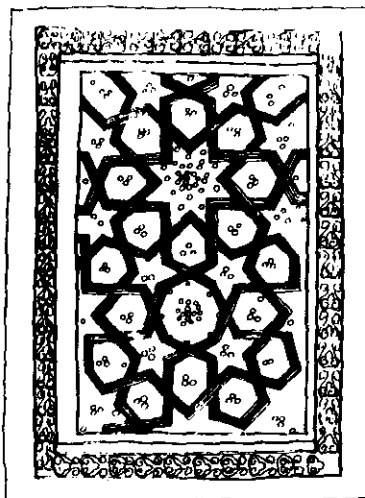
Luego, le dijo al sirviente: «Este pobre animal privado de la palabra seguramente ha sufrido mucho. Pídele perdón, y su ira desaparecerá».

Cosa que hizo el criado, pero sin éxito. El sabio, a su vez, le habló, rogándole que bajara del árbol. Enseguida, la gata bajó y se acurrucó a sus pies.

«Todos los asistentes le dieron la razón al pobre animal y se adhirieron a la gratitud de aquel dulce ser.

Aunque tengas lazos para llenar cien mundos, nunca igualarán al de un solo hijo. El único por encima de ese apego por el hijo es Dios, el Puro, el Incomparable».

(Cf. 'Attar, *Le Livre divin*, ps. 221-222).



La madre y el niño subido a un canalón

Una mujer fue a ver a Ali, yerno del Profeta, y le dijo: «uno de mis hijos se ha encaramado en lo alto del canalón. Si lo llamo no viene, y si lo dejo tengo miedo de que caiga al suelo.

No está en edad de entender, como nosotros, si le digo: «ven a mí, huye de ese peligro».

Además, no comprende las señales que le hago con las manos; o, si las comprende, no tiene cuidado. No sirve de nada.

Varias veces le he mostrado mi pecho y la leche, pero aparta la vista.

Por amor de Dios, —puesto que sois los hombres nobles los que aportáis vuestra ayuda en este mundo y el otro— aplica pronto un remedio, pues mi corazón tiembla de miedo a estar separada del fruto de mi alma».

Ali respondió: «Lleva a otro niño al tejado, para que tu niñito vea a su congénere.

Y de lo alto del canalón, descienda con agilidad, hacia su congénere: siempre se quiere a quien nos es cercano».

Así lo hizo la mujer, y cuando el niño vio a otro niño, volvió el rostro a él con alegría, y desde el borde del canal fue al tejado, arrastrándose hacia su pequeño compañero: así se salvó de una caída mortal.

Los profetas pertenecen a la humanidad por este motivo para que los seres humanos puedan salvarse de los peligros gracias al hecho de que son de la misma especie.

Por eso el Profeta decía de sí mismo que era «un hombre como vosotros», para que pudieseis ir hacia vuestro congénere y no estar perdidos: pues a cualquiera que está en búsqueda, es su congénere quien lo atrae.

(Rûmî, *Mathnawi*, IV, 2656 ss.).

El Rey y los dos esclavos

Un Rey compró a buen precio dos esclavos, y entabló una conversación con uno de ellos. Encontró que tenía mente aguda y una manera de responder agradable y llena de elocuencia.

Entonces hizo venir al segundo esclavo. Este tenía mal aliento, dientes estropeados, y aunque eso desagradó al Rey, quiso, no obstante, indagar acerca de sus pensamientos ocultos, y le hizo sentar para hablarle, tras haber mandado al primer esclavo a otro lugar. Y le dijo al que estaba junto a él:

«¡Muy bien! Eres un chico inteligente; a decir verdad, vales, tú solo, cien esclavos. No eres en absoluto como tu compañero te me ha descrito: ha estado a punto de hacer que te aburriera, pues me ha dicho que eras ladrón, sinvergüenza, de mala conducta, libertino, y así todo».

El esclavo respondió: «Mi compañero siempre ha dicho la verdad; nunca ha encontrado a nadie tan sincero como él. Diga lo que diga, no puedo encontrarlo falso. No creo que sea malévolo: más bien desconfiaré de mí mismo. Acaso ve en mí faltas que yo mismo no percibo, oh Rey».

El Rey le dijo: «Ahora, cuéntame cuales son sus defectos, como él ha hecho con los tuyos, para que me de cuenta si estás dedicado a mi servicio».

El respondió: «Oh Rey, voy a decirte cuáles son sus defectos aunque es para mí un compañero amable. Sus defectos son el afecto, la lealtad y la humanidad; sus faltas son la sinceridad, la sagacidad y el compañerismo. Su menor defecto es la generosidad y la munificencia; la generosidad dispuesta a sacrificar la propia vida».

Dijo el Rey: «No muestres tanto ardor en alabar a tu amigo, no te vanaglories haciendo como que lo alabas; porque voy a ponerlo a prueba y la vergüenza caerá sobre ti».

El esclavo respondió: «A decir verdad, por Dios, el Poseedor del Reino, el Misericordioso y el Clemente, juro que todo cuanto he dicho de mi camarada es cien veces inferior a lo que es en realidad».

Cuando volvió el otro esclavo, a quien el Rey había enviado al baño, le dijo el Rey: «¡Bravo! Eres hermosísimo y elegante. ¡Ay! ¡Qué lástima que haya en ti lo que de ti ese bribón ha dicho!».

El respondió: «Oh Rey, cuéntame qué ha dicho de mí ese impío».

Dijo el Rey: «En primer lugar, te ha descrito como un hipócrita, afirmando que pareces un remedo, cuando, en realidad, eres una enfermedad».

Al oír aquellas palabras, el esclavo se puso hecho una furia, echando espumarajos de cólera, y cubriendo de insultos a su compañero.

El Rey lo hizo callar: «¡Basta! Te distingo de él por la forma en que has hablado: en ti, está corrompido el espíritu, en tu compañero sólo es el aliento. Ve a sentarte, pues, bien lejos, hombre de espíritu depravado, para que él te mande y tú le obedezcas».

(Rûmî, *Mathnawî*, II, 843 y ss.).

El príncipe y la hechicera

Cierto rey tenía un hijo dotado de todas las cualidades del cuerpo y el espíritu. Una noche, el padre soñó que el joven príncipe era víctima de una muerte repentina. Horrificado por aquel sueño, el rey resolvió buscarle rápidamente una esposa a su hijo para que su linaje no se extinguiera. Decidió fijar su elección en una joven virtuosa cuyo padre era un hombre santo, mas de pobre condición. Esto desagradó a la madre del príncipe, que le reprochó al rey no haber preferido una novia de igual categoría e igual fortuna. El rey persistió en su decisión y dio en matrimonio a su hijo aquella muchacha hermosa y pura.

Pues bien, quiso el destino que una vieja hechicera decrepita, enamorada del príncipe, lo hechizase con su magia, y el príncipe abandonó bodas y novia. Perdía el juicio por ella.

Durante un año entero, estuvo cautivado por la pasión que le inspiraba aquella horrible vieja, mientras que el rey, su padre, se desesperaba, rezaba día y noche para que su hijo volviese a sí mismo.

En respuesta a sus súplicas, el Señor le envió un mago, maestro consumado en su arte. Éste se había enterado, cuando se encontraba lejos de allí, que el príncipe había sido víctima de la vieja maga. El rey le dijo: «Ese muchacho ha perdido la cabeza». El mago respondió: «He venido para ayudarte. Mi ciencia no proviene de esa vil hechicería, sino que proviene de lo alto». Y liberó al príncipe del encantamiento que lo tenía prisionero. Lleno de remordimiento, el príncipe volvió a casa de su padre, que hizo celebrar con esplendor la ceremonia de boda con la joven novia, mientras la vieja hechicera moría de despecho.

El príncipe, contemplando a la radiante desposada, permanecía estupefacto, sin entender qué le había sucedido.

«Asimismo, cuando el verdadero creyente ha hallado su vía hacia la luz divina, aparta su rostro de las tinieblas del mundo.

Hermano, has de saber que tú eres el príncipe nacido de nuevo en este viejo mundo.

La bruja es este bajo mundo, que a los seres humanos hace cautivos de los colores y los perfumes.

Estás encadenado por su aliento: busca, pues, el aliento de tu Creador,

A fin de que Sus palabras «he insuflado en él de Mi espíritu»¹ puedan liberarte de este hechizo y decirte: «¡Ven más arriba!».

El soplo de la magia sólo lo destruye el soplo divino: el primero es un soplo de cólera, el segundo es el soplo del amor.

La misericordia de Dios puede más que Su cólera: si deseas la supremacía espiritual, ve en busca de este atributo supremo,

A fin de poder unirse a las almas nupciales; pues ese es, oh príncipe embrujado, el camino de la liberación.

Mientras el mundo, esa vieja bruja, exista para ti, no podrás escapar de sus sortilegios.

Duro es estar separado de esta morada transitoria: ¡cuánto más duro será estar separado de la morada eterna!

Puesto que te es difícil estar separado de la forma, ¡qué difícil ha de ser estar alejado de su Creador! Tú, que no soportas estar privado de este mundo vil, amigo mío, ¿cómo puedes soportar estar privado de Dios?

Si contemplas un solo instante la belleza del Amante y arrojas tu alma y tu vida en el fuego del amor,

Ya no verás más este bajo mundo sino como una carroña, tras haber vislumbrado la gloria y el esplendor de la proximidad a Él y, como el príncipe, llegarás a tu Bienamado».

(Rûmî, *Mathnawî*, IV, 3115, 3215).

¹ Cf. Corán, XV, 29; XXXII, 9; XXXVIII, 72.

La búsqueda del árbol cuyo fruto hace inmortal

Un día, un hombre instruido, por gusto de relatar una historia, hablaba de un árbol situado en la India. Nadie que come de sus frutos, decía, envejece ni muere jamás.

Un rey oyó referir este relato a una persona fidedigna, y se puso ansioso de descubrir aquel árbol. Por eso envió en su busca un mensajero inteligente.

Éste recorrió el país, visitando todas las ciudades, llanuras y montañas.

Todos aquellos a quienes preguntaba se burlaban de él, lo trataban de loco, o le mostraban un respeto irónico más penoso que un insulto. O, también, lo enviaban a lugares en los que supuestamente estaba el árbol en cuestión. Cada uno le daba informaciones diferentes, hasta que al final, tras varios años transcurridos en vanas investigaciones, el mensajero resolvió renunciar a su búsqueda, y totalmente desconsolado, tomó el camino de vuelta.

Ahora bien, en un lugar donde hizo un alto, vivía un Sabio. El mensajero se dijo: «Ya que no tengo más esperanza, lo visitaré antes de irme, para que me acompañe su bendición».

Y llorando, se fue a ver al Sabio y le puso de manifiesto su desespero.

El sabio le preguntó cuál era el motivo. El respondió:

«El emperador me envió a buscar un árbol que es único en el mundo; su fruto es de la substancia del Agua de la vida. Hace años que lo estoy buscando y sólo he recibido rechiflas».

El Sabio se echó a reír y dijo: «¡Ingenuo!, este árbol es el del conocimiento; altísimo, enorme y que se extiende hasta muy lejos: es un Agua de la vida que proviene del océano infinito de Dios.

Partiste en busca de la forma y te perdiste; no puedes hallarlo, pues has abandonado la realidad.

A veces lo llaman «árbol», a veces «sol», ora «mar», ora «nube».

Es ese algo único de donde provienen cien mil efectos: el menor de ellos es la vida eterna.

Aunque su esencia es una, tiene mil efectos y se le pueden aplicar innumerables nombres.

Una persona puede ser tu padre; con respecto a otro individuo puede ser su hijo.

Respecto de otro, puede ser su enemigo, y para otro más, mostrarse amigo.

Posee cientos de miles de nombres, pero es un solo hombre; ninguna de sus características puede dar de él una verdadera descripción.

Quienquiera que busque el nombre sólo, está extraviado y perdido, como tú lo estás. ¿Por qué atenerte a la palabra «árbol» de tal modo que quedas amargamente defraudado?

Renuncia a los nombres y considera los atributos, para que los atributos puedan guiarte a la esencia».

Las disputas de los hombres las causan los nombres: la paz llega cuando se dirigen a la realidad indicada por el nombre.

(Rûmî, *Mathnawî*, II, 3641 ss.).

Bichr y el nombre de Allâh

Bichr el «Descamisado», saliendo de madrugada, borracho de vino turbio pero límpido en su alma, halló en medio del camino un pedazo de papel en el cual estaba escrito el santo nombre de Dios.

Todo lo que tenía en este mundo era el valor de un grano de cebada. Lo gastó para comprar musgo y perfumó el pedazo de papel, de tan apenado que estaba de ver el nombre de Allâh manchado de barro. Por la noche soñó que la Voz divina le decía:

«Tú recogiste Mi nombre del polvo, tú Lo perfumaste y Lo purificaste con toda veneración.

Yo, a mi vez, te doy acceso a la Verdad; Yo te hago puro y oloroso».

(Cf. 'Attar, *Le Livre divin*, ps. 437-438).

El río y las arenas

Tras un largo recorrido, llegó un río a las arenas del desierto, que en vano se esforzó en atravesar: a medida que trataba de avanzar, la arena le absorbía el agua.

El no sabía qué hacer, cuando una voz que venía del desierto le susurró: «Puesto que el viento atraviesa el desierto, el río también puede hacerlo». «Pero ¿cómo voy a poder? —respondió el río—. El viento no tiene más que volar». «El único medio, le dijo la voz, es hacerte llevar por el viento». «Y, ¿qué tendría que hacer para eso?» «Dejarte absorber por él».

Pero el río tenía miedo. ¿Qué iba a ser de él? ¿No perdería su individualidad?, y ¿cómo la recuperaría entonces?

«Ese es el papel del viento», respondieron las arenas. «Absorberá tu agua, la transportará más allá del desierto, caerá en lluvia y volverás a ser río».

Sin embargo, el río dudaba todavía. «¿No puedo —preguntó— seguir siendo el río que soy ahora?».

«Puedes seguir siendo el mismo», dijo la voz. «Es la parte esencial de ti mismo lo que será llevado para volver a hacerse río. Cualquiera que sea el nombre que se te de, seguirás siendo fundamentalmente tú mismo».

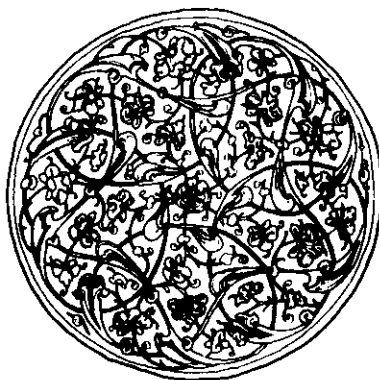
Entonces, el río se abandonó en brazos del viento, que lo transportó más allá de los desiertos y las montañas, a un lugar lejano.

«Ahora», dijo el río, «conozco mi verdadera identidad. Mas, ¿por qué no pude encontrarla por mí mismo? ¿Por qué ha sido necesario que la arena me lo enseñe?».

De repente, oyó que un grano de arena le respondía: «Sólo las arenas saben, pues todo eso ya lo han visto suceder

antes. Se extienden desde el río a la montaña: forman el vínculo. El río de la Vida ha de moverse de la forma escrita en las arenas».

(Según la *Rose mystique du Jardin du Roi*, de Sir Fairfax Cartwright).



El hombre capaz de Dios: historia de Hayy ibn Yaqzan

Esta célebre historia, debida al filósofo andaluz Ibn Tufail (Abentofail) ¹ (siglo XII), y de la que Daniel Defoe según su propio testimonio, sacó la trama de Robinson Crusoe, comienza en una isla desierta. Hayy se encuentra en ella solo, con excepción de una gacela. No se sabe cómo ha ido a parar allí; en todo caso, no tiene padre ni madre; es la gacela la que lo ha alimentado con su leche. Aprende a imitar los gritos de los animales, a confeccionarse vestidos con hojas, y luego con plumas.

Un día muere la gacela, y Hayy, tras haberse esforzado por devolverla a la vida, disecca su cuerpo con láminas de piedra y se da cuenta de que lo que él amaba no era aquella envoltura vacía.

Poco a poco, se construye una cabaña, se fabrica armas, estudia el mundo que lo rodea. Gradualmente, se da cuenta de que el cielo y los cuerpos celestes, el universo entero, han de tener un Creador, un Creador increado. Se pregunta, luego, sobre la forma en que ha podido llegar a esta certidumbre: no es por medio de los sentidos, que son incapaces de ello. Entonces se le hace evidente que sólo ha podido descubrir la existencia de un Ser supremo porque esta noción estaba grabada en su propio ser.

Su reflexión le conduce, luego, a reflexionar en la muerte, en la suerte que le está deparada después de ella. Acaba permaneciendo en la oscuridad de su caverna, sumido en la contemplación.

Llega así al apogeo de la intuición estática. Pero aún necesita recibir la garantía de que tal experiencia, llevada a cabo por él solo, es auténtica; él no puede juzgar subjetivamente su valor.

Entonces le va a ser concedido encontrar a un sabio musulmán, que llega a su isla.

Le enseña el lenguaje de los hombres y su historia. Comprende así que todo cuanto está contenido en la Revelación respecto a Dios, Sus Angeles, Sus Escrituras sagradas, Sus Mensajeros, el Día del Juicio, representa todo ello lo que Hayy había visto.

«Los ojos de su corazón se abrieron, se avivó la llama de su pensamiento: descubrió la armonía que existe entre razón y tradición».

En cuanto a Hayy, tras haber preguntado a su amigo sobre aquello que le había sido enseñado, se dio cuenta de que nada de ello se oponía a lo que él había contemplado en su estado sublime.

«Reconoció que él que había dado aquellas informaciones era el Enviado del Señor y se sometió a las obligaciones del Islam que su compañero le había dado a conocer».

¹ Cf. Abuchafar Abentofáil, *El filósofo autodidacto*.

La disputa de las palabras

Un hombre hizo don de una moneda de plata a cuatro personas. Una de ellas, un persa, dijo: «Voy a gastarlo en comprar *angur* (uva)».

El segundo era árabe. Exclamó: «¡Ah pícaro! yo no quiero *angur*, sino *inab* (uva)».

El tercero era turco. Dijo: «Este dinero es mío; y yo no quiero *inab*, y quiero *uzum* (uva)».

El cuarto, un griego, dijo: «¡Callaos! Yo quiero *israfil* (uva)».

Empezaron a pelearse, discutiendo entre ellos, porque ignoraban el verdadero sentido de las palabras.

En su locura, se golpeaban, a causa de su falta de conocimiento.

Si hubiese habido allí un hombre sabio y políglota, los hubiera apaciguado, pues les habría dicho: «Con esta sola moneda de plata, voy a daros todo cuanto deseáis.

Con toda lealtad, confiad en mí, y esta moneda de plata servirá para contentar los deseos de cada uno de vosotros.

Lo que cada uno de vosotros dice crea la lucha y la separación; lo que yo digo, trae el acuerdo.

Enmudeced, pues, guardad silencio, para que exprese yo lo que queréis».

(Rûmî, *Mathnawî*, II, 3661 sg.).

El peregrino y la oruga

Si Ahmed había salido a pie para ir en peregrinación a La Meca, partiendo del Sáhara donde había dejado a su mujer y sus siete hijos.

Por grande que fuera su piedad, no dejaba de inquietarse por su familia, y durante una noche de alto, tuvo un sueño extraño.

Se veía en una playa y, poco a poco, lejos de la orilla, penetraba dentro del océano.

El agua le llegó a las rodillas, luego, hasta la cintura, después hasta el pecho. La corriente lo hacía vacilar. Afortunadamente, vio una roca que emergía a su alcance. Se refugió en ella.

Entonces, una voz le ordenó hendir la roca.

Desprendió lo que pudo de la piedra de la cima, y eso le permitió descubrir, en el hueco que había quedado, una oruguita.

Estaba ocupada en comer una hoja de una minúscula planta marina que tenía sólo dos hojas.

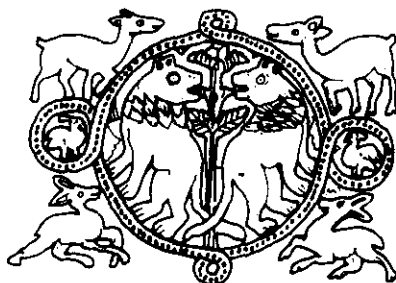
Nuestro peregrino se agachó para mirar más de cerca cómo se enroscaba aquel pequeño ser y se preguntaba cómo había podido subsistir hasta aquel día y, sobre todo, cómo iba a sobrevivir cuando hubiese acometido la segunda y última hoja.

La oruguita se comió bastante pronto la hoja que la sostenía, y se dispuso enseguida a acometer la otra.

Si Ahmed, cada vez más interesado, se acercó con curiosidad un poco más y vio con estupefacción que ante sus ojos se formaba otra hoja, que crecía en el mismo lugar que la anterior, mientras la oruga se comía la otra.

Se volvió a oír la voz. Decía:
«Dios no ha olvidado esta oruga. ¡Cómo va a olvidar a tus hijos!».

(J. Scelles Millie, *Trad. algériennes*, p. 274-277).



El lenguaje y la intención

Un poeta que hablaba árabe fue a casa de un rey. El rey era turco y no sabía árabe ni persa. En alabanza del rey compuso el poeta en árabe un poema elocuente y se lo llevó.

El rey estaba sentado en el trono; ante él, los miembros de los círculos allegados, compuestos de visires y emires como de costumbre. El poeta permaneció de pie y se puso a recitar el poema.

El rey, en cada pasaje que merecía su aprobación, movía la cabeza, y cada vez que había razones para asombrarse, lo miraba con aire maravillado, y cada vez que había motivos para ser humilde, prestaba atención. Los cortesanos estaban estupefactos: «Siendo así que nuestro rey no sabe una palabra de árabe, ¿cómo es que movía la cabeza en el momento oportuno? ¿Acaso sabía el árabe y nos lo había ocultado durante años? ¡Ay de nosotros, si alguna vez en tal lengua dijimos palabras descorteses sobre él!

El rey tenía un paje favorito. Los cortesanos se reunieron, le dieron un caballo, una mula y plata y se comprometieron a hacerle otros muchos presentes. Le dijeron: «Cuéntanos; ¿sabe el rey el árabe, o no? Y si no lo sabe, ¿cómo podía mover la cabeza en el momento preciso? ¿Se debía esta oportunidad a un prodigio, o se debía a una inspiración?».

Un día, durante la caza, aprovechando el buen humor del rey, tras haber tomado una buena pieza, el paje le preguntó si sabía árabe. El rey se echó a reír y le dijo: «Dios es testigo de que no sé árabe. Pero si moví la cabeza y mostré admiración donde correspondía, fue porque la intención de aquel poema era clara».

Es evidente que aquel poema no era sino el fruto de la intención. Sin intención no se hubiera compuesto aquel poema.

En la intención desaparece la dualidad. La dualidad concierne a lo derivado, la raíz es una. Si se consideran sus estados de ánimo, acciones y palabras, los sabios parecen múltiples; pero, en lo que atañe a la intención, no hay en ellos más que un móvil: la búsqueda de Dios.

Igualmente, cuando sopla el viento en una casa, levanta la punta de la alfombra, siembra el desorden entre las demás alfombrillas, hace volar por los aires ramitas e hierbas secas, ondula el agua del barreño y mueve los árboles, las ramas y las hojas. Todos esos estados aparecen diferentes y distintos, pero desde el punto de vista de la intención, del origen y de la realidad, se trata de una sola y misma cosa: el movimiento proviene del viento.

(Rûmî, *Le Livre du Dedans*, p. 48-49).

El sufí y su borrico

Un sufí viajaba por el mundo. Una noche fue huésped de una casa de sufíes.

Ató su borrico en la cuadra, se sentó con sus amigos, y se sumió con ellos en la meditación.

Cuando la meditación de aquella asamblea de sufíes terminó en el éxtasis y el entusiasmo,

Trajeron platos de comida para el viajero, que entonces se acordó de su borrico.

Le dijo al sirviente: «Ve a la cuadra y prepara paja y cebada para el animal».

«¡Vaya por Dios! —replicó el otro—, ¿a qué decirme todo eso? Hace ya mucho tiempo que me encargo de estas cosas».

El sufí dijo: «Primero, humedece la cebada, porque es borrico viejo, y se le mueven las muelas».

«¡Ay Señor! —dijo el otro— ¿para qué me decís eso, caballero? Todo eso está arreglado».

Dijo el sufí: «Comienza por desensillarlo, luego úntale pomada en su espalda magullada».

«¡Dios me ampare! —exclamó el sirviente—. Pero, ¡vamos! He tenido mil huéspedes como vos, oh sabio.

Y todos se marcharon satisfechos: un invitado nos es algo tan querido como nuestra vida, o como un pariente».

El sufí dijo: «Dale de beber agua, pero que sea tibia».

«¡Dios me ampare —dijo el otro— me avergonzáis!».

El sufí dijo: «Ponle poca paja en la cebada».

«¡Dios me ampare! Abreviad vuestras palabras», respondió.

El sufí dijo: «Bárrele el suelo y límpiaselo bien de piedras y suciedad, y, si está húmedo, espárcele tierra seca».

«¡Dios me ampare! —exclamó—. Decid» *La hawl* ¹ (Dios me ampare), padre, y ahorraos vuestras palabras con un mensajero que sabe bien lo que se trae entre manos».

El sufí dijo: «Toma la almohaza y ráscale el lomo al borrico».

«¡Dios me ampare! ¡Ay que vergüenza, padre!», dijo.

Así habló el sirviente, y se ciñó los lomos. «Me voy», dijo; «primero, voy a ir a buscar la paja y la avena».

Se fue, y ni por un instante pensó en la cuadra. Se lo hizo creer al sufí.

El sufí estaba cansado del viaje, y se echó para dormir. Cerrados los ojos, soñó,

Que su borrico era presa de un lobo que le arrancaba pedazos de carne del lomo y de los costados.

«¡Señor! —exclamó— ¿qué clase de locura es esa? ¡Oh! ¿Dónde está aquel amable sirviente?».

De nuevo, veía a su borrico caminando a lo largo del camino y caer, ora en un pozo, ora en una zanja.

Tuvo varios sueños desagradables; recitaba la *Fâtiha* y la *Qâri'a* ¹.

Se dijo: «¿Qué se puede hacer para ayudarlo? Mis amigos han huido, se han marchado y han echado el cerrojo».

De nuevo, decía: «¡Oh! ¡Ese miserable sirviente! ¿Acaso no ha compartido con nosotros el pan y la sal?»

Yo no le he manifestado más que cortesía y benevolencia; ¿por qué él me ha de manifestar odio?»

Toda hostilidad ha de tener una causa; de otro modo, el hecho de ser hombres debiera imponernos fidelidad...».

El sufí estaba sumido en esta angustia y, durante aquel tiempo, el borrico se encontraba en un estado miserable. ¡Ojalá sea ese el castigo de los enemigos!

Aquel pobre borrico se encontraba entre tierra y piedras, con la silla atravesada y el cabestro roto;

Agotado por el viaje, sin forraje toda la noche, ya exhalando el último suspiro, ya muriéndose. Toda la noche repetía el borrico: «¡Oh Dios mío! Renuncio a la cebada; ¿no puedo tener un puñado de paja?».

Sin palabras, decía: «Oh Sheikhs, apiadaos de mí, que soy destruido por culpa de ese granuja».

Lo que aquel borrico sufría de penas y de tormento, lo padece un pájaro cuando se ve en una ola de agua.

Así, toda aquella noche hasta el alba, el desdichado borrico se retorció por los suelos a causa de su gran hambre.

Amaneció. El sirviente llegó de mañana, fue enseguida a buscar la silla y la puso sobre el lomo del borrico.

A la manera de los vendedores de burros, le dio dos o tres bastonazos: trataba al borrico como correspondía por parte de un golfo como él.

La dureza del golpe hizo dar coces al animal: ¿qué lengua tiene un borrico para describir sus propios sentimientos?

Cuando el sufí se montó en él y se dispuso a marchar, el asno empezó a caer de cabeza cada vez,

Y cada vez la gente lo levantaba; todos pensaban que estaba enfermo.

Uno le retorció la oreja, mientras que otro le buscaba debajo del paladar un lugar dolorido;

Otro le buscaba una piedra en el casco, otro le miraba a ver si tenía alguna mota en el ojo,

Y, así, decían: «Oh Sheikh, ¿cuál es la causa de esto? ¿No decías tú ayer: “A Dios gracias, este borrico es fuerte?”».

Respondió él: «El borrico que, durante la noche, ha comido *La hawl* (¡Dios me ampare) no puede avanzar más que de esta forma.

Como el alimento del borrico durante la noche era *La hawl* glorificaba a Dios por la noche y se prosterna de día».

La mayoría de las personas son devoradores de hombres: no confíes en sus zalemas.

(Rûmî, *Mathnawî*, II, 156 ss.).

¹ Versículos del Corán.

El coloquio de los pájaros

Las aves del mundo se reunieron todas, tanto las que son conocidas como las que son desconocidas, y hablaron entre sí de este modo: «No hay en el mundo país que no tenga rey; ¿cómo es que, en cambio, el país de los pájaros no lo tiene? Este estado de cosas no debe durar por más tiempo; hemos de unir nuestros esfuerzos e ir en busca de un rey, pues no hay buena administración en un país sin rey...».

(Partieron, pues, en busca del Simorgh, el ave fabulosa, símbolo del rey, o sea de Dios. Después de haber soportado muchas pruebas y salvado los siete valles que las separaban de su fin: las de la búsqueda, del amor, del conocimiento, del desapego, de la unidad, de la maravilla, y de la aniquilación, llegaron finalmente al término de su peregrinación. Pero eran sólo treinta pájaros (en persa: *Sí morgh*, en este juego de palabras está la chispa del apólogo).

«Queremos ser aniquilados por el fuego, dijeron las aves... El chambelán de la gracia acudió a abrirles la puerta, luego abrió otros cien velos, uno tras otro. Entonces, un mundo (nuevo) se les presentó sin velos: la más viva luz alumbró aquella manifestación. Todas se sentaron en la banqueta de la proximidad, la majestad y la gloria. Les pusieron delante un escrito, diciéndoles que lo leyeran hasta el final. Pues bien, aquel escrito había de hacerles ver por alegoría cual era su estado desolado. En él encontraron consignado por completo todo cuanto habían hecho. El alma de aquellas aves se aniquiló totalmente de temor y vergüenza. Cuando, así, fueron purificadas por completo y separadas de toda cosa, encontraron todas ellas una nueva vida a la luz del *Simorgh*. Así, se volvieron nuevas siervas y otra vez quedaron sumidas en la estupefacción. Todo cuanto antaño habían podido hacer fue purificado e incluso borrado de su corazón: el sol de la proxi-

midad lanzó sobre ellas sus rayos, e hizo resplandecer sus almas. Entonces, en el reflejo de sus rostros, aquellas treinta aves —*sí morgh*— mundanas contemplaron la faz del *Simorgh* espiritual. Se apresuraron a mirar aquel *Simorgh*, y se aseguraron que no era otro que *Simorgh*. Todas cayeron entonces en la estupefacción; ignoraban si seguían siendo ellas mismas o se habían convertido en el *Simorgh* y el *Simorgh* era realmente las treinta aves —*sí morgh*—. Cuando miraban hacia el *Simorgh*, veían realmente que era el *Simorgh* quien estaba allí, y si dirigían sus miradas a sí mismas, veían que *ellas mismas* eran el *Simorgh*. Por último, si miraban a un tiempo en ambas direcciones, se cercioraban de que *ellas y el Simorgh no formaban, en realidad, más que un solo ser*. Aquel único ser era *Simorgh* y *Simorgh* era aquel ser. Nadie en el mundo oyó nunca cosa igual... Como no comprendían nada de aquel estado de cosas, le pidieron al *Simorgh* que les revelara el gran secreto. Entonces, el *Simorgh* les dio esta respuesta: «El sol de mi majestad es un espejo; quien quiere se ve en él; en él ve su cuerpo y su alma; en él se ve todo entero... Por más que habéis cambiado en extremo, os veis a vosotras mismas como erais antes...

Todo cuanto has sabido o visto no es ni lo que has sabido ni lo que has visto, y lo que has dicho u oído tampoco lo es. Cuando atravesásteis los valles del camino espiritual, cuando hicisteis buenas obras, no actuásteis *sino* por mi acción, y así habéis podido ver el valle de mi esencia y de mis perfecciones.

Aniquilaos, pues, en mí, gloriosa y deliciosamente, a fin de encontraros a vosotras mismas en mí...».

Finalmente, las aves se aniquilaron en efecto para siempre en el *Simorgh*: la sombra se perdió en el sol, y eso es todo.

(*Attar Mantic Uttair, o El Lenguaje de las Aves*, trad. de Garcin de Tassyn, París, 1863, p. 37 y p. 233 ss.).

La avaricia del cadí

Cierto juez musulmán (*cadí*), llegado a la mitad de su carrera, fue repentinamente presa de un escrúpulo y se entregó a un examen de conciencia sobre los veinte años que había dedicado a tratar de hacer justicia.

Fue, pues, a ver a un asceta renombrado por su autoridad moral e intransigencia.

Este lo escuchó, y —bastante perplejo— le dijo que le sería mejor remitirse al juicio de Dios.

Le designó incluso una alta montaña que terminaba en un precipicio abrupto y le dijo:

«Retírate del mundo y ve a rezar y meditar lejos en la montaña hasta que el Señor te permita ver claro en tu conciencia».

Nuestro *cadí*, pues, se alejó y anduvo mucho tiempo, mucho, para afrontar las pendientes que conducían a aquel pico. El camino era empinado, pedregoso y agotador. El magistrado terminó por hacer una parada y se tumbó apoyando la cabeza en una piedra.

Sabe Dios cuándo y cómo prosiguió su camino. En todo caso, lo condujo sin más dificultad a la cima del barranco donde, de pronto, le falló el pie y planeando y sin chocar se precipitó al otro lado, al pie del monte, donde le esperaba sonriendo el asceta vestido con su túnica de lana blanca. Alrededor, había un paisaje encantador donde corrían ríos de leche entre verdes frondas en medio de poblaciones simpáticas, atentas y amables. La gente iba y venía, ofreciendo los productos magníficos de la naturaleza.

Ante tal alarde de frutos maravillosos, de granadas, de naranjas rutilantes, de dátiles confitados y dorados, y hasta de pasteles cuyos efluvios de miel estremecían por su solo olor,

el cadí notó cruelmente con cuanta despreocupación se había embarcado en aquella aventura sin pensar en tomar su bolsa.

Precisamente en el momento en que le ofrecían todo, él se encontraba sin ningún medio de compra. Le pidió consejo al asceta, que, con toda serenidad, le dijo:

«Aquí, no tiene curso el dinero. Para obtener lo que se desea basta con decir: «No hay más dios que Dios» (la fórmula de testimonio de la fe islámica, la *shahadah*).

El cadí, asombrado y temeroso, se acercó a un canasto de flores suntuosas. Dijo su «*shahadah*»: «No hay más dios que Dios» y la muchacha del canasto le tendió la más bella de las rosas.

Maravillado, abordó a un vendedor de soberbios plátanos y dijo: «No hay más dios que Dios»

Y el muchacho le entregó todo un racimo.

Cada vez más entusiasmado, se le ocurrió que comprando una enorme sandía, no sólo tendría fruta sabrosa, sino también frescor contra el sol que comenzaba a lanzar sus rayos. Además, ¿por qué hacerse problemas cuando adquirir es tan fácil? Se plantó, pues, ante una pila formada por cien sandías gigantescas, y recobrando toda su autoridad de magistrado, proclamó:

«¡No hay más dios que Dios!».

El amo de las sandías cogió una de las mejores piezas, abarcándola con los brazos, y se la dio.

Nuestro hombre, entonces, embriagado, en el colmo de la codicia, se dijo que, después de todo, puesto que se obtenía semejante maravilla con una *shahadah*, bastaría decir dos o tres para tener dos o tres sandías como aquella. Así pues, señaló con el índice un soberbio espécimen y repitió:

«No hay más dios que Dios».

El hombre dijo: «Ya te he dado una. ¿Para qué quieres otra? ¿Acaso cuentas tus *shahadas* por sandías?».

El cadí, que empezaba a cortarse, balbuceó: «Es para mañana...».

Reventando de ira, el dueño de las sandías replicó entonces: «¿Con que eres un “hombre de los mañanas, un atesorador», eh?

«Aquí, el tiempo ya no existe. ¡Es Dios!» y, de un soplo, lo pulverizó.

(Extraído de *Traditions algériennes*, pp. 105 sig.).

«El lector había advertido ya —observa el autor del libro del que hemos sacado este cuento— la progresión de los símbolos empleados: la rosa (*rosa mystica*) que en todas las religiones es emblema de la unificación de los pensamientos y las fuerzas vitales en un punto determinado; luego, el racimo de plátanos, que es también una figura geométrica alrededor de un eje central, de manera que cada fruto goza del beneficio del color amarillo del conocimiento, finalmente la calabaza, que, desde la China hasta Africa, es el símbolo más arcaico y poderoso del conocimiento profundo, muy rico por la multitud de sus pepitas, que hace de ella imagen de la eternidad.

Pero la eternidad no es cosa del hombre, depende del consentimiento de Dios. ¿Cómo ese magistrado que ha tenido la difícil labor de juzgar y condenar, con posibilidad de error, puede tener la pretensión de *acumular* símbolos de la eternidad, lo cual es en sí un absurdo, ya que la eternidad es una totalidad sin mañana y es de Dios?

En este aspecto onírico de la realidad, el énfasis está puesto en el hecho de que Dios es el único tesoro y Su gracia es siempre gratuita (basta con unirse en pensamiento con esa unicidad) y también el hecho de que el tiempo es una peripecia existencial, pero Dios es eterno. Así pues, en el más allá, se acabaron los deseos y los proyectos; todo se desarrolla en un instante eterno».

Salomón y la hormiga enamorada

Andando, magnífico y noble, pasaba Salomón, en un lugar lejano, delante de un hormiguero ¹.

Todas las hormigas se acercaron para mostrarle su sumisión; al cabo de una hora las había por miles.

Sólo una no se apresuró a acudir, pues tenía ante su nido un montículo de arena cuyos granos contaba uno por uno para hacerlo desaparecer.

Salomón la hizo llamar y dijo: «Hormiga, no tienes aspecto de tener gran resistencia ni fuerza;

Y ni con la longevidad de Noé y la paciencia de Job podrías llevar a cabo el trabajo que has emprendido.

Se sale de los límites de tu fuerza; nunca podrías hacer desaparecer ese montículo de arena».

La hormiga, soltando la lengua, dijo: «¡Gran rey, en esta vía no se puede avanzar sino con magnanimidad!

Una hormiga, después de haberme prendido en la trampa de su amor, se ocultó de mi vista diciéndome:

«Si destruyes ese montón de arena y dejas libre el camino, haré desaparecer el gran obstáculo que nos separa y aceptaré tu compañía».

Entonces, me he dedicado a este trabajo, sin pensar en otra cosa que en trasladar la arena.

Si la hago desaparecer, podré aspirar a la unión con mi amada.

Y si he de perder la vida en el cumplimiento de esta obra, no habré sido ni jactanciosa ni mentirosa».

Amigo, aprende de una hormiga lo que es la fuerza del amor; aprende de un ciego el secreto de la visión.

Aunque la hormiga esté destinada al infortunio, es un siervo en la Vía.

(Attar, *Le Livre divin*, p. 92-93).



¹ Según las tradiciones islámicas, Salomón comprendía el lenguaje de las hormigas. (Cf. Corán, XXVII, 18 y 19).

El águila blanca

Cuenta la leyenda que, al principio del tiempo, creó Dios ochenta mil ciudades. Las tierras, entonces incultas, parecían como desiertos, pues las casas de aquellas ciudades aún no tenían seres humanos.

Eran simplemente especies de silos de granos de mostaza, que, como todo el mundo sabe, son los granos de menor diámetro que hay.

Y, al propio tiempo, dio el Señor la vida a una inmensa águila blanca, asignándole, pues, los granos de mostaza como alimento.

Toda dichosa de extender sus alas en el cielo, sobrevolando un planeta virgen, aquella gran águila blanca se cernía así, de Oriente a Occidente, reinando sobre tierras y océanos, posándose tan sólo al azar del encuentro de una ciudad donde la Providencia había subvenido a su subsistencia. Entonces, se atiborraba de granos y volvía a irse, plétórica de fuerzas, a la conquista de nuevos horizontes.

Aquella vida de luz, de cielo abierto, de plenitud material y de gozo, duró largos siglos, pues aquella águila primordial poseía en sumo grado la longevidad que desde entonces caracteriza a su especie.

Sin embargo, un día hubo de rendirse a la evidencia y comprobar que, a fuerza de tomar glotonamente los granos de mostaza que había en aquellas casas silo, sus reservas estaban agotándose.

A partir de entonces frenó su apetito. Y aquello duró todavía unos cuantos siglos más.

Luego, cada vez más inquieta, acabó por limitarse a un grano por día durante los años siguientes.

Después, se contentó con un grano cada dos días.

Y como la falta de alimento se hacía trágica, se limitó, durante largo tiempo, a un grano por semana.

Luego, a un grano por mes.

Luego, a un grano por año.

¡Ay! La energía que antaño había acumulado empezó entonces a faltarle.

El día en que ya no quedó más que un grano, se lo puso en el pico, y reuniendo sus fuerzas, se lanzó en un último vuelo para ir a caer al pie de su Creador.

Los milenios que había recorrido se presentaron a ella en una imagen fugitiva y global.

Balbuceó: «Señor, a penas he vivido...».

(Corán XVII, 13: «Al cuello de cada hombre hemos atado un ave...»).

A continuación de este relato publicado en el hermosísimo libro de J. Scelles-Millie, «*Traditions algériennes*» (G. P. Maisonneuve et Larose éd., Paris) añadimos un extracto de las notas del citado autor:

«Parece que la tradición arcaica, considerando el grano de mostaza como la más pequeña unidad de dimensión y de masa conocida y perceptible, le hace desemeñar, en el plano de la meditación metafísica, el mismo papel que otras filosofías antiguas y modernas han atribuido al átomo. Más allá de ese infinitamente pequeño insecable, hay la inmensidad de la potencia de Dios... Es lo que dice el Corán cuando afirma que, el día de la Resurrección, el Señor dispondrá, balanzas justas: «Ninguna alma será perjudicada en lo más mínimo, aunque fuese del peso de un grano de mostaza (*habba min Khardala*)». Cada grano será llamado a testimoniar, pues «bastamos Nosotros para contar» (Corán XXI, 47).

La detención del tiempo, cualquiera que sea su larga duración en un instante eterno, tiene numerosas referencias coránicas. La Sura del Trono (XXXII, 5) recuerda que «el Señor lo rige todo, desde el cielo hasta la tierra; luego, todo ascenderá a El en un día de duración equivalente a mil años de vuestro cómputo».

El papel del águila es, pues, el de un recogedor de todos aquellos granos infinitamente pequeñoos, granos vegetales o de mostaza en este relato, pero también polvo de hombres el Día de la Resurrección.

El ave, además, es también el símbolo que el Corán emplea como reunidora, para cada individuo, de su tiempo personal cuyos acontecimientos todos ha registrado. La suras relativas al juicio particular de cada ser simbolizan, en efecto, ese hecho de quedar registrados todos los pensamientos y acciones de un ser humano por un hilo enrollado a su cuello o por un ave que está cerca de dicho cuello. Hilo destinado a desenrollarse, instantáneamente en el Juicio, como una cinta magnetofónica que ha sufrido la influencia de las emisiones del cerebro de la médula espinal, «memoria» (simbolizada por el ave espiritual reunidora), gracias a la cual cada instante memorizado, como es, a un tiempo, fruto del pasado, del impacto de la Revelación, del instante presente y proyección hacia el futuro, confunde ese Pasado, ese Presente y ese Futuro, en una comunión del tiempo que se abre al instante eterno.

Rabi'ah la santa

La santa Rabi'ah estuvo ayunando durante una semana. En todo ese tiempo, no se concedió ni un respiro, sino que se consagró toda ella a la oración y la abstinencia.

Cuando quedó agotada por el ayuno, que había minado la fuerza de sus miembros, una mujer del vecindario le llevó un cuenco de comida.

Rabi'ah, enferma, fue a buscar una lámpara, mas al volver encontró que un gato había tumbado el cuenco.

Se fue entonces a buscar un cántaro para romper el ayuno con agua, pero al volver encontró la lámpara apagada. Apesadumbrada, con la cabeza ardiente, se llevó el cántaro a la boca en la oscuridad. El cántaro, entonces, se le escapó de las manos, cayó y se rompió, dejándola sedienta.

Desde el fondo de su corazón herido, lanzó un suspiro capaz de abarcar el mundo, y exclamó en su frustración: «Señor, ¿qué más quieres de esta desgraciada que yo soy? Tú me has lanzado al aturdimiento; ¿cuánto tiempo quieres seguir haciéndome evolucionar en la sangre?».

La voz divina respondió: «Si lo deseas, yo te daré ahora mismo todo cuanto existe en el cielo y en la tierra, pero al propio tiempo quitaré de tu corazón la pesadumbre cuya causa soy desde hace largos años. Reflexiona. Ni una vez en un siglo, se encontrarán en el mismo corazón la nostalgia de Dios, y el deseo del mundo pérfido. Si deseas el sufrimiento por Dios, has de renunciar para siempre al mundo. Sábelo, en tanto que te preocupes del mundo de aquí abajo, no podrás contener la pesadumbre por Dios. No puede adquirirse esa pesadumbre sin pagar su precio».

(Attar, *Le Livre divin*, pp. 208-209).

Chiblí y el perro

Alguien le preguntó a Chiblí: «¿Quién fue el primero en guiar tus pasos en el camino del Umbral divino?».

Él respondió: «Vi un día un perro, al borde del agua, que se moría de sed.

Cuando miraba la superficie del agua, veía su propio reflejo, que creía que era otro animal, y cada vez huía ante aquella imagen sin haber bebido.

Al final, la sed le hizo perder todo conocimiento y se le acabó la paciencia; de un salto se arrojó al agua, y al mismo tiempo desapareció el otro perro.

Desvanecido así aquel perro ante sus propios ojos, se esfumó entre él y su deseo aquel obstáculo que no era sino él mismo.

Así es como desapareció el obstáculo que se alzaba ante mí sin duda alguna, quien fue así aniquilado no era sino mi yo. De esta manera fui salvado; mi primer guía en la Vía fue un perro».

Bórrate también tú de delante de tus ojos. El obstáculo que te impide avanzar es tu yo; hazlo desaparecer.

El más mínimo apego a tu yo es una pesada cadena que traba tus pies. Si sientes la necesidad constante de Su presencia embriagadora, no vuelvas nunca a ti. Ese es todo el vino que necesitas.

No-vuelvas a ti; renuncia a tu yo, la abnegación de sí es «luz sobre luz».

(Corán, XXIV, 35).

(Attar, *Le Livre divin*, p. 243-44).

La luna y el sol

Dijo un día la luna: «Por amor al sol, inundaré de luz el mundo».

Le respondieron: «Si eres sincera, habrás de evolucionar noche y día,

Hasta que estés en conjunción con él; entonces, te perderás en él y te harás invisible.

Te consumirás en el ardor de sus rayos y te humillarás ante su elevación;

Luego, saliendo de sus rayos, tu belleza maravillará a las criaturas; con la mirada fija en tu rostro, te señalarán con el dedo».

¿Cuál es, pues, ese misterio? La luna, tras haberse perdido en el sol, reaparece fuera de sus rayos;

Errando aceptando la aniquilación, despreocupada de sí misma, se ofrece a la vista del globo terráqueo, que siempre se atiene a su propio yo.

Se ha consumido para el sol, ha encontrado al amado tras la separación.

La luna llena de la decimocuarta noche, pese a todo su esplendor, no iguala al menor de los crecientes.

La luna llena ostenta su belleza, y como es vanidosa, nadie la busca.

Pero cuando, en la fase creciente, la luna es bien delgada, todos se ponen a buscarla, con la sonrisa en los labios.

Quedar encadenado al propio yo es perpetuar la propia desgracia.

(Attar, *Le Livre divin*, p. 245).

La anciana del corazón quemado

Un día, en el mercado de Bagdad, estalló un violento incendio. Todo el mundo se puso a gritar. El fuego provocó un enloquecimiento como en el Juicio final.

Una anciana afligida, bastón en mano, llegaba de no se sabe dónde. Alguien le dijo: «Estás loca, no sigas; el fuego ha prendido en tu casa».

«Cállate», respondió ella, «tú estás más loco que yo. Dios nunca hará arder mi casa».

Extinguido el fuego, vieron que había consumido muchas casas, pero que la de la vieja se había salvado.

Le preguntaron: «¿cómo sabías tú, anciana, que iba a ser así?».

Ella, humildemente, respondió: «Yo sabía que el fuego consumiría, o mi casa, o mi corazón».

Pero Dios, que ha quemado ya mi corazón en la prueba, no hubiera permitido que ardiera también mi casa».

(Attar, *Le Livre divin*, p. 197).

Historia del hombre sediento que arrojaba nueces

«El agua estaba en un lugar profundo: el hombre sediento se subió al árbol y arrojó nueces una a una.

Las nueces cayeron desde el nogal al agua: el sonido le llegaba a los oídos y veía formarse las burbujas.

Una persona razonable le dijo: «Joven, cesa ya: de seguro que te causará pesar la pérdida de esas nueces.

A medida que los frutos caen al agua, como el agua está debajo de ti,

El flujo del río habrá llevado los frutos bien lejos antes de que hayas bajado trabajosamente de lo alto del árbol».

El respondió: «Mi objeto, al lanzar las nueces, no es obtener su posesión; mirad con más atención no os quedéis en esta visión superficial.

Mi objeto es que me llegue el sonido del agua; y también que pueda ver esas burbujas en su superficie».

¿Qué ha de hacer, en verdad, un sediento en este mundo?

Dar vueltas sin cesar en torno a la cisterna,

En torno al canal y en torno al agua y al ruido del agua, como un peregrino que da la vuelta a la Kaaba de la verdad».

(Rûmî, *Mathnawî*, IV, 731 s.).

El que guarda el río

Suman Kalid aga, el más importante de los «nueve apóstoles», *Wali sanga*, a los que tradicionalmente se les atribuye haber introducido el Islam en Java y haber convertido a la población por sí solos y sin recurrir a la fuerza, se convirtió en héroe legendario y figura ejemplar. Era, según dicen, hijo de un alto funcionario real de Madjapahit, el mayor y último de los reinos indonesios Hindú-budistas. A la época en que vivió, la llaman los javaneses «el tiempo entre los tiempos»: es el momento en que la antigua civilización de la India desaparece ante el Islam. Cuando llegó a Djapara, era el típico golfo consumado que robaba a su propia madre para beber y jugar. Cuando se hubo gastado todo el dinero de su madre, se hizo salteador de caminos que ifundía terror. Lo llamaban Raden Djaka Sahid.

Por aquel tiempo, llegó a Djapara Sunan Bonang, musulmán, ataviado con ropas suntuosas, cubierto de joyas y que llevaba una caña de oro macizo. Al ver aquello, el joven ladrón se abalanzó sobre él, blandiendo un puñal, con intención de desvalijarlo.

Bonang se contentó con reír y le dijo:

«¡Sahid! No vivimos más que un momento. Mira ese árbol». Sahid se volvió y vio que el baniano se había transformado en oro y de sus ramas colgaban joyas. Él se maravilló de que un hombre que podía hacer tales prodigios no deseara más riquezas. Le dijo a Bonang que ya no quería robar, jugar ni beber, sino que deseaba ser instruido en su «ciencia». Bonang respondió: «De acuerdo, pero es difícilísimo. ¿Tendrás suficiente ánimo y perseverancia?». Sahid le aseguró que perseveraría hasta la muerte. Entonces, Bonang le ordenó que le esperara a la orilla del río hasta que él volviese, y se fue.

Sahid, a la orilla del río, lo esperó veinte años, treinta, o cuarenta, perdido en sus pensamientos. A su alrededor crecieron árboles, construyeron edificios, pasaban muchedumbres, lo cubrían las inundaciones, pero él permanecía inmóvil. Al fin, volvió Bonang. Pero en vez de enseñarle las doctrinas del Islam, le dijo a Sahid: «Has sido un buen alumno, tú sabes ahora más que yo». Y se puso a preguntarle sobre asuntos religiosos, a los que el discípulo respondió perfectamente. Bonang le dio el nuevo nombre —Kalidjaga, «el que guarda el río— y le dijo que fuese a predicar el Islam, cosa que hizo con éxito inigualado.

Se había vuelto musulmán sin haber leído nunca el Corán, ni entrado en una mezquita, ni oído una oración. Se volvió musulmán porque había reformado su vida; no reformó su vida porque se hubiese hecho musulmán.

Porque, si bien el hombre, por su naturaleza original —*fi-tra*— es apto para conocer la verdad, —o sea el Islam—, no se reconoce ni comprende sino lo que uno se ha vuelto capaz de percibir mediante la purificación del espíritu y del corazón.

(Leyenda indonesia, citada en *Anthologie du Soufisme*, p. 33-35).

Yûsuf ibn al-Husain ar-razi *Y el Más Grande Nombre de Dios*

Habiéndose enterado de que el gran sufí Dhu'l-Nûn al-Misrî conocía el Más Grande Nombre de Dios, se llenó de deseo y se fue al Egipto. Llegado a la mezquita de Dhu'l-Nûn, pronunció la fórmula de saludo y se sentó.

Dhu'l-Nûn le devolvió el saludo. Durante un año entero, permaneció Yûsuf en un alejado rincón de la mezquita, sin atreverse a preguntar a Dhu'l-Nûn. Al cabo de un año, éste preguntó: «¿De dónde viene ese joven?» «De Rayy» respondió él.

Durante otro año, Dhu'l-Nûn no dijo nada, y Yûsuf siguió ocupando el mismo rincón. Al cabo del segundo año, Dhu'l-Nûn preguntó: ¿Por qué motivo ha venido ese joven?». «Para visitarte», respondió él.

Otro año siguió silencioso Dhu'l-Nûn. Luego preguntó: «¿Desea este joven alguna cosa?». «He venido para que me enseñes el Más Grande Nombre», respondió Yûsuf.

Dhu'l-Nûn se calló un año más. Luego le dio a Yûsuf un recipiente de madera tapado: «Atraviesa el Nilo, en tal lugar, se encuentra un anciano. Dale este cuenco y acuérdate de todo cuanto te diga».

Yûsuf tomó el cuenco y se puso en camino. En el camino, se apoderó de él una tentación. «¿Qué es lo que se mueve dentro del cuenco?». Lo destapó: saltó un ratón y se fue corriendo. Yûsuf quedó desconcertadísimo. «¿A dónde he de ir? ¿A casa del anciano, o he de volver junto a Dhu'l-Nûn?».

Finalmente, se fue a casa del viejo, llevando el cuenco vacío. Cuando el anciano lo vio, sonrió. «¿Le has preguntado cuál era el Más Grande Nombre de Dios?». «Sí». «Dhu'l-Nûn ha visto tu impaciencia y te ha dado un ratón, dijo el anciano.

¡Alabado sea Dios! No puedes cuidar de un ratón. ¿Cómo vas a guardar el Más Grande Nombre?».

Lleno de vergüenza, Yûsuf volvió a la mezquita de Dhul-Nûn. «Ayer le pedí siete veces a Dios que te enseñara el Más Grande Nombre, le dijo Dhu'l-Nûn. Dios no me lo concedió, lo que significa que el momento no ha llegado. Luego Dios ordenó: «Ponlo a prueba con un ratón». Cuando lo hice, ya ves lo que sucedió. Ahora, vuelve a tu propia ciudad hasta que sea tiempo».

(Attar, *Mémorial des Saints*, citado en *Anthologie du soufisme*, ob. cit., ps. 217-218).



La parábola del elefante

Unos hindúes habían traído un elefante y le exhibieron en una casa oscura. Muchas personas entraron, de una en una, a oscuras, para verlo.

Como no podían verlo con los ojos, palparon con la mano.

Uno puso la mano en la trompa; dijo: «esta criatura es como un caño de agua».

Otro le tocó la oreja: le pareció semejante a un abanico.

Otro, que le había cogido la pata, declaró: «El elefante tiene forma de pilar».

Tras haberle puesto la mano en el lomo, dijo otro: «En verdad, este elefante es como un trono».

Igualmente, cada vez que uno oía una descripción del elefante, la entendía conforme a la parte que él mismo había tocado.

Sus afirmaciones variaban según lo que habían percibido: uno lo llamaba *dal*, otro *alif*¹.

Si cada uno de ellos hubiese tenido una candela, sus palabras no hubieran diferido. El ojo de la percepción es tan limitado como la palma de la mano, que no podía circunscribir la totalidad.

(Rûmî, *Mathnawî*, III, 1259 ss).

¹ Dos letras del alfabeto árabe (*d* y *a*): la primera tiene forma de ángulo, y la segunda de trazo vertical.

La mujer y el perro

Dijo el Profeta: «Había una mujer de costumbres depravadas, pecadora impúdica, manchada.

Un día que cruzaba el campo, distinguió en su camino un pozo al borde del cual había un perro que jadeaba de sed, con la lengua colgando.

Con gran ternura, renunció a lo que tenía que hacer.

Con su zapato por cubo y su capa por cuerda, sacó agua y le dio de beber. Por aquella buena obra la exaltó Dios en ambos mundos.

En la noche de mi ascensión, la vi, hermosa como la luna, habitando en el paraíso».

Una mujer depravada recibió de Dios tan gran recompensa por haber dado de beber a un perro.

Si consuelas un instante el corazón ajeno, tu recompensa será más grande que los dos mundos.

(‘Attar, *Le Livre divin*, p. 427).

La ciudadela maravillosa

Un rey tenía tres hijos que partieron un día para visitar las ciudades y plazas fuertes del reino. Su padre les había dicho que fueran a donde quisieran, salvo a una fortaleza decorada con pinturas que, según decían, hacían perder la razón. Aquella fortaleza estaba lejísimos y era poco conocida, y si el rey no se lo hubiese prohibido, a los tres príncipes nunca se les hubiera ocurrido la idea de ir allí. Pero, despertada su curiosidad, se apresuraron a buscarla. Llegaron de noche. La ciudadela tenía diez puertas. Las pinturas y decoraciones que la adornaban llenaron de maravilla a los príncipes. De pronto, se encontraron ante el retrato de una joven cuya belleza los deslumbró y los inflamó de amor. Tras no pocas averiguaciones, se enteraron de que se trataba del retrato de la princesa de la China, recluida en una torre por su padre el emperador.

Entonces, los tres hermanos decidieron ir a la China.

Después de haber esperado mucho tiempo en la capital, el mayor de los príncipes, agotada su paciencia, fue a arrojarse a los pies del emperador. Éste lo trató con ternura, y el amor del príncipe se fue inflamando cada vez más; acabó muriendo de amor. Como el hermano menor estaba enfermo, el mediano asistió solo a los funerales del mayor. El emperador le mostró igual benevolencia que a éste, y lo colmó de dones. Poco a poco, a causa de ello, el príncipe se fue volviendo orgulloso y dio pruebas de ingratitud. El emperador se indignó por ello, y sin querer, le infligió una herida mortal.

El tercer príncipe, el más joven, era el más perezoso de todos; sin embargo, él logró alcanzar su fin; la historia no nos dice cómo.

Djalál-ud-Din Rûmî, que nos cuenta esta historia en su célebre *Mathnawî* (VI, 3583 s.) recoge un tema folklórico muy conocido. Un cuento popular ligeramente distinto describe la aventura de tres jóvenes, Behruz, Afruz y Shahruz, que entran, pese a la prohibición de su padre, en una ciudadela decorada con magníficas pinturas, entre las que se encuentra el retrato de una princesa de la que se prendan los tres hermanos. Los dos primeros mueren sin haber podido responder a las preguntas hechas por la princesa. El tercero lo logra y obtiene su mano.

Esta es la anécdota: el comentario nos lo dará parcialmente el propio Rûmî.

En primer lugar, explica que la atracción de lo prohibido impulsa a buscarlo.

Las diez puertas de la ciudadela representan los cinco sentidos externos y los cinco sentidos internos. Las pinturas son las formas y colores del mundo, que amenazan hechizar el alma y apartarla de su verdadero camino. La China designa tradicionalmente, tanto entre místicos como entre gnósticos, el ámbito espiritual.

Los príncipes se lanzaron en su busca sin guía espiritual, lo que es muy peligroso. El primero murió de amor. Al segundo, iniciado en los misterios de la ley, le pierde su presunción. El tercero, que era, nos dicen, «el más perezoso de los tres», es no obstante el único que obtiene la victoria. ¿No designa aquí la «pereza» la «pasividad» del alma que se remite a Dios?

De lo que trata el cuento es, evidentemente, del viaje del alma que desciende al mundo de las formas y pasa del amor por la belleza terrena a la búsqueda de la belleza divina.

El espejo

Una vez, llamó un rey a palacio a unos pintores de la China y Bizancio: Los chinos pretendían ser los mejores artistas. Los griegos, por su parte, reivindicaban la preeminencia en su arte. El rey les encargó decorar con frescos dos paredes que estaban una frente a otra. Se corrió una cortina entre ambos grupos de competidores para que pintasen cada uno su pared sin darse cuenta de lo que hacían sus rivales. Pero, mientras los chinos empleaban toda clase de pinturas y desplegaban grandes esfuerzos, los griegos se contentaban con pulir y lijar su pared sin descanso. Cuando describieron la cortina pudieron admirarse los magníficos frescos de los pintores chinos reflejados en la pared opuesta, que brillaba como un espejo. Pues bien, todo lo que había visto el rey en la pared de los chinos parecía mucho más hermoso reflejado en la pared de los griegos.

Rûmî, que refiere este apólogo (*Mathnawî*, I, 3467), explica: «Los griegos son los sufíes: carecen de estudios, de libros, de erudición.

» Pero han pulido sus corazones y los han purificado del deseo, de la codicia, de la avaricia y del odio.

» Esa pureza del espejo es sin duda alguna el corazón, que recibe innumerables imágenes.

» El santo perfecto conserva en su seno la infinita forma sin forma de lo Invisible, reflejada en el espejo de su propio corazón».

El tesoro oculto

Un habitante de Bagdad había malgastado toda su herencia y se encontraba en la indigencia. Después de dirigir a Dios ardientes oraciones, soñó oír una voz que le decía que en la ciudad de El Cairo había un tesoro escondido en cierto lugar. Llegado a El Cairo sin dinero, resolvió mendigar, pero tuvo vergüenza de hacerlo antes de que cayera la noche. Cuando erraba por las calles, fue prendido por la patrulla, que lo tomó por un ladrón y lo molió a palos antes de que hubiera podido explicarse. Al final lo logró, y contó su sueño con tal acento de sinceridad que convenció al lugarteniente de policía. Éste exclamó: «Veo que no eres un ladrón, sino un buen hombre; pero ¿cómo has podido ser tan estúpido de hacer un viaje tan largo basándote en un sueño? Yo he soñado muchas veces un tesoro escondido en Bagdad, en tal calle, en casa de fulano, y no por ello me he puesto en camino»: Pues bien, la casa que mencionaba era la del viajero. Éste, dando gracias a Dios de que la causa de su fortuna fuese su propio error, volvió a Bagdad, donde encontró el tesoro enterrado en su casa ¹.

Así, el tesoro que pone fin a nuestras miserias se encuentra en nuestro propio ser. Pero ha hecho falta ponerse en camino para descubrirlo. O, como dice el sufí Abû Sa'îd ibn Abi-l-Khaîr, «La vía es un solo paso: Da un paso fuera de ti mismo para llegar a Dios».

¹ Djalal-ud-Din Rûmî, *Mathnawî*, 4206.

Conocer es recordar

Se han traído esclavos negros de los países de los impíos al país de los musulmanes. Los venden, unos a la edad de cinco años, otros a los diez, otros a los quince. El que ha sido traído de pequeño, que ha pasado muchos años entre los musulmanes y entre ellos ha envejecido, olvida totalmente el país en que nació; ninguna huella de éste hay en él. Pero, si era algo mayor le quedan unos cuantos recuerdos, y si era mucho mayor, le quedan más. Igualmente, las almas han estado en presencia de Dios. El les preguntó: «¿No soy Yo vuestro Señor?». Y ellas respondieron: «Sí»¹. Su aliento y subsistencia era la palabra de Dios sin letras ni sonidos. Cuando los han traído a este mundo como niños, al oír esta palabra, no se acuerdan, y se ven ajenos a ella. Esa es la descripción de los que están velados, y se hunden en la impiedad y el extravío; y hay los que se acuerdan un poquito; y en ellos surge el ardor y el anhelo por el otro lado: esos son los creyentes. Y también hay hombres en los que, cuando oyen esa palabra divina, reaparece su estado anterior; caen los velos y se encuentran en la unión».

(Rûmî, *Le Livre du Dedans*, cap. 15).

¹ Cf. Corán, VII, 171).

Azrael, ángel de la muerte, y su cita

Una mañana, llegó un noble corriendo a la sala de audiencias de Salomón pálido de angustia y con los labios amaratados.

Salomón le dijo: «Señor, ¿qué sucede?».

Él respondió: «¡Acabo de ver a Azrael, y me ha lanzado tal mirada, llena de furia y de odio!».

«Vamos», dijo el rey, «¿qué favor deseas ahora? Pídelo». «Oh protector de mi vida», respondió, «ordena al viento que me transporte de aquí a la India. Acaso tu servidor, llegado allí, salga ileso».

En verdad, la gente trata de escapar de la pobreza; por eso son presas de la codicia y del deseo.

El temor a la pobreza es como el temor de aquel hombre: has de saber que la codicia y el esfuerzo los simboliza aquí la India.

Salomón ordenó al viento que lo llevara rápidamente por encima del océano lo más recóndito de la India.

A la mañana siguiente, durante la conferencia y la reunión, Salomón le dijo a Azrael:

«¿Miraste con ira a aquel musulmán, de suerte que deba errar lejos de su hogar?».

Azrael respondió: «¿Cuándo lo he mirado yo con ira?»

Lo vi al pasar y lo miré con asombro.

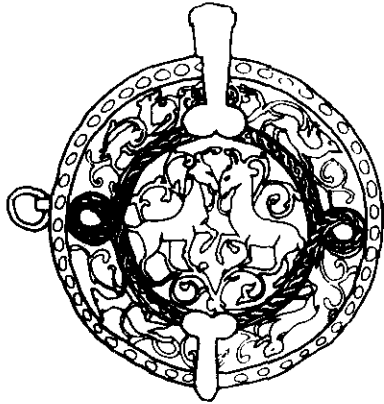
Pues Dios me había dado una orden: “Hoy, en la India, tomarás su alma”.

De estupor, me he dicho: «Aunque tenga cien alas, es bien largo viaje estar en India hoy».

Juzga de esta forma todos los asuntos de este mundo: ¡abre los ojos, y ve!

¿De quién vamos a huir? ¿De nosotros mismos? ¡Qué absurdo!
¿De quién vamos a alejarnos? ¿De Dios? ¡Qué crimen!

(Rûmî, *Mathnawî*, I, 956 ss.).



La respuesta a la oración

Gritaba un hombre una noche «¡Allah!» hasta que sus labios se endulzaran por su alabanza.

Le dijo el demonio: «Hombre de muchas palabras, ¿dónde está la respuesta “Heme aquí” a todos estos “Allah”?»

No viene ninguna respuesta del trono divino. ¿Cuánto tiempo vas a repetir “Allah” con aire lóbrego?».

Estas palabras le rompieron al hombre el corazón. Se acostó para dormir, y vio en sueños al Khadir ¹, en el verdor, que le decía: «Oye, has parado de alabar a Dios; ¿por qué te arrepientes de llamarlo?».

El respondió: «No me llega por respuesta ningún “Heme aquí”. Temo ser rechazado lejos de la puerta».

El Khadir replicó: «No, Dios dice: “Tu “Allah” es mi “Heme aquí”: y esta súplica, este dolor y este fervor tuyos es mi mensaje hacia ti. Tu temor y tu amor son el lazo que coge mi gracia».

Bajo cada uno de tus “¡Oh Señor!” hay muchos de mis “Heme aquí”».

(Rûmî, *Mathnawî*, III, 189 y s.).

¹ Misterioso personaje del que se habla en el Corán, conocido en la tradición musulmana con el nombre de Khadir o Khezr, literalmente el verdeante. En este texto, «el verdor» alude a este nombre, símbolo de la vida y de crecimiento espiritual.

El discípulo y la iluminación

Yunus Emré es uno de los más grandes poetas turcos y uno de los más conmovedores poetas místicos de todos los tiempos. Nacido en el siglo XIII, murió hacia 1307. Era un pobre campesino que se hizo discípulo de un maestro al que sirvió durante cuarenta años, a lo largo de los cuales compuso poemas admirables.

Hay numerosas leyendas sobre él. La más célebre es la historia del encuentro que, según cuentan, tuvo con tres misteriosos personajes cuando, habiendo dejado la casa de su maestro, había partido solo al desierto.

El maestro de Yunus le había encargado barrer el umbral del *tekké* (casa de derviches). Peor no se ocupaba de él, pese al deseo que tenía el discípulo de que se le dispensara la enseñanza espiritual que había ido a buscar.

Al cabo de tres años, Yunus, que para consolarse de la monotonía de su trabajo no tenía más que un estribillo que había inventado, dejó allí la escoba y se fue. Cuando, atormentado por el hambre y la sed, empezó a lamentar su destino, vio llegar a tres extranjeros, que desembalaron en la arena del desierto manjares exquisitos, bebidas heladas y sorbetes de nieve. Invitaron a Yunus a compartir su comida. Este, maravillado, les preguntó de dónde sacaban el poder para efectuar tales prodigios. Le respondieron que era gracias al poderoso talismán que constituía la canción con que se entretenía un tal Yunus Emré.

Entonces, el derviche volvió a casa de su maestro y volvió a coger la escoba, habiendo comprendido que a la iluminación se la podía encontrar en el silencio, cumpliendo las necesidades más humildes.

El mejor de los lugares

Una gran caravana viajaba sin encontrar pueblo ni descubrir agua. De repente, encontraron un pozo, pero no tenían cubo. Tomaron una vasija y cuerdas, y la hicieron descender a la profundidad del pozo. Tiraron de la vasija, pero se rompió la cuerda. Bajaron otra vasija, y cayó. Entonces ataron con cuerdas a gente de la caravana, y los metieron en el pozo. No volvieron. Había entre ellos un hombre razonable. Dijo: «Voy a bajar». Lo bajaron. Casi había llegado al fondo del pozo cuando apareció un negro terrorífico. Aquel hombre razonable se dijo: «No saldré ileso, pero es necesario que actúe razonablemente y no pierda la cabeza, para ver lo que va a ocurrirme». El negro dijo: «Deja de hablar. Eres mi cautivo, y sólo te salvarás si me das respuesta justa: de otro modo no te salvarás». El hombre respondió: «Habla». Dijo el negro: «De todos los lugares, ¿cuál es el mejor?». El hombre se dijo: «Estoy cautivo e impotente en sus manos. Si digo que Bagdad u otra ciudad, es como si mostrase desprecio por su morada». Así que respondió: «El mejor lugar es aquel en el que el hombre tiene un amigo íntimo, aunque se encuentre en el fondo de la tierra o en una ratonera». «Bravo, bravo —dijo el negro— estás salvado. En este mundo eres un verdadero hombre. Ahora, te salvo y, gracias a ti, salvo a los otros; a partir de ahora no voy a cometer más crímenes. He perdonado a todos los hombres del mundo por amor a ti». Luego, dio agua a la gente de la caravana.

(Rûmî, *Le Livre du Dedans*, ps. 118-119).

De un espíritu a otro...

Un niño del campo le dijo a su madre: «En la noche oscura se me aparece, una sombra negra y terrorífica y tengo mucho miedo». La madre le dijo: «No tengas miedo. Si ves esa aparición, atácala osadamente. Acaso te des cuenta de que no es más que el producto de tu imaginación».

El niño respondió: «¡Madre! Si la madre de esa sombra negra le ha dado a su hijo el mismo consejo, ¿qué he de hacer? Y si le ha recomendado no hablar para no desenmascarse, ¿cómo lo podré conocer?».

La madre dijo: «En su presencia, guarda silencio y déjala hablar; espera que de su boca salgan unas cuantas palabras. Si no dice una palabra, tal vez rompas tú el silencio involuntariamente; si en ti, en tu conciencia, se producen una palabra y un pensamiento, por esa palabra y ese pensamiento puedes conocerla, porque, estando impresionado por ella, su estado de espíritu ha penetrado en tu propio espíritu».

(Rûmî, *Le Livre du Dedans*, p. 68).

El sultán y el borracho

Cuentan que el sultán Mahmûd (la misericordia de Dios sea con él) tenía un caballo de belleza extraordinaria. Un día de fiesta, montaba el caballo; todo el mundo, para verlo, se sentaba en los tejados y lo contemplaba. Había un borracho, que estaba en su casa; lo llevaron al tejado por la fuerza: «Ven tú también a ver el caballo del sultán».

Él respondió: «Yo estoy ocupado conmigo mismo, no quiero, no me interesa». Total que no había nada que hacer. Cuando llegó al borde del tejado, borracho como una cuba, pasó el sultán. Viendo al sultán sobre el caballo, exclamó el borracho: «¿Qué valor tiene para mí ese caballo? Si un cantante estuviese cantando una canción y ese caballo fuese mío, se lo daría de inmediato».

Cuando el sultán oyó estas palabras, se puso furioso y ordenó que lo encerrasen. Pasada una semana, aquel hombre le mandó recado al sultán: «¿Qué falta he cometido, y cuál es mi crimen? Que el sultán del mundo ordene para que su esclavo lo sepa». Mandó el sultán que lo hiciesen venir. Le dijo: «Borracho insolente, ¿cómo pudiste pronunciar aquellas palabras? ¡Qué audacia la tuya!».

El respondió: «¡Rey del universo, aquellas palabras no las dije yo. En aquel momento, al borde del tejado, había un pobre diablo borracho; dijo aquellas palabras, y luego se fue. Ahora, yo no soy aquel hombre; soy un hombre razonable y lúcido».

Estas palabras le gustaron al sultán, le dio una vestidura de honor y mandó que lo liberasen.

(Rûmî, *Le Livre du Dedans*, ps. 243-244).

La unión y la separación

En un pueblo, se enamoró un hombre de una mujer; vivían muy cerca el uno del otro, y vivían en la alegría y la felicidad, sacaban sus fuerzas el uno del otro y estaban risueños; la vida, para cada uno de ellos, venía del otro, como el pez en el agua.

Vivieron juntos durante años. De repente, Dios Altísimo los hizo ricos y les dio muchos corderos y bueyes, caballos y recursos, oro, sirvientes y esclavos. Con lujo y pompa extremos, decidieron ir a la ciudad. Compraron cada uno un palacio real y se instalaron con grandes séquitos. Cuando se establecieron en tal situación ya no gozaron de la dicha ni de los encuentros de antaño.

Cada uno de ellos se consumía de pena, lanzaban a escondidas gritos de dolor y les era imposible hablar.

Cuando aquel consumirse llegó al colmo, se consumieron totalmente en el fuego de la separación. Al final, sus lamentos llegaron al lugar de la concesión.

Caballos y corderos empezaron a decrecer, y gradualmente volvieron a estar como estaban. Mucho tiempo después, se reunieron nuevamente en el antiguo pueblo y se ocuparon de su felicidad; pasaron el tiempo viéndose y abrazándose. Recordaban con amargura la separación.

(Rûmî, *Le Livre du Dedans*, ps. 257-258).

Ibrahim ibn Adham, el príncipe mendigo

Había empezado por ocupar el cargo de sultán en la ciudad de Balkh, y a él afluían las riquezas de muchos principados. Una noche en que estaba acostado, oyó de pronto ruido de pasos en el tejado del palacio.

«¿Quién eres tú —exclamó— que andas por el tejado?». Oyó que le respondían: «He perdido un camello y lo estoy buscando aquí, sobre el tejado».

«Pero ¿serás tonto? ¿Has perdido acaso el juicio, para ir a buscar un camello en lo alto de un tejado?».

«¡Y tú qué, hombre imprevisor! —le respondió una voz—. ¿Tumbado en un trono de oro es como buscas al Altísimo? ¡Eso sí que es algo mucho más extraño que buscar un camello en el tejado!».

Ante aquellas palabras, el temor invadió el corazón de Ibrahim, que se levantó y se entregó a ejercicios de piedad hasta que rompió el día. A la mañana siguiente, se sentó en su trono, y en torno a él se dispusieron, según las jerarquías, como cada día, todos los grandes del reino y sus guardias. De pronto, Ibrahim distinguió entre la multitud a un personaje majestuoso y de gran estatura que avanzaba sin ser visible para los guardias y los ujieres. Cuando llegó ante Ibrahim, éste le preguntó:

«¿Quién eres, y qué vienes a buscar aquí?».

—Soy extranjero —respondió— y vengo a alojarme en esta hospedería.

—Pero, esto no es una hospedería —dijo Ibrahim—, es mi propia casa.

—¿A quién pertenecía antes de ti?

—A mi padre.

—Y, antes de tu padre, ¿de quién era?

—De mi abuelo.

—Y ¿dónde están ahora tus antepasados?

—Murieron.

—¡Y bien! ¿No es una hospedería esta casa, donde los que se van son sustituidos por los que llegan?».

Y, después de hablar así, se retiró. Ibrahim, se levantó, corrió tras aquel personaje y le dijo:

«¡Detente! en nombre del Altísimo». El se detuvo. «¿Quién eres tú, que has encendido el fuego en mi alma?».

—¡Soy el Khizr ¹, Ibrahim! Es hora de que despiertes». Y desapareció. Ibrahim, lleno de dolor, se ensimismó, y su corazón se hastió de este bajo mundo.

A la mañana siguiente, subido a caballo para salir de caza, por todos lados oía voces que le decían: «¡Ibrahim!, despierta antes de que te despierten con la muerte».

De pronto apareció un antílope en medio de los cazadores. Se lanzó en su persecución y, por orden de Dios, desapareció de en medio del cortejo que lo acompañaba. Entonces, el antílope, dirigiéndole la palabra, le dijo: «¡Ibrahim! Despierta, trata de comprender para qué te ha creado Dios. En vez de herirme, anda, hiérete a ti mismo».

Ibrahim apartó la vista del antílope, mas oía voces dirigidas a él que salían del carcaj, de la silla, de las ropas. Al propio tiempo, una claridad misteriosa se alzaba en su corazón. Por efecto de la omnipotencia divina, se abrieron ante él las puertas del cielo, y apareció en su alma la luz de la ciencia espiritual. Entonces se echó a llorar, tanto, que las ropas y el carcaj quedaron totalmente mojados. En aquel momento, vio al pie de una montaña un rebaño de corderos y un pastor que llevaba ropas de fieltro, cubierto con un gorro, también de fieltro.

«¿A quién pertenecen estos corderos?», preguntó Ibrahim.

«A vos», respondió el pastor. Entonces, Ibrahim le hizo don de los corderos al pastor, le regaló también su caballo, su túnica, su diadema engalanada de piedras preciosas y todo cuanto llevaba encima. Tomó a cambio sus toscas ropas y el gorro de fieltro, y se las puso. Luego se fue andando, y todos los ángeles lo contemplaban y se decían,

«Oh, qué hermosa realeza brilla ahora en los ojos de Ibrahim; él, que ha dejado la vestidura impura de este bajo mundo y se ha cubierto de una librea gloriosa».

(Attar, *Le mémorial des saints*, ps. 112-114).



¹ El Khizr (*Khadir*, en árabe), personaje misterioso del que habla el Corán en la sura XVIII, versículos 64 ss., sin nombrarlo. Lo designa así la tradición mística, que lo considera el Maestro espiritual por excelencia, que permanece en lo Invisible.

Ibrahim ibn Adham y la pobreza

Un día, Ibrahim vio a un mendigo que se quejaba de su suerte.

«Supongo que has comprado la mendicidad a cambio de nada —le dijo».

—¡Cómo! ¿Es que la mendicidad se vende? —dijo el mendigo estupefacto.

—Pues claro —respondió Ibrahim—. Yo la compré a cambio del reino de Balkh, hice buen negocio.

Alguien le preguntó a Ibrahim:

—«Desde que entraste en la Vía, ¿has conocido nunca la alegría?».

—«Sí, muchas veces», respondió. «Una vez, estaba yo en un barco. El capitán no me conocía. Yo estaba vestido de harapos, mis cabellos estaban hirsutos, y me encontraba en un estado de éxtasis que todos cuantos iban a bordo ignoraban. Se burlaban de mí y me hacían burla. Había un bufón que se pasaba todo el tiempo tirándome de los pelos, arrancándome los y pegándome. Yo había alcanzado mi deseo y me sentía perfectamente feliz de ser humillado de aquella manera. Mi alegría alcanzó su punto álgido el día en que aquel bufón se me acercó y orinó sobre mí.

Otra vez, fui a una mezquita para dormir, pero no me dejaron entrar, y yo estaba tan débil y agotado que no podía levantarme. Me agarraron por los pies y me arrastraron afuera. Pues bien, aquella mezquita tenía tres escalones; mi cabeza golpeó en cada uno de ellos y corrió la sangre. A cada escalón se me reveló un misterio. Yo exclamaba: «¡Ah! Si la mezquita pudiese tener más escalones, para que aumentase mi felicidad!

Otra vez, estaba yo arrebuado en un abrigo de piel lleno de pulgas que me devoraban. De pronto, me acordé de las hermosas ropas que había dejado en el tesoro de mi palacio. Mi alma exclamó en mí mismo: «¿Qué es eso?». También entonces me di cuenta de que había obtenido la satisfacción de mi deseo».

Un día, pasó Ibrahim cerca de un borracho cuya boca estaba manchada. Fue a buscar agua y se la lavó.

«¿Cómo dejar que se manche la boca que ha pronunciado el nombre de Dios? Sería una irreverencia», se dijo Ibrahim.

Cuando despertó el borracho, le contaron que el asceta del Korasán le había lavado la boca. «Me arrepiento», dijo el hombre. Ibrahim, entonces, oyó en sueños: «Has lavado una boca por amor a mí. Yo, he lavado tu corazón».

(Attar, *Mémorial des Saints*, citado en *Anthologie du Soufisme*, p. 123).

El mejor discípulo

El sheikh Junaid tenía un discípulo al que prefería sobre todos los demás, lo que incitó los celos de los otros discípulos; el sheikh —que conocía los corazones— se dio cuenta de ello.

«Os es superior en cortesía y en inteligencia, les dijo. Hagamos una experiencia para que vosotros también lo comprendáis».

Junaid ordenó entonces que le trajeran veinte pájaros, y les dijo a los discípulos: «Que cada uno coja un pájaro, se lo lleve a un lugar en el que nadie lo vea, lo mate, y me lo traiga luego».

Todos los discípulos se fueron, mataron los pájaros y los volvieron a traer. Todos..., salvo el discípulo favorito, que le devolvió vivo el pájaro.

«¿Por qué no lo has matado?», preguntó Junaid.

—«Porque el maestro ha dicho que tenía que hacerse en un lugar en el que nadie pudiese vernos», respondió el discípulo. «Pues bien, en todas partes a donde he ido, Dios estaba viendo».

«¿Veis el grado de su comprensión? —exclamó Junaid— comparadlo con los demás».

Los discípulos pidieron perdón a Dios.

(Attar, *Mémorial des Saints*, citado en *Anthologie du Soufisme*, p. 211).

El aprendizaje de Chiblí

Chiblí era discípulo del célebre Junaid de Bagdad. Cuando se convirtió, fue a verlo a su casa y le dijo: «Me dicen que posees la perla del conocimiento divino: dámela, o véndemela». Junaid respondió: «No puedo venderla, pues no tienes lo que vale; y si te la doy la habrás obtenido por demasiado poco. No sabes lo que vale. Arrójate de cabeza, como yo, en ese océano para que puedas ganar la perla esperando pacientemente».

Chiblí preguntó qué había de hacer. «Ve a vender azufre», le dijo Junaid. Al cabo de un año, le dijo a Chiblí: «Este comercio te ha dado a conocer. Hazte derviche y no te ocupes sino de mendigar».

Durante un año, Chiblí erró por las calles de Bagdad pidiendo limosna a los que pasaban, pero nadie se fijaba en él. Volvió entonces a casa de Junaid, que exclamó:

«¿Ves ahora como no eres nada para la gente? Nunca fijas en ellos tu pensamiento, ni te cuides de ellos lo más mínimo. Durante un tiempo —prosiguió Junaid— fuiste chambelán y gobernaste una región. Ve a aquella provincia y solicita el perdón de todos aquellos a quienes perjudicaste».

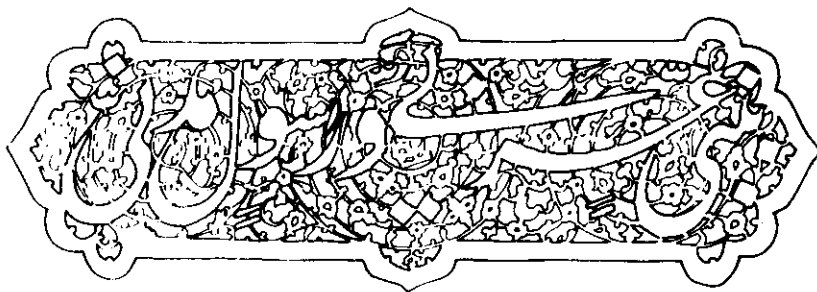
Chiblí obedeció y se pasó cuatro años yendo de puerta en puerta hasta que hubo obtenido el perdón de todos, excepto de una sola persona, a la que no pudo encontrar.

A su regreso, le dijo Junaid: «Aún aprecias un poco tu reputación. Vuelve a mendigar otro año».

Cada día, Chiblí le entregaba a Junaid las limosnas que había recibido, y Junaid las distribuía entre los pobres, y dejaba a Chiblí sin alimento hasta la mañana siguiente. Después de pasar un año de esta manera, Junaid le preguntó: «¿Qué piensas de ti mismo ahora?». Chiblí respondió: «Me considero

como la más ínfima de las criaturas de Dios». «Ahora, dijo el maestró, tu fe es sólida».

(Cf. R. A. Nicholson, *The Mystics of Islam*, p. 34-35, citado en *Anthologie du Soufisme*, p. 58-59).



*Historia de Juhi y el niño que lloraba
de modo lamentable junto al ataúd
de su padre*

Un niño, ante el ataúd de su padre, lloraba amargamente y se golpeaba la cabeza.

Diciendo: «Oh padre, ¿a dónde se te llevan para encerrarte estrechamente bajo la tierra que pesará sobre ti?»

Te conducen a una casa estrecha y ruidosa; no hay en ella ni alfombra ni estera,

Ni lámpara por la noche, ni pan durante el día, ni olor, ni señal de comida,

Ni puerta en buen estado, ni acceso al tejado, ni un solo vecino que pueda darte asilo.

¿Cómo podría tu cuerpo, que era lugar para besos, ir a una casa miserable y umbría?

Una casa desprovista de seguridad y una habitación angosta, donde ni tu rostro ni tu color durarán».

De esta forma, enumeraba las características de la casa, mientras que de los ojos le caían lágrimas de sangre.

Juhi le dijo a su padre: «Oh noble padre, a decir verdad, van a llevar ese cadáver a nuestra casa».

El padre le dijo a Juhi: «¡No seas estúpido!». «No soy estúpido, papá; escucha las características.

Esas características que él, una a una, ha mencionado, todas ellas las posee nuestra casa, sin incertidumbre ni duda.

No tiene ni estera, ni lámpara, ni comida; la puerta no está en buen estado ni su patio ni su techo».

También los desobedientes llevan encima cien signos, pero ¿cómo van a percibirlos?

La casa, o sea el corazón que permanece no iluminado por los rayos de la Majestad divina,

Es angosta y umbría como las almas privadas de la suavidad del Rey de Amor.

En tal corazón no ha brillado la irradiación del sol, tampoco hay espacio ni abertura a la calle.

La tumba es mejor para ti que un corazón tal; ¡vamos, levántate y sal de la tumba de tu corazón!

(Rûmî, *Mathnawî*, II, 3116 y ss.).



Los dadores de consejos

Cuentan que una persona, en camino para la peregrinación, entró en un desierto y sintió gran sed. A lo lejos, el hombre distinguió una pequeña tienda hecha trizas. Se acercó y vio a una muchacha a la que gritó: «¡Soy vuestro huésped! ¡Deseo algo!».

Se detuvo allí y pidió agua. Se la llevaron, y era más ardiente que el fuego y más salada que la sal; desde los labios hasta el gargante, lo quemaba todo al pasar. El hombre, por compasión, se puso a darle consejos a aquella mujer: «Estoy en deuda con vos por la ayuda que me habéis prestado», le dijo.

«Se ha despertado mi compasión para con vos; poned atención a lo que os digo. Cerca de aquí, está Bagdad, y Kufa, y Wasit y otras ciudades. Aun estando enfermo se puede llegar allí a rastras. Allí hay aguas dulces y frescas, manjares variados, baños...». Y contó que bienestar, placeres y goces había en aquellas ciudades.

Un momento después, llegó el árabe que era marido de la joven, trayendo varios ratones de campo que había cazado; le mandó a su mujer que los cocinara, y ofrecieron de ellos a su huésped. Este lo comió con asco y luego, a media noche, se acostó fuera de la tienda.

Oyó que la mujer decía al marido: «¿Has oído lo que nuestro huésped, ha contado, esas historias y descripciones lisonjeras?». Y le contó cuanto había dicho el huésped.

El árabe le dijo a su mujer: «No escuches semejantes camelos. Hay muchos envidiosos en el mundo. Cuando ven a alguien en la prosperidad y la fortuna, los envidian y quieren verlos errar lejos de casa, privados de su fortuna».

La gente es así; cuando alguien, por caridad, da un consejo, lo toman por envidia.

(Rûmî, *Le Livre du Dedans*, cap. 18).



Bibliografía

Hemos preferido, en la traducción española, incluir en esta bibliografía aparte las referencias editoriales, que en la edición original figuran a pie de página.

Abentofáil, Abuchafar, *El filósofo autodidacto*. Col. Austral n.º 1195. Ed. Espasa-Calpe, Madrid.

Aflaki, *Les Saints des Derviches tourneurs*, Leroux, París, 1918. Ed. de l'Echelle, París, 1978.

'Attar, Faríd ud-Dín, *Le Langage des Oiseaux (Mantiq ut-Tair)* Editions d'Aujourd'hui, París, 1975 (hay trad. española: *El lenguaje de los pájaros*, Visión Libros, Barcelona, 1979). *Le Livre divin (Elahi-Nameh)*. Editions Albin Michel, París, 1961.

Le Mémorial des Saints (Tadhkirat al-Awliyáz) (trad. de A. Pavet de Courteille). Editions du Seuil, París 1976.

Boratav, Pertév, *Contes turcs*, Editions Erasme, París.

Cartwright, Sir Fairfax, *La Rose mystique du jardin du Roi*.

Dermenghem, Émile, *Contes Kabyles*.

Massignon, Louis, «*Le Folklore chez les mystiques musulmans*»,
(en *Mélanges R. Basset*, Leroux, París, 1923).

Nasr, Seyyed Hossein *Islam, Perspectives et réalités*. Editions Buchet-Chastel, París, 1975.

Nicholson, R. A., *The Mystics of Islam*, Routledge and Kegan Paul Ltd., Londres, 1963.

Scelles, Millie, J., *Contes arabes du Maghreb*.

Contes mystérieux d'Afrique du Nord, G. P. Maisonneuve et Larose éd., París, 1972.

Traditions algériennes, G. P. Maisonneuve et Larose éd., París.

Rûmî, Mawlânâ Djalal ud-Dîn, *Dîwân-e Shams-e Tabrîzî Odes mystiques* (trad. de E. de Vitay-Meyerovitch, Ed. Sindbad Paris, 1976).

Mathnawî.

Vitray-Meyerovitch, Eva de, *Anthologie du Soufisme*, Ed. Sindbad, Paris, 1980.

Rûmî et le Soufisme, Ed. du Seuil, Paris, 1977.

Indice

Introducción: El camino de los cuentos	7
La invitación al viaje	12
Los tres consejos	17
La vaca en la isla verde	19
El hombre que fue a pedir su parte a Dios	21
Historia de Ayaz y de la habitación cerrada	23
La peregrinación	28
La muchacha maquillada	29
Málik ibn Dinâr y el joven libertino	30
El rey Mahmud, los cortesanos y la perla	32
Los tres peces	35
El gramático y el barquero	37
El hipócrita y el borracho	38
La ciudad misteriosa	40
Ali y la flauta de caña	41
Historia del viejo tocador de laúd	43
El profeta Muhammad y la cierva	49
El sabio, el sufí y el perro	50
El rey y el anillo	51
El Khadir, el Sultán y el pobre hombre	52
Historia del cazador de serpientes	54
Historia del enamorado y la carta de amor	56
Historia del pobre árabe del desierto y de su disputa con su mujer a causa de su miseria	58
Ali y su enemigo	66
El rey, el médico y la muchacha enferma	67
Majmún y Leyla	69
Shibli y el panadero	70
La cocinera y el garbanzo	71
El turco y el sastre	73

El joven y el hada	74
El pilar que gemía	76
El anciano y el sultán Mahmud	77
El joven y el tamiz	79
El rey y los pobres	81
El sabio de Gorgán y la gata	83
La madre y el niño subido al canalón	85
El rey y los dos esclavos	86
El príncipe y la hechicera	88
La búsqueda del árbol cuyo fruto hace inmortal	90
Bichr y el nombre de Alláh	92
El río y las arenas	93
El hombre capaz de Dios: historia de Harjy ibn Yaqzan	95
La disputa de las palabras	97
El peregrino y la oruga	98
El lenguaje y la intención	100
El sufí y su borrico	102
El coloquio de los pájaros	105
La codicia del cadí	107
Salomón y la hormiga enamorada	110
El águila blanca	112
La santa Rabi'ah	114
Chiblí y el perro	115
La luna y el sol	116
La anciana de corazón quemado	117
Historia del hombre sediento que lanzaba nueces	118
«El que guarda el río»	119
Yusuf ibn al-Husain ar-Razi y el Más Grande Nombre de Dios	121
La parábola del elefante	123
La mujer y el perro	124
La ciudadela maravillosa	125
El espejo	127
El tesoro oculto	128
Conocer es recordar	129
Azrael, ángel de la muerte, y su cita	130
La respuesta a la oración	132

El discípulo y la iluminación	133
El mejor de los lugares	134
De un espíritu a otro espíritu	135
El sultán y el borracho	136
La unión y la separación	137
Ibrahim ibn Adham, el príncipe mendigo	138
Ibrahim ibn Adham y la pobreza	141
El mejor discípulo	143
El aprendizaje de Chiblí	144
Historia de Juhi y el niño que lloraba desconsoladamente junto al ataúd de su padre	146
Los dadores de consejos	148

